

Leer x leer

EDUCACIÓN PRIMARIA

Lecturas para compartir
en voz alta



Leer x leer

LIBRO 1 • PRIMER CICLO DE LA ESCUELA PRIMARIA

Lecturas para compartir
en voz alta



Libro de distribución gratuita. Prohibida su venta.

Presidente

Alberto Fernández

Vicepresidenta

Cristina Fernández de Kirchner

Jefe de Gabinete de Ministros

Juan Luis Manzur

Ministro de Educación

Jaime Perczyk

Secretaria de Educación

Silvina Gvirtz

Jefe de Gabinete

Daniel Pico

Subsecretario de Educación Social y Cultural

Alejandro Garay

Plan Nacional de Lecturas

Natalia Porta López

Los textos que integran este volumen han sido seleccionados por:

Mempo Giardinelli, María Teresa Andruetto, Cinthia Kuperman, Graciela Bialet, María Cristina Ramos, Oche Califa, Mario Méndez y Oscar Yaniselli.

Ilustraciones: Mónica Pironio

Edición: Teresita Valdetaro

Diseño y diagramación: Elizabeth Sánchez

Gestión de derechos de autor: Verónica Varela

Corrección: Florencia Capaccioli

Presentación

A través del Plan Nacional de Lecturas, el Ministerio de Educación de la Nación pretende desarrollar políticas tendientes a asegurar el derecho a leer. La distribución de la colección Leer x Leer es una de sus acciones prioritarias, pensada para enriquecer los recorridos de lectura de todas las niñas y los niños de nuestro país.

En estos libros que se envían a todas las escuelas primarias de nuestro país encontrarán valiosos materiales de lectura reunidos para ser compartidos en voz alta en cada jornada escolar. Poemas, adivinanzas, trabalenguas, nanas, canciones y retahílas recopiladas del llamado “folklore de la infancia”; cuentos y poemas contemporáneos; clásicos argentinos y universales; relatos de la tradición oral global y de nuestros pueblos originarios. Una recopilación de textos especialmente seleccionados para los primeros años de la escuela primaria.

Leer en voz alta diariamente es una práctica valiosa y potente porque ofrece muchas y variadas oportunidades de hacerse de palabras y formas del lenguaje distintas de las formas conversacionales. Además, favorece la familiarización con las reglas del juego de la literatura; da acceso a muchos títulos, incluso a obras fuera del alcance de lectura individual, y ayuda a construir un imaginario y una identidad cultural en común.

Es tarea de la escuela inventar ese tiempo cotidiano y procurar que resulte significativo, que sea verdadera experiencia, ocasión de construcción de sentidos en común. Para ello será preciso habilitar el diálogo, la escucha, el silencio, y complementarlo con momentos para la lectura autónoma.

Se propone compartir diariamente estos textos con el propósito de disfrutar el acceso a la reflexión, el diálogo y el acto de leer. Las lecturas

Ministerio de Educación de la Nación

Leer x leer : libro 1 : lecturas para compartir en voz alta / compilación de Mempo Giardinelli ; coordinación general de Natalia Porta López ; editado por Teresita Valdetaro ; ilustrado por Mónica Pironio. - 1a ed ilustrada. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ministerio de Educación de la Nación, 2021.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-00-1476-2

1. Miscelánea. I. Giardinelli, Mempo, comp. II. Porta López, Natalia, coord. III. Valdetaro, Teresita, ed. IV. Pironio, Mónica, ilus. V. Título.
CDD 863.9283

no son obligatorias, no siguen un calendario de efemérides ni es preciso leerlas en orden o con fines alusivos.

Esta antología es el primer volumen de una colección que consta de tres tomos, para los distintos grados y ciclos de la escuela primaria. Toma su nombre de una serie de libros que el Ministerio de Educación de la Nación publicó en 2004 para las escuelas secundarias: *Leer x leer: Lecturas para estudiantes*. Recupera también su objetivo: que todos los días se viva un momento de lectura en voz alta en cada escuela argentina.

Los textos fueron elegidos por un equipo federal de profesionales con amplia experiencia y trayectoria en el campo de la literatura infantil y juvenil o en pedagogía de la lectura: María Teresa Andruetto, Mario Méndez, María Cristina Ramos, Graciela Bialet, Oche Califa, Cinthia Kuperman y Oscar Yaniselli, coordinados por Mempo Giardinelli. Como se advertirá desde el comienzo, los han organizado “por estantes”, como los de las bibliotecas, que ordenan las obras con determinados criterios para orientar a quien va a leer. Así, cada lector o lectora de este libro podrá iniciar su lectura tomando el texto del estante imaginario que despierte su interés.

Ojalá estos poemas y cuentos perduren en la memoria de las y los estudiantes, asociados a las voces de aquellas y aquellos docentes que, con generosidad, comparten cada día la felicidad de leer por leer.

Contenidos

Portal de palabras

CANCIÓN CON OLA • María Hortensia Lacau	13
TACIRUPECA-CAPERUCITA • Beatriz Ferro	14
CUÉNTICO BÓBICO, PARA UNA NÉNICA ABURRÍDICA • Elsa Bornemann	15
PREGUNTARIO • Jairo Aníbal Niño	16
MAMBORETÁ • Laura Escudero	17
MAGIA DE PRIMAVERA • Heriberto Tejo	18
VAMOS AL BAILE • Canción popular	19
VÍBORA, VÍBORA DE LA MAR • Canción popular	20
TENGO, TENGO, TENGO • Canción popular	21
ALLÍ ESTÁ LA LUNA • Canción popular	22
LUNA LANAR • Silvia Schujer y Mariana Baggio.....	23
COLORES • Cecilia Pisos	24
HERMANOS MELLIZOS • Ruth Kaufman	25
ADIVINANZAS POPULARES DE LATINOAMÉRICA • Tradición oral	26
JUEGO • Cristina Martín	28
UNA VIEJA VIRUEJA • Canción popular	29
LA SEÑORA CHING • Canción popular.....	30
QUIÉN DIRÁ QUE HA VISTO • Tradición oral	31
POBRECITO, MI PONCHO • Tradición oral	32
BAILECITO DE BODAS • Rafael Alberti	33
CANCIONES DE NATACHA • Juana de Ibarbourou	34
LUNA VERDE • Baldomero Fernández Moreno	35
PEGASOS, LINDOS PEGASOS • Antonio Machado	36
SANDÍA • José Juan Tablada	37
LAGO • Jorge Luján	38
TUMBA, TUMBA RETUMBA • Jorge Luján	38
¡OH, LOS COLORES! • Jorge Luján	39
LIMERICKS • Griselda Martínez	40

CORTANDO VIENTOS (<i>Huayras pitispa</i>) • Adivinanzas quichuas en versión bilingüe	42
CANCIÓN DE LA CHIPA • Canción guaraní.....	43
DORMÍ, HIJITO, DORMÍ • Canción de cuna qom en versión bilingüe	44
LLORA EL NIÑO • Canción de cuna mapuche en versión bilingüe	45
MARIPOSA, A TU BODA LLEGAS TARDE • Luis Pescetti	46
RONDA • Sergio Andricain	47
EL GAUCHO MARTÍN FIERRO • José Hernández	48
NOMBRECITO • Laura Devetach	49
LA NIÑA DEL LIBRO • Graciela Pérez Aguilar	50
INTRIGA • Iris Rivera	51
NANA DEL CABALLO GRANDE • Federico García Lorca	52
LAS OREJAS • Andrea Ferrari	53
RECETA PARA DORMIR • Yolanda Reyes	54

De las cosas que suceden

LA VUELTA AL MUNDO • Javier Villafañe	57
LA REGADERA MISTERIOSA • María Elena Walsh	60
UNA TRENZA TAN LARGA... • Elsa Bornemann	62
ASÍ NACIÓ NICOLDO • Graciela Montes	66
LA CASA DEL ÁRBOL • Iris Rivera	69
EL AVISPÓN MOBUTO SALVA UNA VIDA • Ricardo Mariño	71
MARU, LA DISTRAÍDA • Margarita Eggers Lan	74
TODOS LOS NO • Ana María Shua	76
RAFLES • Luis Pescetti	78
ABEL REGALA SOLES • Istvansch	81
HISTORIA DE UN PULÓVER AZUL • Florencia Gattari	83
RULOS • Margarita Mainé	87

Mundo animal

HISTORIA DE DOS CACHORROS DE COATÍ Y DE DOS CACHORROS	
DE HOMBRE • Horacio Quiroga	91
RATITA GRIS Y RATITA AZUL • Edith Vera	98
EL CONEJITO • Miguel Hernández	100
MARCHA DE OSÍAS • María Elena Walsh	102
ESTABA LA VERDE PALOMA • Nelvy Bustamante	104
VUELO DE VOCES • Carlos Pellicer	105
LORO HABLANDO SOLO • Juan Lima	106
CANCIÓN DEL NIÑO QUE VUELA • Juan Sebastián Tallón	107
DE ANIMALES TERRESTRES • Humberto Ak'abal	108
DE ANIMALES QUE VUELAN • Humberto Ak'abal	109
LA GATA Y LA LUNA • María Rosa Mó	110
BICHO RARO • Graciela Montes	111
EL SECRETO DEL OSO HORMIGUERO • Beatriz Osés	114
EN VOZ BAJA • Beatriz Osés	114
LA NIÑA SE DUERME • Beatriz Osés	115
CARNAVAL EN EL ZOO • Fabián Sevilla	116
UNA MALA JUGADA • Cuento popular	119
EL SURUBÍ Y EL MAR • Adela Basch	121
ROMANCILLO DEL SEÑOR DON GATO • Poesía tradicional	123
CUMPLEAÑOS DE DINOSAURIO • Mónica Weiss	124
YO, RATÓN • Laura Devetach	127
DESAFÍO MORTAL • Gustavo Roldán	128
LA REINA • María Cristina Ramos	131
LOS RATONES • Lope de Vega	132

Cuando el miedo...

MIEDO • Graciela Cabal	135
HAY FANTASMAS EN MI CUARTO • Mercedes Pérez Sabbi	137
LA NIÑA Y EL CORDERO • Marina Colasanti	139
UN MOJADO MIEDO VERDE • Graciela Falbo	142
NANA PARA UN LOBO MIEDOSO • Liliana Moyano	145
EL OMBÚLOBO • Esteban Valentino	146
MARAÑA • Mariano Medina	148

Historias de siempre

CAPERUCITA ROJA • Charles Perrault / Hermanos Grimm	153
RAPUNZEL, LA MUCHACHA DE LA TORRE • Hermanos Grimm	157
TRES OSOS Y LA NIÑA • Cuento tradicional europeo	163
LA PIEDRA DE HACER SOPA • Cuento tradicional latinoamericano	166
PEDRO Y EL LOBO • Sergéi Prokófiev	169
EL DUENTE DE LA SIESTA • Rosita Escalada Salvo	171
LOS HUEVOS DE ORO • Rafael Pombo	172
EL TRUEQUE • Cuento tradicional español	173
AMOR FUGAZ • Mito incaico	174
EL COMPROMISO DE CADA MAÑANA • Leyenda filipina	175
GIRALUNA • Eduardo Gudiño Kieffer	177
LA RATONCITA NIÑA • León Tolstói	179

Índice de textos de la tradición oral	183
--	------------

Índice de autoras y autores	184
--	------------

Créditos legales	186
-------------------------------	------------

Portal de palabras

CANCIÓN CON OLA



María Hortensia Lacau

Un día
una ola

que estaba
triste y sola

se puso a cantar.

Y desde entonces
cantan
todas las olas del mar.



María Hortensia Lacau (Argentina, 1910-2006) dejó una extensa producción literaria y didáctica. Maestra normal nacional y profesora de secundaria en Castellano y Literatura, presidió el primer Congreso Argentino de Literatura Infantil y Juvenil. De sus obras para niños destacan: *País de Silvia*, *Chingola y Hornerín*, *Yo y Hornerín*, *El arbolito Serafín*, *Canciones de Guirigay*, *Azulejo* y *El potrillo azul*.

TACIRUPECA-CAPERUCITA

Beatriz Ferro

(Al derecho
o al revés,
una niña
había una vez).

Este es un cuento contado
completamente al revés.
al principio digo Fin
y al final, Había una vez.
¡Fin! Los buenos cazadores
salvan a Caperucita.
¡Ese lobo y su costumbre
de comerse a las visitas!
“¡Qué boca tan grande tienes!”
“Para comerte mejor...”
“¡Qué orejas exageradas!”
Esto va de mal en peor.
El lobo se ha disfrazado
con bata y cofia amarilla.
Caperucita hace un ramo
de flores de manzanilla.

Beatriz Ferro (s/d-2012) nació y falleció en Buenos Aires. Fue una escritora, periodista, ilustradora y editora de enorme relieve en la historia de los libros destinados a la infancia. Autora, entre otras obras, de *Aquesí y aquenó*, *Zapatos caminadores*, *Versos de bakelita*, y *El dramático caso de las señoras iguales*.

CUÉNTICO BÓBICO, PARA UNA NÉNICA ABURRÍDICA

Elsa Bornemann

Una mañánica
de primavérica
hallé una láuchica
en la verédica.

Era muy rárlica:
con dos mil rúlicos
sobre la cárica,
según calcúlico.

En su cartérica
guardaba heládico
de rica crémica
y chocolático.

Jugó a la abuélica,
también al ránguico,
pisa pisuélica
y bailó un tánguico.

Y muy ligérico
se fue en un cárrico
con su cochérico
y sus cabállicos.

No, no es mentírlica
–cara de tórtlica.
¿No crees nádica?
¡Pues no me impórtlica!

Elsa Bornemann (1952-2013) fue una de las más relevantes escritoras argentinas para niños, jóvenes y adultos. Profesora en Letras (UBA), fue docente en todos los niveles, pero su gloria la alcanzó como narradora, poeta, guionista y traductora. Recibió innumerables premios por sus libros y su trayectoria, y fue la primera escritora argentina que integró, en 1976, la Lista de Honor de IBBY por su libro *Un elefante ocupa mucho espacio*. Escribió obras indispensables como *Tinke tinke*, *El cumpleaños de Lisandro*, *La edad del pavo*, *No somos irrompibles*, *Socorro*, *Lobo Rojo* y *Caperucita Feroz* y *El espejo distraído*.

PREGUNTARIO

Jairo Aníbal Niño



¿Qué es el gato?

El gato
es una gota
de tigre.

¿Qué es la gaviota?

La gaviota
es un barquito de papel
que aprendió a volar.

¿Qué es la cometa?

La cometa es una niña de viento
que desde el cielo
le enseña a un niño
a volar en los espacios
del suelo.

Jairo Aníbal Niño (1941-2010) fue un poeta y dramaturgo colombiano dedicado a la literatura infantil y juvenil. Produjo algunas de las obras más importantes de Latinoamérica. Entre ellas *El árbol de los anhelos*, *Los superhéroes* y *La hermana del Principito*.

MAMBORETÁ

Laura Escudero

Mamboretá mamboretá,
perá perá, ¿no e'?
Mamborecuá,
¿mamborecuá?
Palo palito e'
¿Será? Mamboreté
¿Mamborequé?
Mamboretero
tamborilero.
Palo palito
palo palero
tamborilero
pata de tero.
Mambo del palo que va.
¿Que va?
Pata de palo que va.
¿Que va?
Toc-toc
¿Que va?
Toc-toc
¡Mamboretá!

Laura Escudero nació en Córdoba. Es miembro de CEDILIJ (Centro de Investigación y Difusión de Literatura Infantil y Juvenil). Resultó dos veces ganadora del premio El Barco de Vapor Argentina. En 2015 fue Premio Hispanoamericano de Poesía para Niños por *Ema y el silencio* (FCE). Algunos otros títulos son: *Alina, maga del mandarino* (SM), *Encuentro con Flo* (SM) y *La noche de las cosas* (Babel).

MAGIA DE PRIMAVERA

Heriberto Tejo

- Buenos días, Mariquita.
- Buenos días, Caracol.

- ¿Pasó el amor por tu casa?
- ¿Por mi casa? ¡No, señor!

- Yo vivo sola en un hongo.
- Yo, solo bajo una col.

- ¡Qué lindo! ¡Qué lindo día!
- ¡Qué lindo con tanto sol!

- ¡Primavera está llegando!
- ¿Primavera? ¡Ya llegó!

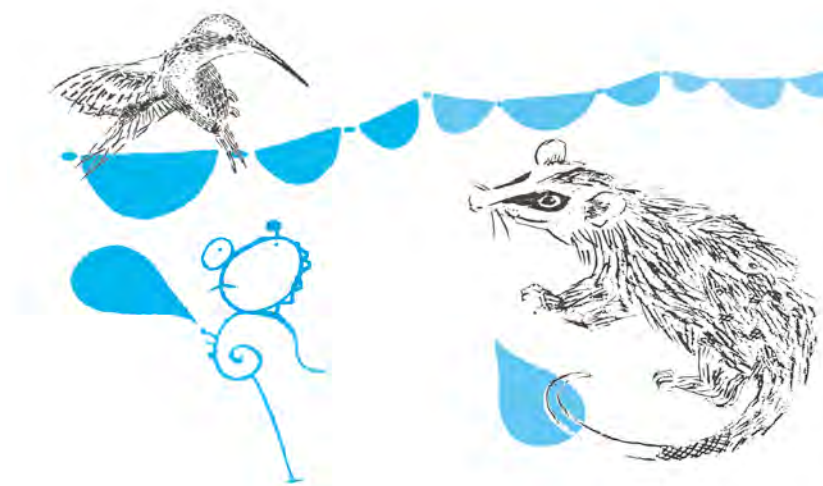
- Adiós, Mariquita linda.
- Adiós, Caracol, col, col.

Heriberto Tejo nació en España pero vive en Lima desde muy joven, por lo cual tiene también la ciudadanía peruana. Educador y poeta, entre sus muchas publicaciones destacan: *La ballena azul*, *La niña del jacarandá* y *El libro de los glumpos*. En Perú recibió el Premio Nacional de Literatura Infantil y ha sido presidente de la Asociación Peruana de Literatura Infantil y Juvenil.

VAMOS AL BAILE

Anónimo

- Vamos al baile –dijo el fraile.
- Está muy lejos –dijo el cangrejo.
- No, si es en la loma –dijo la paloma.
- ¡Ah, son puras viejas! –dijo la comadreja.
- Miremos por la rendija –dijo la lagartija.
- Eh, si hay muchachas –dijo la vizcacha.
- Me pongo los guantes –dijo el elefante.
- Y yo, la garrafa –dijo la jirafa.



Cancionero popular de la provincia de Salta, recopilado por **Juan Alfonso Carrizo** (1895-1957), quien fuera el más destacado investigador argentino sobre poesía oral tradicional, incluye juegos infantiles, danzas y canciones. Carrizo indagó en los orígenes americanos y europeos de las composiciones y las comparó con las recopiladas por otros investigadores en el mundo.

VÍBORA, VÍBORA DE LA MAR

Anónimo

Víbora, víbora de la mar,
por aquí pueden pasar.
Por aquí yo pasaré
y una niña dejaré.

¿Una niña? ¿Cuál será?
¿La de adelante o la de atrás?
La de adelante corre más,
la de atrás se quedará.



Susana Itzcovich es profesora en Letras (Universidad Nacional de La Plata) y ha compilado poesías populares de nuestra tradición oral en su libro *Pisa pisuela color de ciruela*.

TENGO, TENGO, TENGO

Anónimo

Tengo, tengo, tengo,
tú no tienes nada.
Tengo tres ovejas
en una manada.

Una me da leche,
otra me da lana,
otra me mantiene
toda la semana.

Daré la media vuelta,
daré la vuelta entera,
con un pasito atrás,
haciendo la reverencia.

Pero no, pero no, pero no,
porque me da vergüenza,
pero sí, pero sí, pero sí,
porque te quiero a ti.



Tomado de: *A la sombra de un verde limón. Antología del cancionero tradicional argentino.*

ALLÍ ESTÁ LA LUNA

Anónimo

Allí está la Luna
comiendo aceituna.
Yo le pedí una,
no me quiso dar.
Agarré el pañuelo,
me puse a llorar.



Cancionero popular de la provincia de Salta, recopilado por [Juan Alfonso Carrizo](#) (1895-1957), quien fuera el más destacado investigador argentino sobre poesía oral tradicional, incluye juegos infantiles, danzas y canciones. Carrizo indagó en los orígenes americanos y europeos de las composiciones y las comparó con las recopiladas por otros investigadores en el mundo.

LUNA LANAR

Silvia Schujer y Mariana Baggio



Con la lana tejí la luna
y fue una luna lanar,
la lana tenía un nudo
y fue en la luna un lunar.

Lana lunera,
luna lanar,
luna redonda
te vi sobre el mar.

En el mar se mojó la luna,
y de blanco se tiñó el mar,
y el beso que vos me diste
fue un beso de luna y sal.

Lana lunera,
luna lanar,
luna redonda
me hiciste cantar.

[Silvia Schujer](#) nació en Olivos, provincia de Buenos Aires. Es escritora y compositora. Dirigió suplementos infantiles, coordina talleres literarios y ha recibido numerosos premios, entre ellos, el Casa de las Américas por su obra *Cuentos y chinventos*. Entre sus numerosos libros destacan: *Oliverio junta preguntas*, *Puro huesos*, *La abuela electrónica*, *Maleducada*, *Las visitas* y *A la rumba luna*. Esta hermosa nana la compuso junto con la cantautora [Mariana Baggio](#).

COLORES

Cecilia Pisos



Si el enojo
es rojo
y el brillo
amarillo,
¿quiere decir algo
el marrón
de aquel grillo?

El blanco
de la espuma
al blanco
de la nube
sube.

Y, si la nube
es negra,
¿es de nube
o es de tierra?

Y el color de la risa,
¿cuál es?
El color de la pena
mirando al revés.

HERMANOS MELLIZOS

Ruth Kaufman

Se ponen las nubes
redondas y negras
de la tierra sube
olor a tormenta.

Un fuerte estallido
y volamos los dos:
hermanos mellizos
relámpago y yo.

Si juntos salimos
a andar por el mundo
¿por qué llego yo
siempre segundo?

Cecilia Pisos nació en Buenos Aires y es docente en la Universidad Nacional de Buenos Aires. Es autora de varios libros de poesía y narrativa para niños, entre los que destacan *¿Te lo cuento otra vez?* y *Como si no hubiera que cruzar el mar*.

Ruth Kaufman nació en Buenos Aires y, desde hace algunos años, vive en Colonia del Sacramento (Uruguay). Es maestra y licenciada en Letras por la Universidad Nacional de Buenos Aires. Algunos de sus libros son *Nadie les discute el trono*, distinguido en Uruguay con el primer premio del Ministerio de Educación; *Nada de luz* y *Los rimaqué*, al cual pertenece este poema.

ADIVINANZAS POPULARES DE LATINOAMÉRICA

Todo el mundo lo tiene,
porque a nadie le falta apenas viene.
(El nombre)



Así vive, así mora,
así teje la tejedora.
(La araña)

Dos cristales en la cara
se abren y cierran sin chistar.
(Los ojos)



Capa sobre capa,
antes de comer te hace llorar.
(La cebolla)

¿De qué color era el caballo
blanco de San Martín?
(Blanco)



Verde en el campo, negro en la bolsa,
rojo en la parrilla, ¿qué es?
(El carbón)



Aunque es una charla muda,
¿qué le dice la leche al azúcar?
(Nos vemos en el café, el té o el mate)



Las adivinanzas, que todas las culturas crean y divulgan, se consideran dentro de la tradición literaria oral. Algunas se construyen como metáforas poéticas; otras, como juegos de palabras que encierran la respuesta. Muchas se enuncian en forma de rima. Existen adivinanzas muy antiguas, registradas en culturas de Oriente y en la Antigua Grecia.

JUEGO

Cristina Martín

Timba tira
que te mira
timba tero
que te espero
timba tiro
que te estiro
timba timba
timbatero.

——

Yunga que yunga
la yanga
yunga que yunga
yangué
yunga que yunga
yanguita
yunga
y te agarré.

Picatún picatero
pica pica
pica entero.

——

Rana rana
es mi rana
¿y tu rana?
rana Mara.

UNA VIEJA VIRUEJA

Anónimo

Había una vieja,
virueja, virueja,
de pico picotueja
de pomporerá.

Tenía tres hijos,
virijos, virijos,
de pico picotijo
de pomporerá.

Uno iba a la escuela,
viruela, viruela,
de pico picotuela,
de pomporerá.

Otro iba al colegio,
viregio, viregio,
de pico, picotegio,
de pomporerá.

Otro iba al estudio,
virudio, virudio,
de pico picotudio
de pomporerá.

Aquí termina el cuento,
viruento, viruento,
de pico, picotuento,
de pomporerá.

Cristina Martín reside en Rosario. Es profesora de Castellano, Literatura y Latín, magister en Literatura para Niños y Jóvenes por la UNR y narradora oral formada en la escuela de Ana María Bovo. Escribe poemas para niños, entre sus obras se destacan *Versos y reversos*, al cual pertenece “Juego”, y *Que el nombre te nombre* (2013). En 2010 publicó su primer libro de poemas para adultos: *Tres décadas*.

Cancionero popular de la provincia de Salta, recopilado por **Juan Alfonso Carrizo** (1895-1957), quien fuera el más destacado investigador argentino sobre poesía oral tradicional, incluye juegos infantiles, danzas y canciones. Carrizo indagó en los orígenes americanos y europeos de las composiciones y las comparó con las recopiladas por otros investigadores en el mundo.

LA SEÑORA CHING

Anónimo

Por los mares de la China,
de la China de Pekín,
una china chincha mucho
con un junco chiquitín.

Al que le pilla le chincha,
y le chafa el peluquín,
y le pincha con chinchetas,
y le roba su botín

o le plancha los chichones
con su junco chiquitín.

Cancionero popular de la provincia de Salta, recopilado por [Juan Alfonso Carrizo](#) (1895-1957), quien fuera el más destacado investigador argentino sobre poesía oral tradicional, incluye juegos infantiles, danzas y canciones. Carrizo indagó en los orígenes americanos y europeos de las composiciones y las comparó con las recopiladas por otros investigadores en el mundo.

QUIÉN DIRÁ QUE HA VISTO

Anónimo

Quién dirá que ha visto
lo que he visto yo:
tres conejos en un árbol
tocando el tambor.

Que sí, que no,
que sí lo he visto yo.

Quién dirá que ha visto
lo que he visto yo:
un ratón besando al gato
a la sombra de un limón.

Que sí, que no,
que sí lo he visto yo.

Quién dirá que ha visto
lo que he visto yo:
dos gallinas y una zorra
en conversación.

Que sí, que no,
que sí lo he visto yo.

La canción de las mentiras...
¡se acabó!

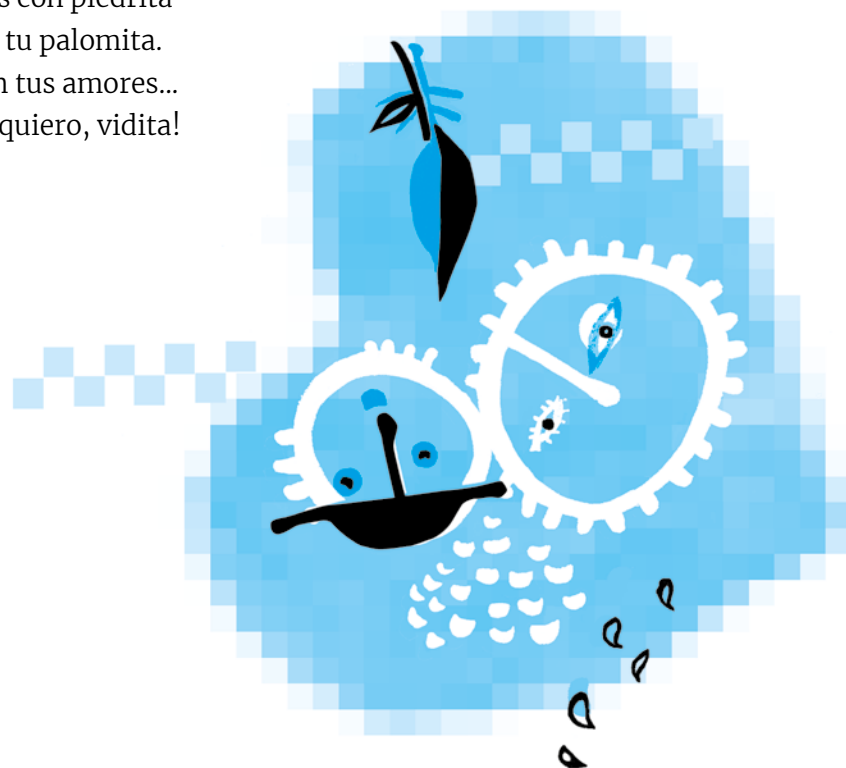
[Susana Itzcovich](#) es profesora en Letras (Universidad Nacional de La Plata) y ha compilado poesías populares de nuestra tradición oral en su libro *Pisa pisuela color de ciruela*.

POBRECITO, MI PONCHO

Anónimo

Pobrecito, mi poncho,
se ha vuelto hilacha
por andar tras los ojos
de esa muchacha.

No me tires con piedrita
que no soy tu palomita.
Tírame con tus amores...
¡Mucho te quiero, vidita!



Susana Itzcovich es profesora en Letras (Universidad Nacional de La Plata) y ha compilado poesías populares de nuestra tradición oral en su libro *Pisa pisuela color de ciruela*.

BAILECITO DE BODAS

Rafael Alberti

Por el totoral,
bailan las totoras
del ceremonial.

Al tuturuleo
que las totorea,
baila el benteveo
con su bentevea.

¿Quién vio al picofeo
tan pavo real,
entre las totoras,
por el totoral?

Clavel ni alhelí
nunca al rondaflor
vieron tan señor
como el benteví..

Cola color sí,
color no, al ojal,
entre las totoras,
por el totoral.

Benteveo bien
al tuturulú,
chicoleas tú
con tu ten con ten.

¿Quién picará a quién,
al punto final,
entre las totoras,
por el totoral?

Por el totoral,
bailan las totoras
del matrimonial.

Rafael Alberti (1902–1999) fue un extraordinario poeta español, que luego de la Guerra Civil en su país (1936–1939) se exilió en Sudamérica. Entre 1940 y 1963 vivió en Buenos Aires y en Córdoba. De ese período son algunos de sus grandes libros: *Marinero en tierra*, *Coplas de Juan Panadero*, *Baladas y canciones del Paraná*, *Buenos Aires en tinta china*. También vivió en Italia y, en 1972, regresó a España.

CANCIONES DE NATACHA



Juana de Ibarbourou

La señora luna
le pidió al naranjo
un vestido verde
y un vinillo blanco.

La señora luna
se quiere casar
con un pajarito
de plata y coral.

Duérmete, mi niña,
e irás a la boda
peinada de moño
y en traje de cola.



Juana de Ibarbourou (1892-1979) nació en Melo, Uruguay. Sus poemas y sus narraciones expresan gran sensibilidad y hondura. Su obra fue muy popular en las escuelas argentinas hace años, y sus libros *Chico Carlo* y *Los sueños de Natacha* fueron clásicos. Este texto fue tomado de *Juana de Ibarbourou para niños*.

LUNA VERDE

Baldomero Fernández Moreno

¿Por qué, luna, sales hoy
verde como una manzana?
¿Es porque ha de llover
mañana por la mañana?
¿O graznar catástrofes,
o suspirar esperanzas,
o porque está el firmamento
a medias azul y grana,
o por llamar la atención
o porque te da la gana?
Te miran maravillados
el campanario y la fábrica,
el galpón y la azotea,
los fondos y las fachadas.

Y el vigilante en la esquina
echa la testa a la espada
mientras se le cae la gorra
y se le arruga la cara.
Yo también te estoy mirando
de codos en mi ventana,
y no pienso retirarme,
aunque he visto lunas tantas,
hasta que estés bien madura
y te caigas de la rama.

Baldomero Fernández Moreno (1886-1950) nació en Buenos Aires. Aunque también ejerció la medicina, fue uno de los poetas argentinos de mayor popularidad en la primera mitad del siglo veinte. Entre sus obras se destacan: *Intermedio provinciano* (1916), *Ciudad* (1917), *Aldea española* (1925), *Buenos Aires* (1941) y *San José de Flores* (1943).

PEGASOS, LINDOS PEGASOS

Antonio Machado

Pegasos, lindos pegasos,
caballitos de madera...

Yo conocí siendo niño,
la alegría de dar vueltas
sobre un corcel colorado,
en una noche de fiesta.

En el aire polvoriento
chispeaban las candelas,
y la noche azul ardía
toda sembrada de estrellas.

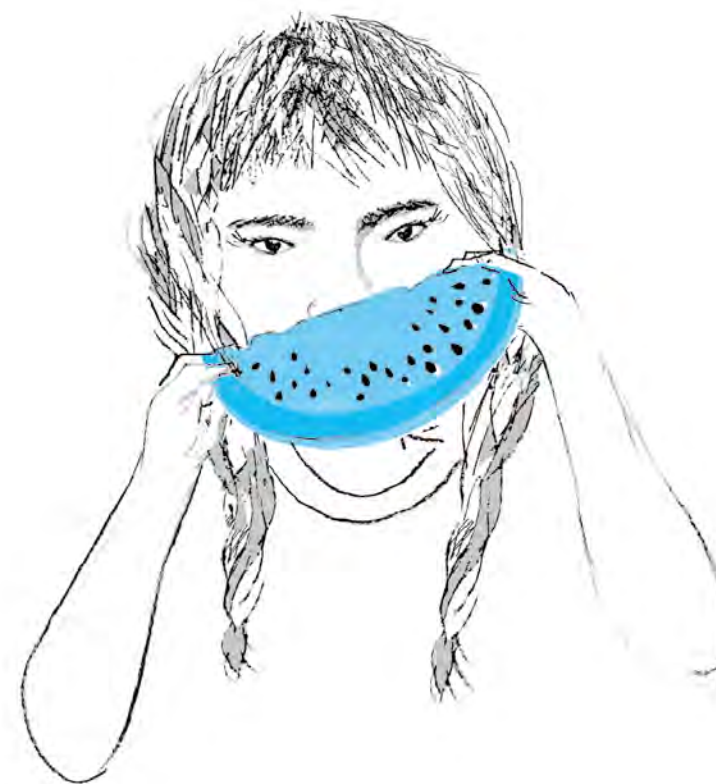
¡Alegrías infantiles
que cuestan una moneda
de cobre, lindos pegasos,
caballitos de madera!

Antonio Machado (1875–1939) es uno de los poetas españoles más representativos, integrante de la llamada Generación del 98. Murió en el exilio, durante la Guerra Civil Española. Entre sus libros destacan: *Soledades, galerías y otros poemas* (1907), *Campos de Castilla* (1912) y *Nuevas canciones* (1924). Gran parte de sus composiciones se ha divulgado gracias al cantautor español Joan Manuel Serrat.

SANDÍA

José Juan Tablada

¡Del verano, roja y fría
carcajada,
rebanada
de sandía!



José Juan Tablada (México, 1871-1945) fue un poeta, periodista y diplomático que encabezó el movimiento vanguardista mexicano. Escribió haikus y poesías visuales. Entre sus libros se cuentan *Al sol y bajo la luna*, *Li-Po y otros poemas* y *El jarro de flores*.

LAGO

Jorge Luján

Una O que se cayó del CIEL .

TUMBA, TUMBA RETUMBA

Jorge Luján

No es contra el mundo
que embiste el rinoceronte
sino contra esos cuernos
que por nada se quitan
de en medio de sus ojos.

¡OH, LOS COLORES!

Jorge Luján

Abre y cierra su abanico
la luna muy despacito:
blanco
blanquito.

La noche se ha puesto
su vestido **negro**
para que luzcan más bellos
los ojos del universo.

El **marrón**
es un coco a la deriva
o una roca
con un venadito encima.

[...]

[Jorge Luján](#) es un poeta argentino que nació en Córdoba y vive en México. Además, es cantante y coordina talleres de creación. Recibió varios premios, entre ellos el de Poesía para Niños 1995, otorgado por ALIJA (Asociación de Literatura Infantil y Juvenil Argentina). Es autor de libros como *Tarde de invierno*, *Numeralia*, *Más allá de mi brazo* y *Palabras manzana*.

LIMERICKS

Griselda Martínez

Era una oruga casi mariposa,
casi capullo, casi poca cosa.
Despertó una mañana,
y desplegó las ganas
de ser aire y volar sobre las rosas.



Cuando el viento se lleva los sombreros,
las hojas secas, las voces, los pañuelos,
no los deja caer,
ni los quiere perder,
solo quiere guardarlos de recuerdo.



La nieve, silenciosa como un hada,
cae sin cesar sobre la tierra helada
y en un blanco perfecto
susurra su secreto:
es del sol, de quien vive enamorada.



En un papel glasé metalizado
escribiste mi nombre, enamorado.
Lo leo y lo releo,
sonrío y no lo creo
y lo vuelvo a guardar, atesorado.



Griselda Martínez es una escritora residente en Neuquén que ha publicado, entre otros, los libros *El invitado*, *Cuento con reina y princesas* y *En el abrazo del árbol*. También *Casi apruebo geografía*, un libro de *limericks*: juegos orales de tradición irlandesa, de cinco versos de once y siete sílabas, en los que las palabras juegan entre el humor y el disparate.

CORTANDO VIENTOS

(*Huayras pitispa*)

Adivinanzas quichuas en versión bilingüe

Va, va
y no se pierde.

—— (El camino)

Dos muchachas
a la par
y no se pueden
mirar.

—— (Los ojos)

Sale de la sala,
viene de la loma
meneando la cola
como una paloma.

—— (La escoba)

Una casita blanqueada,
sin puertas
y sin ventanas.

—— (El huevo)

'Rin,'rin
y *mana chincan*.

—— (Ñan)

Ishckay sipas
a la par
y *mana atincu*
ckaay.

—— (Ñahuis)

Salamanta llojsin
lomamanta amun
chupanta cuyurichispa
urpilita ina.

—— (Pichana)

Suj yuraj huasisitu
mana puncuyoj
mana tockoyoj.

—— ('Runtu)

CANCIÓN DE LA CHIPA

Canción guaraní

Tokytó kytó, tokytó kytá

hasta allá se oye el ruido del mortero.

Ya hay alegría, molienda de a dos,
con el mazo de mortero se hacen piruetas.

Hojas de banano, para la base de las chipas,
ramas de quebracho, corteza de guayacán,
raíces de paja, médula de palo borracho,
chipa pajarito, chipa cocodrilo.

Pásame los huevos, el maíz molido,
grasa y queso, leche y sal.
Venid gente, venid a ver,
el horno caliente simula aullar,
la leña habla, el fuego baila,
el humo vuela, la ceniza se revuelca.

Tokytó kytó, tokytó kytá,

Venid rápido, venid todos,
embelleceros, reíd alegremente,
poneros contentos: ¡la chipa está lista!

La chipa es uno de los platos más sabrosos que preparan **los guaraníes**, pueblo indígena que habita el noreste argentino, Bolivia, Paraguay y el sur de Brasil, donde también se habla su lengua. Esta versión fue tomada del sitio www.otrolunes.com.

Mercedes Mainero y **Mercedes Palacios** son las autoras de esta selección de adivinanzas, tomadas de *Cortando vientos (Huayras pitispa)* (Buenos Aires, Ediciones de la Ventana. Edición bilingüe, en castellano y quichua-santiagueño).

DORMÍ, HIJITO, DORMÍ

Canción de cuna qom en versión bilingüe

Dormí, hijito, dormí, hijito,
que tu papá se fue a mariscar.
Se fue a buscar miel de avispa, hijito.
Dormí, hijito, dormí, hijito,
que yo quiero hacer mi trabajo.
Tengo que tejerle la red a tu papá
para que pueda atrapar los peces.

*O'olec, o'olec
'auo'ochi ȳalcolec
'auo'ochi ȳalcolec
'auo'ochi ȳalcolec
Ten so taxade' nmitaique ca
Qo'oilala, ȳalcolec
ȳalcolec 'auo'ochi
ȳalcolec 'auo'ochi*

Los **qom** viven en la Argentina (principalmente en las provincias de Chaco, Formosa y Salta), en Paraguay y en Bolivia. Como se rapaban la parte delantera de la cabeza, los guaraníes les decían tobas que, en su lengua, significa “frente”. Esta canción de cuna ancestral fue rescatada del canal oficial del grupo Tonolec, como “Canción de cuna”.

LLORA EL NIÑO

Canción de cuna mapuche en versión bilingüe

Llora el niño, llora el niño,
vinieron los zorros, vinieron los zorros.
Los niños tuvieron miedo.
Váyanse zorros, ¡váyanse!
Llora el niño, llora el niño,
los zorros se van, los zorros se van.
Duérmete niño, duérmete,
el zorro ya se va.

*Gumayta puñén may, gumayta puñén may
kupage guru may, kupage guru may
xa pita puñén may, xa pita puñén may
amutugué guru may, xa pita puñén may
amutugué guru may
kupaytá guru may, amutugué guru may
umutugué puñén may, xa pita puñén may,
xa pita puñén may, xa pita puñén may...*

El pueblo **mapuche** es uno de los pueblos originarios más numerosos de la Argentina y de Chile. Su nombre significa “gente de la tierra”. Esta canción de cuna tradicional es interpretada bellamente en mapuzungun por Beatriz Pichi Malen (disponible en YouTube).

MARIPOSA, A TU BODA LLEGAS TARDE

Luis Pescetti



Mariposa, a tu boda,
llegas tarde, es la hora.
Las campanas ya sonando
y tu novio está esperando.

Si la novia no se apura,
dice muy nervioso el cura,
yo me salto el protocolo
y lo caso al novio solo.

Pero llega, azul y lenta,
y sus alas son tan bellas
que ofició uno que pudo
pues el cura quedó mudo.

Moraleja: no es sencillo
dar al mundo algo con brillo.
Solo pide esa tardanza
más amor y más confianza.

Luis María Pescetti nació en San Jorge, provincia de Santa Fe. Es escritor, músico y cantante y, sin dudas, uno de los más reconocidos creadores de literatura para niños y jóvenes. Recibió el Premio Casa de las Américas en 1997 y decenas de otros galardones en Latinoamérica y Europa. Algunos títulos de su vasta producción: *Nadie te creería*, *Marito* y *el temible Puf vuelven a ganar otra vez*, *Caperucita (como se la contaron a Jorge)* y la colección de libros *Natacha*.

RONDA

Sergio Andricaín

Ronda, ronda,
del Camaleón
y la Hormiga:
él inclinado,
ella en puntillas.

Sobre el verde tablado
de una hoja giran,
al compás de la ronda,
ronda rondilla.

Sergio Andricaín es un escritor, periodista, crítico y editor nacido en La Habana, Cuba pero residente en Miami, Estados Unidos. Ha publicado: *Cuando sea grande*, *Libro secreto de los duendes*, *La noche más noche* y *Sirena y punto*, entre muchas otras obras.

EL GAUCHO MARTÍN FIERRO

José Hernández

Los hermanos sean unidos
porque esa es la ley primera;
tengan unión verdadera
en cualquier tiempo que sea,
porque si entre ellos se pelean
los devoran los de *ajuera*.

La cigüeña, cuando es vieja,
pierde la vista, y procuran
cuidarla en su *edá* madura
todas sus hijas pequeñas.
Apriendan de las cigüeñas
este ejemplo de ternura.

Ave de pico encorvado,
le tiene al robo afición;
pero el hombre de razón
no roba jamás un cobre,
pues no es vergüenza ser pobre
y es vergüenza ser ladrón.

José Hernández (1834–1886) nació en Chacras de Perdel, provincia de Buenos Aires. Fue un militar, periodista, poeta y político especialmente conocido por ser el autor del *Martín Fierro*, obra máxima de la literatura gauchesca argentina. En su homenaje, el 10 de noviembre –añosario de su nacimiento– se festeja el Día de la Tradición.

NOMBRECITO

Laura Devetach

Cierta vez, en cierto país, hubo un gran concurso. Consistía en premiar a la persona que tuviera el nombre más corto.

Se presentó muchísima gente.

El que estaba a punto de ganar era un señor llamado **O**.

Todo el mundo ya empezaba a gritar *¡Viva, viva!*, cuando todo quedó interrumpido porque se había presentado Casio reclamando el premio. Él era **Casi-o**.

Ya empezaban a gritar de nuevo *¡Viva, viva!*, cuando llegó alguien que decía tener el nombre más corto que Casio. Se llamaba Nicasio, o sea, **ni-casi-o**.

Y ganó Nicasio.



Esta es una versión libre del folklore popular realizada por **Laura Devetach**, una de las más destacadas escritoras argentinas de cuentos para chicos y chicas.

LA NIÑA DEL LIBRO

Graciela Pérez Aguilar

Una vez, hace mucho tiempo, los seres humanos se reunían alrededor del fuego para contarse sus historias.

Y, por esos tiempos, hubo una niña que quería recordarlas para contarlas a sí misma en las largas noches de invierno.

Al principio, la niña guardó esas historias en su cabeza y las repetía cada vez que el tiempo bramaba en la puerta de su choza.

Después se le ocurrió dibujarlas en trozos de piel de venado para recordarlas mejor. Y guardó esos trozos de piel como si fueran un tesoro. Así juntó innumerables dibujos e historias.

Con el correr del tiempo, las gentes de distintos pueblos empezaron a llamar a la niña para que les recordara las historias antiguas y ella recorrió aldeas y poblados con las historias dibujadas en su trozo de piel.

La niña envejeció recorriendo pueblos y, cuando ya estuvo muy viejita, le encomendó a un viejo zapatero que reuniera sus viejos relatos dibujados y los pusiera todos juntos dentro de una caja.

El zapatero, que había crecido escuchando las historias de la niña, inventó una caja muy bonita, de cuero y con dos tapas para proteger sus cuentos, y los guardó en un estante de su taller. Así nacieron el primer libro y la primera biblioteca.

Desde entonces, los habitantes del pueblo leyeron el libro y recordaron a la niña en cada día de mediados de abril, cuando es otoño en el sur y primavera en el norte.

Graciela Pérez Aguilar (1947-2017) nació en Buenos Aires y enseñó literatura en la UBA. Autora de los textos de *Guía de Letras*, fue también co-fundadora de la revista *La Mancha*; *Papeles de literatura infantil*.

INTRIGA

Iris Rivera

¿No se cansan las sillas
de estar paradas?

¿No se les doblan las rodillas?

¿Con qué se abrigan las frazadas?

¿Y quién despierta al despertador?

¿Se marean los tornillos

de tantas vueltas?

¿Con quién se casan los anillos?

Las sogas ¿quieren andar sueltas?

¿Toman café las cafeteras?

¿Quema ser sol?

Alguna vez, una escalera

¿Anduvo en ascensor?

Iris Rivera es maestra normal nacional y profesora en Filosofía y Ciencias de la Educación. Organiza talleres de lectura y escritura en espacios no convencionales (cárceles y comunidades de recuperación para jóvenes drogadependientes). Es autora, entre otros, de los libros *Historias de no creer*, *Contando ando* y *Manos brujas*.

NANA DEL CABALLO GRANDE

Federico García Lorca

Nana, niño, nana
del caballo grande
que no quiso el agua.

El agua era negra
dentro de las ramas.

Cuando llega al puente
se detiene y canta.

¿Quién dirá, mi niño,
lo que tiene el agua
con su larga cola
por su verde sala?

Duérmete, clavel,
que el caballo no quiere beber.

Duérmete, rosal,
que el caballo se pone a llorar.

Federico García Lorca fue uno de los más importantes poetas de nuestra lengua, nacido en Granada (España) en 1898 y fusilado en 1936, a los 38 años, al inicio mismo de la Guerra Civil. También dramaturgo y prosista, vivió algunos años en la Argentina y su muerte duele aún a la poesía universal. En su obra destacan *Doña Rosita la soltera*, *Bodas de sangre*, *Romancero gitano*, *Yerma* y *Poeta en Nueva York*.

LAS OREJAS

Andrea Ferrari

Las orejas, dice la abuela. ¡Las orejas! Lucas se ríe y corre tapándose las orejas, aunque sabe que es broma, que ella no se las va a morder. Tiene las orejas grandes y salidas hacia afuera y por eso en el colegio algunos le dicen Orejudo, pero a él no le importa: aunque pudiera, no se las cambiaría. A veces mira la foto de su papá, que también las tenía así, grandes y salidas. ¡Las orejas!, vuelve a oír y Lucas corre escaleras arriba y abajo, hasta que no da más y termina en la falda de su abuela. Ella se deja tocar las orejas ocultas debajo de los rulos grises. Son grandes.

Andrea Ferrari es periodista, escritora y traductora de inglés. Autora de las novelas *El complot de Las Flores* (Premio Internacional Barco de Vapor 2003) y *El camino de Sherlock* (Premio Jaén de Narrativa Infantil y Juvenil 2007). Este poema es parte de *Ovillo de trazos*, que editó el Plan Nacional de Lectura junto a Abuelas de Plaza de Mayo.

RECETA PARA DORMIR

Yolanda Reyes

Para que el sueño venga, se recomienda
cerrar los ojos, contar ovejas,
oír el canto de las estrellas,
comer manzana con mejorana
y tomar agua con toronjil,
sentir que el viento mece la cama,
tocar la almohada con la nariz.
Para que el sueño venga y se quede quieto
toda la noche, cerca de ti,
pídele al mundo que haga silencio,
dile que el sueño quiere dormir.
Shhhhhhhhhh...

Yolanda Reyes es una escritora colombiana dedicada a la literatura infantil y juvenil. Entre sus obras figuran: *El terror de sexto B* (1994), *María de los Dinosaurios* (1998) y *Los años terribles* (2000). Esta “receta” fue tomada de *El libro que canta*.

De las cosas que suceden

LA VUELTA AL MUNDO

Javier Villafañe

Una vez un chico que se llamaba Santiago salió de su casa en un triciclo para dar la vuelta alrededor del mundo.

Iba pedaleando por la vereda y en el camino se encontró con un perro y un gato y le preguntaron:

–¿A dónde vas, Santiago?

Y Santiago respondió:

–Voy a dar la vuelta alrededor del mundo.

–¿Podemos ir los dos?

–Sí, vengan.

Y el perro y el gato se pusieron detrás del triciclo.

Santiago siguió pedaleando y se encontró con un gallo, un conejo y un caracol y le preguntaron:

–¿A dónde vas, Santiago?

Y Santiago respondió:

–Estoy dando la vuelta alrededor del mundo.

–¿Podemos ir los tres?

–Sí, vengan.

Y el gallo, el conejo y el caracol se pusieron detrás del perro y el gato que iban detrás del triciclo.

Santiago pedaleaba y el triciclo iba a toda velocidad. En el camino se encontró con una hormiga, una vaca, un grillo y una paloma y le preguntaron:

–¿A dónde vas, Santiago?

Y Santiago respondió:

–Estoy dando la vuelta alrededor del mundo.

–¿Podemos ir los cuatro?

–Sí, vengan.

Y la hormiga, la vaca, el grillo y la paloma se pusieron detrás del gallo, el conejo y el caracol que iban detrás del perro y el gato.

Santiago pedaleaba y el triciclo iba a toda velocidad. En una curva se encontró con un camello, una tortuga, un caballo, un elefante y un pingüino y le preguntaron:

–¿A dónde vas, Santiago?

Y Santiago respondió:

–Estoy dando la vuelta alrededor del mundo.

–¿Podemos ir los cinco?

–Sí, vengan.

Y el camello, la tortuga, el caballo, el elefante y el pingüino se pusieron detrás de la hormiga, la vaca, el grillo, la paloma, el gallo, el conejo y el caracol que iban detrás del perro y el gato.

Santiago siguió pedaleando y de pronto frenó el triciclo. Se detuvo para ver un charco que había hecho la lluvia y dijo:

–Es un río que está buscando barcos.

Y el perro, el gato, el gallo, el conejo, el caracol, la hormiga, la vaca, el grillo, la paloma, el camello, la tortuga, el caballo, el elefante y el pingüino se detuvieron y miraron el río que había hecho la lluvia.

Santiago puso el triciclo en marcha y se encontró con una jirafa, un loro, un cordero, un león, un mono y una cigüeña y le preguntaron:

–¿A dónde vas, Santiago?

Y Santiago respondió:

–Estoy dando la vuelta alrededor del mundo.

–¿Podemos ir los seis?

–Sí, vengan.

Y la jirafa, el loro, el cordero, el león, el mono y la cigüeña se pusieron detrás del camello, la tortuga, el caballo, el elefante, el pingüino, la hormiga, la vaca, el grillo, la paloma, el gallo, el conejo y el caracol que iban detrás del perro y el gato.

Santiago siguió pedaleando y frenó el triciclo para ver un molino. Todos miraron el molino.

–Está quieto –dijo el caballo–. No mueve las aspas.

–No mueve las aspas porque no hay viento –dijo el gallo.

–Es inútil –se lamentó la hormiga–. Por más que me ponga en puntas de pie jamás podré ver un molino. Está muy alto.

Y la jirafa le dijo a la hormiga:

–Lo verás subiéndote sobre mi cabeza.

La jirafa inclinó el cuello y apoyó la cabeza a un lado del triciclo: la hormiga avanzó unos pasos y subió por la frente de la jirafa. Entonces la jirafa levantó el cuello y desde lo alto exclamó la hormiga:

–¡Qué hermoso es un molino! Nunca había visto un molino.

La jirafa encogió el cuello, bajó la cabeza a ras del suelo y la hormiga volvió a pisar la tierra. Y cuando la hormiga se puso en fila, detrás de la vaca, Santiago siguió pedaleando y al llegar a la puerta de su casa frenó el triciclo y dijo:

–Hemos dado la vuelta alrededor del mundo.

Y allí se despidieron. Unos se fueron caminando; otros, volando. Santiago entró en su casa. Había dado la vuelta alrededor de la manzana.

Javier Villafañe (1909–1996) fue sin ninguna duda el más grande titiritero de América Latina, como fue también poeta, narrador, ensayista, pensador y un andariego sin pausa. El teatro de títeres fue su pasión de vida. En 1933 creó su célebre personaje Maese Trotamundos y la carreta La Andariega, en la que comenzó a recorrer pueblos y ciudades con sus representaciones. Publicó una notable serie de libros, entre ellos *Teatro de títeres*, integrado por obras para niños. En 1967 se vio obligado a abandonar el país por la dictadura militar. Se radicó en Venezuela y luego, en España. A su regreso a la Argentina, en 1984, fue recibido con premios y honores.

LA REGADERA MISTERIOSA

María Elena Walsh

Felipito Tacatún era muy distraído. Distraído, boquiabierto y desmemoriado.

Qué le vamos a hacer, cada cual tiene sus defectos, ¿no?

Una vez la mamá lo mandó a regar las plantas.

Felipito, naturalmente, se olvidó de llenar la regadera.

Y ni siquiera se dio cuenta de que igual salía agua y que las flores bebían muy contentas.

Al rato fue la mamá al jardín y vio que las plantas estaban medio loquitas.

Las flores se reían y bailaban el vals, mientras las hojas aplaudían y los yuyos dormían la siesta.

–¿Con qué has regado estas plantas, Felipito?

–Con la regadera, mamá.

–Pero esa regadera no tenía agua, sino vino –dijo la señora de Tacatún– porque estas plantas están todas borrachitas.

Efectivamente, estaban borrachitas.

Felipito trajo la regadera para que su mamá la inspeccionara y ¡oh sorpresa! esta vez la regadera no estaba llena de vino, sino de leche.

La mamá se apresuró a preparar una enorme mamadera para el hermano de Felipito.

Cuando terminó dijo:

–Felipito, alcánzame otra regadera de leche.

Y cuando su hijo se la alcanzó, resulta que estaba llena de jugo de naranja con azuquita.

Naturalmente, Felipito se lo tomó todo sin respirar.

Y así siguieron las cosas.

No había duda de que la regadera era mágica, misteriosa y chiripitiflaútica.

Un día se llenaba de leche, otro día se llenaba de tinta china, otro día se llenaba de caldo de gallina, y los domingos se llenaba de cerveza.

Así, porque sí.

Pero jamás, réquete jamás volvió a llenarse de agua.

Qué lindo, ¿no?

Pero, ¿y las plantas?, preguntarán ustedes.

Hubo que regarlas, en adelante, con la manguera. Y de esta manera se acaba el cuento de la regadera.



María Elena Walsh (Argentina, 1930–2011) fue poeta, cantante, compositora y dramaturga. Su extensa y riquísima obra para niños y jóvenes, y también para adultos, fue revolucionaria y precursora para la literatura argentina de finales del siglo veinte. Entre sus obras para niños más apreciadas, figuran: *Dailan Kifki*, *Tutú Marambá*, *Zoo loco*, *El reino del revés*, *Cuentopos de Gulubú* y *Versos tradicionales para cebollitas*. Para adultos, *Novios de antaño* y *Desventuras en el País-Jardín-de-Infantes*.

UNA TRENZA TAN LARGA...

Elsa Bornemann

Nunca le habían cortado el pelo. Ni siquiera se lo habían recortado. Margarita no quería. Por eso lo tenía tan largo. Larguísimo.

Su trenza alcanzaba a cubrir una cuadra.

Cuando Margarita dormía, su trenza se estiraba por el dormitorio, se doblaba por la sala, seguía por el balcón y –desde el tercer piso de la casa– caía hacia la calle, saliendo por la ventana que dejaban abierta a propósito.

Para peinarse, Margarita viajaba una vez por semana al campo, con su mamá, su papá, su abuela y sus dos hermanas mayores.

Allá, sobre el ancho verde, la destrenzaban.

Luego la cepillaban por turno, para no cansarse: su mamá le alisaba los primeros metros de pelo; seguía la abuela, desenredando unos cuantos metros más.

A continuación, sus dos hermanas, siempre protestando porque esa tarea las aburría, y –finalmente– el papá que peinaba los últimos metros del pelo de su hija menor.

Una vez, en plena labor de cepillados, los sorprendió un fuerte viento. El pelo de Margarita se levantó entonces, abriéndose en abanico.

–¡Una nube negra! –gritaron los campesinos–. ¡Tormenta! –mientras pájaros, libélulas, mariposas, langostas y vaquitas de San Antonio quedaban enredados.

Lejos de preocuparse, Margarita estaba contenta:

–¡Mi pelo canta! –decía al escuchar los pájaros piando en él–. ¡Uso las más lindas hebillas! –aseguraba al verse adornada por tantas vaquitas de San Antonio.

–¡Debemos cortarle el pelo! –chillaban mamá, papá y la abuela.

–¡Bien corto! –aseguraban las hermanas.

Otra vez, su pelo suelto en la noche campesina se llenó de bichitos de luz y hubo que esperar al día siguiente para trenzarlo...

¡Era tan hermoso verlo! ¡Parecía un retacito de la misma noche, bordado con estrellitas!

El problema más grande se presentó la mañana en que Margarita debió ir a la escuela por primera vez.

–¡Tendremos que cortarle el pelo! –le dijeron sus hermanas, riendo.

Claro, ellas estaban un poquito celosas: la mayor tenía una melenita castaña que apenas le rozaba los hombros...

La mediana, escasos rulitos apretados en coronita rubia... Ninguna de las dos lograba que el pelo les creciera tanto como a la más chica...

La mamá trató de encontrar una solución sin cortarle el pelo.

–Te recogeré la trenza en un rodete, Margarita... –le dijo esa mañana.

–¡Manos a la obra! –se escuchó a la abuela. Y tomando varios metros de trenza cada una, empezaron a girar alrededor de Margarita hasta formar un enorme rodete sobre su cabeza.

¡Ay! Era tan pesado que Margarita no pudo moverse...

¡Ay! Era tan alto que Margarita no pudo salir de su casa... ¡Llegaba hasta el techo!

Entonces, Margarita tuvo una buena idea: llamó por teléfono a todos sus amiguitos y esperó a que llegaran a buscarla.

Entretanto, su mamá, su abuela y sus hermanas trabajaban deshaciendo el rodete.

En media hora, la trenza negra ya estaba en libertad.

Al rato, Margarita salió a la calle, bajando por la escalera los tres pisos de su casa, seguida, por su trenza. Sus amiguitos ya la estaban esperando, todos con sus delantales blancos.

Margarita subió a su bicicleta, rumbo a la escuela... Y hacia allá fue, con sus amiguitos en hilera cargando la trenza tras ella:

Sebastián la seguía en triciclo.

Carlitos en *karting*.

Gustavo en bicicleta.

Cristina en remociclo.

Pilar en monopatín.

Aníbal en autito.

Matías corriendo.

Sonia en carrito, empujada por Darío y Hernán, y finalmente Bettina, en patines, sujetándose del gran moño floreado y dejándose arrastrar por los demás...

¡Qué viva!

¡Cómo se divertieron en la escuela!

Cada recreo, la trenza de Margarita servía para saltar a la soga, para enrollarse en caracol, para formar guardas sobre las baldosas del patio... ¡y hasta para colgar un ratito al sol la ropa recién lavada por la portera!

¡Margarita se sentía tan feliz!...

Cuando llegaron las vacaciones, sus papás decidieron hacer un viaje en barco.

– ¡Tendremos que cortar el pelo! – volvió a insistir su hermana mayor.

– ¡Bien corto! – agregó la mediana, yendo a buscar las tijeras.

Pero a Margarita se le ocurrió algo, también en esa oportunidad, y no fue necesario cortar el pelo.

Durante el viaje en barco la dejó caer desde la borda al agua. Su trenza abrió un caminito negro en el río...

¡Cuentan que cuando la izaron, al terminar el paseo, traía pececitos prendidos de su moño!

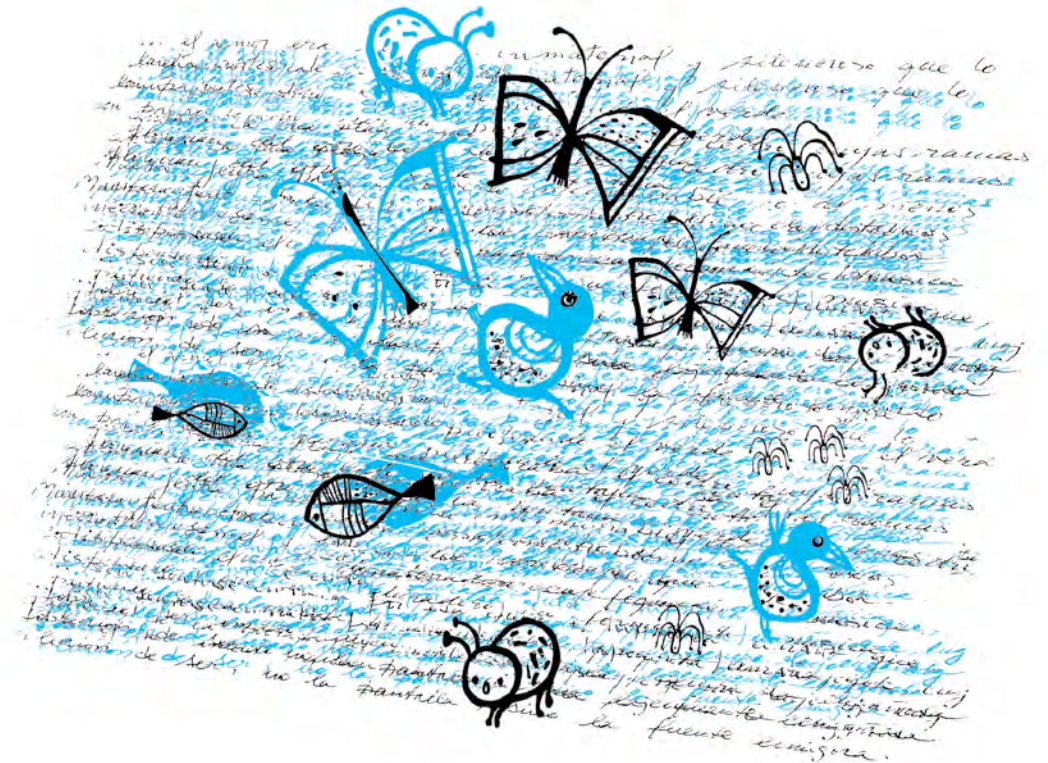
¡Cómo la aplaudieron los pescadores en la orilla!

Ah... ¿Ustedes creen que Margarita se cortó su pelo?

No, no y mil veces no.

Ni siquiera se lo ha recortado.

Su trenza negra cubre ahora dos cuadras y sigue siendo, a veces, un recacito de la misma noche, bordado por los bichitos de luz... o una nube oscura, sobre la que el viento sopla pájaros, libélulas, mariposas, langostas y vaquitas de San Antonio... o simplemente una trenza, una trenza tan larga...



Elsa Bornemann (1952-2013) fue una de las más relevantes escritoras argentinas para niños, jóvenes y adultos. Profesora en Letras (UBA), fue docente en todos los niveles, pero su gloria la alcanzó como narradora, poeta, guionista y traductora. Recibió innumerables premios por sus libros y su trayectoria, y fue la primera escritora argentina que integró, en 1976, la Lista de Honor de IBBY por su libro *Un elefante ocupa mucho espacio*. Escribió obras indispensables como *Tinke tinke*, *El cumpleaños de Lisandro*, *La edad del pavo*, *No somos irrompibles*, *Socorro*, *Lobo Rojo* y *Caperucita Feroz* y *El espejo distraído*.

ASÍ NACIÓ NICOLODO

Graciela Montes

Papitodo era principalmente un odo, así que usaba flequillo y zapatos redondos. Y era amable con todos. Por ejemplo, jamás pasaba al lado de una hormiga sin decirle buenos días y a los gusanos, que son un poco lentos, los dejaba pasar primero.

Como bien se sabe, los odos suelen vivir en latitas de azafrán, pero Papitodo alquilaba un cuarto en la Lata de Arvejas del odo Pancho porque en ese tiempo escaseaban mucho las latitas.

Papitodo era pintor. Pintaba los faroles de la plaza, las chimeneas de los caracoles, los pasillos de las casas de las hormigas y, si lo dejaban, era capaz de pintar los pastitos uno por uno, porque Papitodo era un pintor de alma y le encantaba pintar, de colorado y de azul, a rayas y a cuadritos, del revés y del derecho, con brocha y con pincel. Así se iba a trabajar muy contento todas las mañanas.

Sin embargo, un día viernes se asomó afuera, vio que el cielo estaba gris, se puso a llorar hojitas y dijo:

–Los viernes siempre llueve. (Aunque no era cierto. Pero Papitodo estaba tristón y se le daba por pensar cosas tristonas).

Se tomó dos o tres mates, mordisqueó un pastito, se puso el mameluco, se agarró un tarrito de pintura y pensó con un suspiro: “Estoy muy solo. Hoy pintaría todos los pastitos de negro”. (Por suerte no se conseguía negro por esa zona, así que los pastitos pudieron seguir siendo verdes). Y se fue caminando hacia la parada del ciempiés, tan distraído que casi se lleva por delante un cartel amarillo que decía: “Lentejas. Botones chicos. Caramelos. También hay paraguas”.

“Eso, eso, paraguas”, se dijo Papitodo. “Hoy seguro que llueve”. Y sin pensarlo dos veces golpeó la latita del cartel.

–¿Tiene paraguas? –preguntó en cuanto vio que alguien levantaba la tapita.

–Tengo lentejas, botones chicos y caramelos. Y también un paraguas colorado. Si quiere se lo puedo prestar –dijo Mamitoda, que estaba muy linda con su flequillo recién peinado.

Papitodo la miró, la miró, se puso muy colorado y enseguida se enamoró. Y, como ya se había olvidado del paraguas, se llevó dos lentejas, un botón de cuatro agujeros y medio caramelo; todo lo que podía cargar. Y dijo hasta mañana.

Mamitoda se miró los pies porque era un poco tímida y se pasó la mano por la cabeza para ver si estaba bien peinada.

Papitodo estaba contentísimo, tan contento que casi se equivoca de ciempiés y se toma el que iba al Terreno de Enfrente. Mientras pintaba los faroles de La Plaza Grande, cantaba:

*Los viernes siempre hay sol,
siempre hay sol,
siempre hay sol,
siseeeeeempre hay sooooooooool. (Aunque no era cierto).*

Al día siguiente se lustró los zapatos, se puso un chaleco a rayas y fue a la latita de Mamitoda. Golpeó dos veces y, en cuanto oyó que alguien levantaba la tapita, dijo rápido rápido para no sentir vergüenza:

–Casate conmigo. Andá, dale, casate.

Mamitoda se había vestido de azul y dijo que sí, que se casaba porque ella también estaba enamorada.

Ese día se fueron a tomar un pastito helado a la plaza y el miércoles, bien temprano, hicieron las valijas y se mudaron al Terreno de Enfrente porque les habían dicho que allí era más fácil encontrar latitas de azafrán vacías.

Papitodo pintaba faroles y chimeneas y Mamitoda vendía lentejas, botones chicos y caramelos. Los domingos de tarde iban al charco a pasear en sapo.

Un día como otros días Mamitoda dijo tocándose la panza:

–Me parece que va a nacer Nicolodo.

–A mí también me parece –dijo Papitodo después de mirarla un rato.

Y así nació Nicolodo. Y después nacieron sus hermanitos.



Graciela Montes nació en Buenos Aires. Es escritora, traductora y profesora en Letras (UBA). Fue cofundadora de ALIJA (Asociación de Literatura Infantil y Juvenil de la Argentina) y de la revista *La Mancha*. Por sus traducciones y su reconocimiento internacional, recibió el Premio Lazarillo (1980) y fue nominada por la Argentina al Premio Internacional Hans Christian Andersen en 1996, 1998 y 2000. En 1999 recibió el Premio Pregonero de Honor y en 2018 el Premio Hispanoamericano SM de Literatura Infantil. Escribió más de 70 libros, entre ellos *Tengo un monstruo en el bolsillo*, *El club de los perfectos*, *La guerra de los panes* y *En el país de las letras*. Dirigió la colección Los cuentos del Chiribitil, del Centro Editor de América Latina.

LA CASA DEL ÁRBOL

Iris Rivera

¡Otra vez me mandaron al rincón y me quedo sin ver los dibujos de la tarde!

Fue por el pino que compró mi papá. Y porque se vació el tanque de agua mientras dormía la siesta mi hermanita... (Que se durmió mi mamá también, como dos horas). Y justo cortaron la luz. Y nosotros, sin agua. Y yo, al rincón.

La luz ya vino, pero igual me quedo sin ver los dibujos de la tarde.

Es alto hasta mis rodillas, el pino. Mi papá lo plantó en el terreno. En el fondo lo plantó.

Yo tengo tres amigos: Matías, Leandro y Mariano. Con Fernando que soy yo, somos cuatro.

Nos divertimos joya en el terreno. Y más cuando duerme la siesta mi mamá. Y más ahora que está el pino que me llega hasta las rodillas. Porque cuando el pino crezca y se venga más alto que el techo, nosotros planeamos hacernos una casa. De esas casas en el árbol nos vamos a hacer. La vamos a armar con maderas. Ya estamos juntando los palos en el fondo.

Hicimos una pila y Matías las tapó con bolsas por si llueve. Leandro trajo una lata de la casa de él y ahí guardamos los clavos. El abuelo de Mariano nos dio un montón y el tío capaz que nos presta un martillo, porque mi papá esas cosas dice que no me presta. Que por ahí me reviento un dedo, dice.

Yo sé dibujar bien y por eso soy el que tengo que hacer los planos. Ya hice unos y mis amigos estaban de acuerdo.

Pero mi hermanita me los mamarrachó todos. Yo, de bronca, le escondí la muñeca articulada y la hice llorar a los gritos pelados. Un poco también por eso me mandaron al rincón. Y más bronca me da porque ahora tengo que hacer los planos de nuevo.

–Yo opino... ¿qué iba a decir...? ¡Me olvidé! –dijo un piojo. Todos rieron.
–¡Que el Ciempiés lleve un cartel que diga “100 zapatos” –gritó alguien.

–¡No! Que diga “50 zapatos izquierdos y 50 derechos” –opinó sonriendo la Chinche (sonreía porque era la segunda vez que hablaba).

La reunión duró horas. El piojo que habló, por ejemplo, empezó la reunión siendo niño y la terminó adulto. De todas maneras, cuando faltaba poco para la hora de la fiesta, llegaron a un acuerdo.

No bien terminó la reunión, el Avispón Mobuto voló hasta la casa de Tito Nicolás Ciempiés.

–¿Qué hacés Tito? ¿Cómo te va?

–Me duele la cabeza, tengo que barrer el gajo Nro. 37, tengo que...

–¿Te enteraste de la última? Este barrio está cada día más loco...

–...tengo que escribir una carta...

–A la fiesta hay que ir descalzo.

–...una carta a mi primo... ¿Qué?

–Que a la fiesta hay que ir descalzo. El que no va así no entra.

–¿Descalzos?

–Sí. Dicen que es la última moda. Son locos...

–Ah... ¿así que está de moda ir descalzo a las fiestas?

–Claro. Pero vos no podés ir...

–¿Cómo? Si yo tengo pies descalzos... ¡Cien tengo!

–Sí. Eso sí. Pero te duele la cabeza, tenés que barrer y la carta.

–¡Pero no, querido! Si la cabeza no me duele más –dijo Tito Nicolás Ciempiés mientras empezaba a peinarse el flequillo, entusiasmado–. Además, qué voy a barrer el gajo Nro. 37, si está limpito. Y qué le voy a mandar una carta a mi primo si todavía no sabe leer, ¿sos loco vos? Vamos, vamos Mobuto, que se hace tarde.

La fiesta fue un éxito. Había migas de medialuna, miel, polen, medio durazno podrido y otros manjares. Tito Nicolás Ciempiés se sacó una foto bailando un tango con la Chinche Verde y otra foto haciendo muecas con el Avispón Mobuto. Un fiestón.



Ricardo Mariño nació en Chivilcoy, provincia de Buenos Aires. Es escritor, periodista y guionista. Entre 1985 y 1988 dirigió la revista *Mascaró* y se dedicó a escribir cuentos cortos para revistas infantiles. Recibió el Premio Casa de las Américas en 1988. Entre sus títulos figuran: *El sapo más lindo del mundo*, *Cuentos espantosos*, *Botella al mar* y la serie protagonizada por su personaje Cinthia Scoch.

MARU, LA DISTRAÍDA

Margarita Eggers Lan

María Eugenia es una chica simpática y buena. Pero tiene un defecto: es muy, pero muy distraída.

La mamá de Maru (porque todos le dicen Maru) trabaja en una oficina y le deja siempre mensajes en la heladera para que no se olvide de las cosas que tiene que hacer.

Un día le escribió con letra bien grande:

Lavá los platos. Sacá a pasear a Lucas.

Lucas es un perrito pequinés que se la pasa haciendo piruetas y saltando entre almohadones.

Pero ese día, cuando la mamá de María Eugenia volvió, lo encontró todo mojado y temblando de frío. Y más grande fue su sorpresa cuando vio llegar a nuestra amiga con el cochecito de las muñecas y los platos adentro.

–Maru, ¿qué estás haciendo? ¿Qué le pasó a Lucas? –le preguntó.

Y ella contestó:

–Mamá, hice lo que me dijiste: ¡lavé a Lucas y saqué los platos a pasear!

–¡No! ¡Dije que lavaras los platos y pasearas a Lucas! Pero bueno –dijo la mamá–, a Lucas no le venía mal un baño y los platos seguramente estaban muy aburridos en la cocina.

Otro día había un mensaje que decía:

Maru, por favor comprá un kilo de papas y doce huevos.

No se pueden imaginar la fuerza que hizo María Eugenia: llegó con la lengua afuera arrastrando una bolsa con doce kilos de papas... y un huevo, bien cuidadito, en la mano.

Por supuesto que no pudieron hacer tortilla esa noche, pero eso sí, comieron puré por un montón de días.

Lo peor sucedió en setiembre. Se acercaba el día del maestro y la mamá de Maru había encargado en una juguetería un elefante de peluche para la señorita.

Como además iban a festejarlo en el aula, le pidió a don Paco, el rotise-ro, que le preparara unas empanadas.

Ese día la mamá llegó corriendo de la oficina para ir a la fiestita, y mientras se cambiaba le dijo a su hija:

–Pasá a buscar las empanadas y el elefante de peluche.

El tiempo pasaba y Maru no llegaba. De pronto, su cabecita se asomó por la puerta:

–Mami –dijo–. ¡Empanadas de peluche no pude conseguir por ningún lado!

–¡No! –exclamó la mamá agarrándose la cabeza y mirando hacia la puerta–. ¿Qué trajiste?

¡A ver! ¿Qué imaginan ustedes?

Sí, señores. Había un elefante hecho y derecho en la puerta del departamento.

Pero no de peluche, claro.

Y bueno, no hubo manera de conseguir que la maestra entendiera que aunque el elefante no era de peluche, igual era un regalo.

Así que desde ese día Nino, porque así se llama el elefante, vive en la casa de María Eugenia.

Pero la mamá se cuida muy bien de pedirle a Maru que haga los mandados, por lo menos hasta que crezca un poco y se le pase la distracción.

Margarita Eggers Lan nació en Buenos Aires. Es escritora y editora. Escribió libros de textos escolares y varios de cuentos. En el año 2000 fundó la editorial Kasi Kasi y entre 2003 y 2015 coordinó el Plan Nacional de Lectura. Algunos de sus libros: *Mi papá es filósofo* y *Nunca pierdas de vista tu sombra*.

TODOS LOS NO

Ana María Shua



No toques a los perros por la calle,
a los gatos tampoco,
no toques los faroles, las paredes o los cocos,
no toques mis papeles,
no toques mi cartera,

no toques la tele, la computadora,
la heladera, la nariz, el gomero, el techo, la vajilla,
no toques las estrellas, los monos, las vainillas,
no toques la perinola, la llave, la bombilla,
no te subas a la silla.

no te subas a la mesa,
no te subas al ropero, a la ventana, a mi cabeza,
a la luna, a la escalera, al escritorio,
no te subas a la cama, al trampolín, a la cerveza,
ni al cohete, ni al colectivo, ni a la reja,

No comas fruta que esté verde o esté sucia,
no comas nada que cualquiera te convide,
no comas maderitas, ni pasto ni frambuesas,
ni piedras que se te atragantan,
ni arena, tierra o basura.

No comas de la fuente, de la lata, de la mesa.
Y por favor no te comas las orejas.
No pises la ropa, los pasteles, el charquito,
no pises mis zapatos, ni a tu hermano chiquito.

No pises. Decía mi mamá,
hablándome despacio.
Pero yo no le hacía ningún caso.



Ana María Shua nació en Buenos Aires. Es una de las máximas figuras de la narrativa nacional, tanto para adultos como para niños. Ha recibido varios premios por su extensa obra, traducida a una docena de idiomas. Entre sus muchos libros para niños pueden citarse: *Mascotas inventadas*, *Este pícaro mundo*, *El árbol de la mujer dragón*, *Cuentos con magia*, *Una y mil noches de Sherezade*, por lo menos.

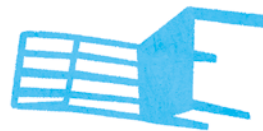
RAFLES

Luis Pescetti

– ¡Mamá!
– No grites, Natacha, ¿qué querés?
– Que vengas.
– Ya te oí, pero estoy trabajando, ¿qué querés?
– Venííí.
– ¡¿No me podés decir qué querés a ver si desde acá te puedo decir?!
– No, quiero que veas.
– ¿Qué vea qué?
– ...que te quiero hacer una pregunta.
– Si es una pregunta no hace falta que la vea.
– ¡Sí... vení te digo!
– La puedo oír, Natacha; decime y dejá de gritar que nos van a echar del edificio por tus gritos.
– ¡¡¡VENÍÍÍ!!!
– ... (no, del edificio no, de la ciudad nos van a echar).
– Dale, mami... por favor, vení.
– Ya te dije que no.
– ... (silencio).
– ... (silencio que presta atención al otro silencio).
– ... (silencio muy sospechoso).
– Natacha, ¿qué estás haciendo?
– ... (ruidos, risas).
– ¡Natacha! ¿Me querés decir qué estás haciendo? ¡Mirá que voy!
– ¡No, no vengas!
– ¿¡Cómo que no vaya!? ¡Claro que voy!
– ¡No, mami! ¡En serio, por favor no vengas!
– Lo único que faltaba, ya mismo voy a ver qué estás haciendo (se levanta y va).

– Natacha, abrí la puerta.
– No puedo.
– ¡¿Querés abrirla por favor?!
– No, mami, no hace falta.
– ¡¿Qué no hace falta?!
– Ya está, mami.
– ¡¿Qué cosa ya está?!
– Lo que te decía que vengas, ya no importa.
– ¡¿Qué rompiste, Natacha?!
– Ufa, nada, mami.
– ¿Y ese ruido? ¡¿No habrás roto la cajita de música?!
– ¿Cuál?
– La que te regaló la abuela, no la habrás roto, ¿no?
– Total no era linda.
– ¿¡¡Cómo ERA!!? ¿La rompiste? Te mato, Natacha, abrí la puerta.
– No fui yo mami, fue Rafles.
– ¡¿Quién es Rafles?!
– ... (ay).
– ¡Natacha! ¡¿Quién es Rafles?!
– ... (ay, ay, ay).
– ¿Qué son esos ruidos? ¡¡¡NO!!! ¡Natacha! ¡¡¡Vos ahí tenés un perro!!!
– ... te dije mamá que ya no importaba (abre la puerta).
– ¡¿De dónde sacaste ese perro?!
– No te preocupes, mamá, lo encontré en la calle.
– ¡¿En la calle!? ¡Ya mismo lo sacás de la casa!
– ¡No, si él se va yo también me voy!
– ¡Perfecto!
– No mami, déjame, siempre quise tener un perro.
– Pero vivimos en un departamento, Nati... no se puede.
– Por favor, mamá.
– ... es un lío...
– ¿Viste qué lindo que es?

– ...mirá cómo está tu cuarto, todo revuelto, Natacha.
 – Es el Rafles, mami, que no se quiere quedar quieto, ya le dije que si no se porta bien se va de la casa.
 – Ya no se portó bien, Natacha, ya se tiene que ir, te destrozó tu cuarto.
 – No, pero ahora recién empieza a aprender.
 – Si así empieza, cómo será cuando termine.
 – Vas a ver qué bien se va a portar. Yo le voy a pegar cartelitos para recordarle que se porte bien.
 – El perro no lee.
 – Yo le voy enseñar a leer y a escribir.
 – Los perros no leen ni escriben, Nati.
 – El Rafles sí, mamá.
 – Mirá, Natacha, vamos a regresarlo a la calle.
 – No mamá, te prometo que yo lo cuido.
 – ... (silencio que se imagina bañando y dando de comer al perro).
 – Sí, mami, vas a ver.
 – Mirá... vamos a probar una semana, si se porta mal se va. ¿De acuerdo?
 – So.
 – ¿Sí o no?
 – Ni.
 – ¡Natacha!
 – Ufa, bueno sí.
 – Vení, vamos a llevarlo al veterinario.
 – ¿Para qué, mami?
 – Para que lo bañen y lo vacunen, Natacha, vamos.
 – Vení, Rafles, que en el camino te empiezo a enseñar... mirá, esta letra es la W.



Luis María Pescetti nació en San Jorge, provincia de Santa Fe. Es escritor, músico y cantante y, sin dudas, uno de los más reconocidos creadores de literatura para niños y jóvenes. Recibió el Premio Casa de las Américas en 1997 y decenas de otros galardones en Latinoamérica y Europa. Algunos títulos de su vasta producción: *Nadie te creería*, *Marito* y *el temible Puf vuelven a ganar otra vez*, *Caperucita (como se la contaron a Jorge)* y la colección de libros *Natacha*.

ABEL REGALA SOLES

Istvansch

Abel dibuja soles y se los regala al quiosquero, a la vecina de aquí, a la vecina de allí y a la de la otra manzana también. A la maestra, a la directora, al portero. Al perro de todos ellos y al elefante cuando va al zoológico.

Abel no dice nada cuando le gusta una película: dibuja un sol para el acomodador del cine. No dice nada cuando le gusta un jardín: hace un sol para el jardinero. Nada de nada cuando le gusta un libro: por correo manda un sol al autor.

Papá dejó de contar los soles cuando no le entraron en los cajones del escritorio. Mamá, mucho después, cuando la pila de soles ya medía como dos metros (¡era más alta que la puerta de la cocina!).

Abel no habla ni sonríe... Abel regala soles.

Era muy pequeño cuando empezó a dibujar soles y, sin necesidad de magia, le salían con luz propia. Eran brillantes, fosforescentes. Toda la gente los recibía contenta y sonreía, con una sonrisa tan luminosa como los soles de Abel.

Pero cuando todos tuvieron montones de soles, empezaron a cansarse y le dijeron:

– ¡Basta Abel! ¿Por qué no dibujás otra cosa?

Abel siguió sin hablar, siguió sin sonreír... Y dejó de regalar soles.

Los soles de Abel dejaron de brillar.

Entonces, vino la tormenta.

Llovió un día, otro más, otro, otro y otro. Llovió semanas y meses. El quiosquero, la vecina de aquí, la vecina de allí y la de la otra manzana, la maestra, la directora y el portero, los perros y el elefante estaban arrugados de tanta agua. Todos se habían resignado a que las nubes no se irían nunca más. Y cuando nadie tenía esperanzas de salir de esa oscuridad... llegó Can-

dela, la hermana de Abel. Tenía los ojos negros y grandes, era pequeña y rosada. Sin saber cómo demostrar su alegría, después de tanto tiempo sin regalar soles, Abel puso uno en la mano de la recién nacida.

Candela todavía no sabía hablar, pero papá y mamá vieron su primera sonrisa frente a ese sol.

Como siempre, Abel ni habló ni sonrió cuando papá y mamá lo abrazaron fuerte, pero el sol de Candela empezó a brillar.

Y los soles de papá y mamá, los de las vecinas y el quiosquero brillaron también. Todos los que tenían un sol de Abel vieron como volvía a brillar. Y dejaron de importarles la lluvia y la tormenta, porque tenían montones de luminosos soles de Abel.

Y de cada casa nació un brillante arco iris.

Istvansch es ilustrador, diseñador y escritor. Nació en Madrid pero radicado desde niño en Argentina, ha publicado muchos libros en todo el mundo y fue distinguido con numerosos premios por su obra, entre ellos el Primer Premio Fantasía de Literatura Infantil, el Octogonal de Honor 2004 (Francia), la Lista de Honor de IBBY 2016 y en ocho ocasiones fue incluido en la Lista de Honor de ALIJA. Candidato por Argentina al Premio Hans Christian Andersen 2002 y 2004, y al premio Astrid Lindgren 2017 y 2018.

HISTORIA DE UN PULÓVER AZUL

Florencia Gattari

Se puede decir de dos maneras, porque el ovillo tiene dos puntas: Nando tenía una abuela que se llamaba Elsa; o también: Elsa tenía un nieto que se llamaba Nando.

Al principio principio, cuando Elsa recibió la noticia de que venía un nieto en camino, se decidió a tejer y salió a comprar lana. Le ofrecieron una color “celesté bebé”, pero ella hizo que no con la cabeza: “Azul – dijo –, azul niño”. Y se puso a trabajar sin apuro.

Para cuando Nando nació, apenas si había armado ovillos con las madejas. De tejer, nada todavía.

A Nando eso no lo preocupaba en absoluto: dormía y comía y lloraba y hacía pis y caca, y eso era todo lo que hacía. Nando era un bebé muy normal.

La abuela Elsa lo miraba y sonreía. Lo tenía a upa un rato y lo acostaba en la cuna después. Le daba besitos. Elsa era una abuela muy normal también.

Con los meses, el pulóver azul fue avanzando como la marea: iba y venía.

Cuando un domingo a la tarde, la mamá de Nando pensaba que ya estaban listas las mangas, la abuela Elsa decía: “Hay que destejer, hay que destejer, este chico va a ser muy grande”. Y tiraba de la lana llevándose uno por uno los puntos recién tejidos. Porque la abuela Elsa era así: miraba cerca y veía lejos.

Nando, que ya tenía un año y empezaba a caminar, iba y venía como un maramoto. Metía sus manos gorditas entre los juguetes, entre las plantas de su mamá, entre las lanas de su abuela.

La abuela se reía y, sin dejar de mover las agujas, le contaba:

Tejo una tibieza
para cuando escuches cosas que no te gusten,
un *pruebodenuevo*
para cuando se te escape el pis en la cama
y dos puntos de paciencia:
para cuando estés apurado por ser grande.

Nando se reía también, sin entender ni jota, acunándose en la musiquita de las palabras.

Cuando empezó a hablar, Nando dijo *mamá*, dijo *papá*, dijo *pan*, y dijo *belita*.

Por esos días, la abuela Elsa se emocionó por dos cosas: porque su primer nieto usaba una palabra para llamarla y porque se enteró de que otra nieta venía en camino. (Esto también puede decirse así: Nando iba a tener una hermanita).

Tejía con dedos gastados, sin prisa pero sin pausa. La lana pasaba como agua de mar sereno del piso a la mecedora, de la mecedora a las agujas, y de las agujas a un pulóver demasiado grande para un nieto que apenas si podía subirse a una silla.

Una tarde en que la miraba tejer, Nando señaló la lana azul y dijo: “Mío, mío”. Y la abuela contestó: “Sí. Dentro de un tiempo”. Después, le explicó muy seria:

Tejo una tibieza
para cuando pasen cosas que no puedas arreglar,
un *pruebodenuevo*
para cuando te cueste pedalear en el triciclo
y dos puntos de paciencia:
para cuando tu hermanita te rompa un juguete.

Cuando Nando cumplió tres, la abuela Elsa terminó el pulóver y se lo dio. Nando dijo: “¡Mi pulóver azul!”. Su abuela le hizo un guiño: “Ya vas a ver que hay muchas cosas tejidas ahí adentro”.

Nando no supo qué pensar de las ocurrencias de su abuela, pero se lo puso. Y el pulóver le resultó cómodo como una casa. La tarjeta que venía con el paquete y que su mamá le leyó en voz alta decía:

Tejo una tibieza
para cuando llores y no sepas por qué,
un *pruebodenuevo*
para cuando no te salga pelar una naranja
y dos puntos de paciencia:
para esperar cada año la primavera.

Al principio, usaba el pulóver solamente para los cumpleaños o algunos días de fiesta, pero con el tiempo pidió usarlo para ir también a la plaza y a la escuela.

Una tarde de invierno, cuando Nando ya tenía cuatro años, se fue la abuela.

Pero no como la marea que viene y se va; esta vez la abuela se fue y se fue.

Aunque ya le quedaba un poco ajustado, esa noche Nando usó el pulóver azul para dormir. Y después lo usó todas las noches. Sentía que la abuela Elsa lo abrazaba y le decía cosas suaves entre los sueños, como habla el mar cuando uno se acerca: con un rumor que no se distingue, pero se entiende.

La tristeza se acomodó durante un tiempo en la casa de Nando. Son cosas que pasan.

Cada año, cuando volvía el calorcito, la mamá de Nando lavaba pulóveres y frazadas para guardarlos limpios hasta los fríos del año siguiente. Por eso él encontró el pulóver azul colgado en la soga.

Lo que no estaba en los planes era el pajarito.

Un pájaro tironeaba de una punta de lana azul que asomaba del tejido gastado. Nando lo miró hacer durante un rato. Después, con una tijera cortó la lanita y la dejó caer al piso. Esperó. Cuando el pájaro se la llevó en el pico, Nando pensó que a su abuela le hubiera gustado regalarle una tibieza también a ese nido.

Con mucho cuidado porque sabía que era un asunto difícil, la mamá de Nando le preguntó un día: “¿Qué te parece si le prestamos el pulóver azul a tu hermanita?”. Es que a él ya hacía tiempo que le quedaba chico.

Nando contestó rápido: “No”. Su mamá no insistió.

Pero esa noche soñó un *pruebodenuuevo*, y se despertó con ganas de que quizás sí.

Pensó que le iba a costar prestarlo, pero decidió que era mejor cruzarse por la casa con el pulóver abrigando a su hermana, que tenerlo guardado en un cajón.

Pensó que le iba a dar tristeza acordarse de la abuela, pero resultó que más bien le daba un calorcito en la espalda cada vez que veía pasar ese retazo de mar por delante de él.

Se puede decir de dos maneras, porque el ovillo tiene dos puntas: Elsa tenía un nieto que se llamaba Nando; o también: Nando tenía una abuela que se llamaba Elsa.

Y gracias a su abuela Elsa, Nando tenía también un pulóver azul y dos puntos de paciencia: para creer que la tristeza viene y se va, como la marea.

Florencia Gattari nació en Buenos Aires. Es psicóloga y escritora. En 2007 ganó el premio El Barco de Vapor con su novela *Posición adelantada*. Publicó *Vestido nuevo*; *Flor de Loto, una princesa diferente*; *Lupa Rodríguez, investigador*; *Navegar la noche* y *Perra lunar*. Por su libro *Historia de un pulóver azul* recibió el premio Destacado de Alija al mejor cuento infantil en el año 2015.

RULOS

Margarita Mainé

Nicolás es hermano de Ana. Ana es la hija de Laura. Laura es la esposa de José y la hermana de Clara. Nicolás, José, Laura y Clara tienen el pelo llenísimo de rulos tan pequeños que los peines se esconden cuando ellos entran al baño.

Ana tiene el pelo lisito como la abuela María, la mamá de Laura, que vive en Mendoza.

Para que los rulos no puedan asomar Nicolás usa gorro y José, el pelo muy corto.

Laura se compró una planchita de peluquería y se levanta una hora antes a la mañana para dejarse el pelo lisito como el de Ana.

Clara se pone cinco hebillas para dejar a sus rulos bien amarrados y que no la despeinen.

Ana en cambio, mientras está en la escuela, se la pasa enroscándose el pelo con el dedo con la esperanza de armar un rulo duradero.

Un día de invierno, cuando toda la familia sale de casa, el sol se asoma. Al mediodía el cielo se pinta de nubarrones y al rato se larga una tormenta que oscurece el día.

Y llueve, llueve, llueve.

Y Laura no llevó paraguas para buscar a los chicos en la escuela y José se olvidó el piloto y Clara no alcanzó el colectivo.

Cuando llegaron a casa todos estaban empapados y corrieron a cambiarse la ropa. Nicolás hasta tuvo que sacarse el gorro para ponerlo a secar.

Laura hizo una sopa para curar el frío y cuando se sentaron a la mesa, se miraron y se empezaron a reír.

Los rulos bailaban en las cabezas, ¡tan contentos de andar sueltos! Hasta Ana tenía un rulo en la punta de su pelo lacio.

–Al fin –dijo–. Ahora sí me siento de la misma familia.



Margarita Mainé nacida en Ingeniero Maschwitz, provincia de Buenos Aires, es una docente y escritora dedicada a la literatura infantil y juvenil. Entre sus obras para niños se incluyen las siguientes: *Mi amor está verde*, *Cuentos para salir al recreo*, *Lluvia de plata* y *Un día animal*.

Mundo animal

HISTORIA DE DOS CACHORROS DE COATÍ Y DE DOS CACHORROS DE HOMBRE

Horacio Quiroga

Había una vez un coatí que tenía tres hijos. Vivían en el monte comiendo frutas, raíces y huevos de pajaritos. Cuando estaban arriba de los árboles y sentían un gran ruido, se tiraban al suelo de cabeza y salían corriendo con la cola levantada.

Una vez que los coaticitos fueron un poco grandes, su madre los reunió un día arriba de un naranjo y les habló así:

–Coaticitos: ustedes son bastante grandes para buscarse la comida solos. Deben aprenderlo, porque cuando sean viejos andarán siempre solos, como todos los coatís. El mayor de ustedes, que es muy amigo de cazar cascarudos, puede encontrarlos entre los palos podridos, porque allí hay muchos cascarudos y cucarachas. El segundo, que es gran comedor de frutas, puede encontrarlas en este naranjal; hasta diciembre habrá naranjas. El tercero, que no quiere comer sino huevos de pájaros, puede ir a todas partes, porque en todas partes hay nidos de pájaros. Pero que no vaya nunca a buscar nidos al campo, porque es peligroso.

»Coaticitos hay una sola cosa a la cual deben tener gran miedo. Son los perros. Yo peleé una vez con ellos, y sé lo que les digo; por eso tengo un diente roto. Detrás de los perros vienen siempre los hombres con un gran ruido, que mata. Cuando oigan cerca este ruido, tírense de cabeza al suelo, por alto que sea el árbol. Si no lo hacen así, los matarán con seguridad de un tiro».

Así habló la madre. Todos se bajaron entonces y se separaron, caminando de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, como si hubieran perdido algo, porque así caminan los coatís.

El mayor, que quería comer cascarudos, buscó entre los palos podridos y las hojas de los yuyos, y encontró tantos, que comió hasta quedarse dormido. El segundo, que prefería las frutas a cualquier cosa, comió cuantas naranjas quiso, porque aquel naranjal estaba dentro del monte, como pasa en el Paraguay y Misiones, y ningún hombre vino a incomodarlo. El tercero, que era loco por los huevos de pájaros, tuvo que andar todo el día para encontrar únicamente dos nidos; uno de tucán, que tenía tres huevos, y uno de tórtolas, que tenía solo dos. Total, cinco huevos chiquitos, que era muy poca comida; de modo que al caer la tarde el coaticito tenía tanta hambre como de mañana, y se sentó muy triste a la orilla del monte. Desde allí veía el campo, y pensó en la recomendación de su madre.

–¿Por qué no querrá mamá –se dijo– que vaya a buscar nidos en el campo? Estaba pensando así cuando oyó, muy lejos, el canto de un pájaro.

–¡Qué canto tan fuerte! –dijo admirado–. ¡Qué huevos tan grandes debe tener ese pájaro!

El canto se repitió. Y entonces el coatí se puso a correr por entre el monte, cortando camino, porque el canto había sonado muy a su derecha. El sol caía ya, pero el coatí volaba con la cola levantada. Llegó a la orilla del monte, por fin, y miró al campo. Lejos vio la casa de los hombres, y vio a un hombre con botas que llevaba un caballo de la sogá. Vio también un pájaro muy grande que cantaba y entonces el coaticito se golpeó la frente y dijo:

–¡Qué zonzo soy! Ahora ya sé qué pájaro es ese. Es un gallo; mamá me lo mostró un día de arriba de un árbol. Los gallos tienen un canto lindísimo, y tienen muchas gallinas que ponen huevos. ¡Si yo pudiera comer huevos de gallina!...

Es sabido que nada gusta tanto a los bichos chicos de monte como los huevos de gallina. Durante un rato el coaticito se acordó de la recomendación de su madre. Pero el deseo pudo más, y se sentó a la orilla del monte, esperando que cerrara bien la noche para ir al gallinero.

La noche cerró por fin, y entonces, en puntas de pie y paso a paso, se encaminó a la casa. Llegó allá y escuchó atentamente: no se sentía el menor ruido. El coaticito, loco de alegría porque iba a comer cien, mil, dos mil huevos de gallina, entró en el gallinero, y lo primero que vio bien en la entrada fue un huevo que estaba solo en el suelo. Pensó un instante

en dejarlo para el final, como postre, porque era un huevo muy grande, pero la boca se le hizo agua, y clavó los dientes en el huevo.

Apenas lo mordió, ¡TRAC!, un terrible golpe en la cara y un inmenso dolor en el hocico.

–¡Mamá, mamá! –gritó, loco de dolor, saltando a todos lados. Pero estaba sujeto, y en ese momento oyó el ronco ladrido de un perro.

Mientras el coatí esperaba en la orilla del monte que cerrara bien la noche para ir al gallinero, el hombre de la casa jugaba sobre la gramilla con sus hijos, dos criaturas rubias de cinco y seis años, que corrían riendo, se caían, se levantaban riendo otra vez, y volvían a caerse. El padre se caía también, con gran alegría de los chicos. Dejaron por fin de jugar porque ya era de noche, y el hombre dijo entonces:

–Voy a poner la trampa para cazar a la comadreja que viene a matar los pollos y robar los huevos.

Y fue y armó la trampa. Después comieron y se acostaron. Pero las criaturas no tenían sueño, y saltaban de la cama del uno a la del otro y se enredaban en el camisón. El padre, que leía en el comedor, los dejaba hacer. Pero los chicos de repente se detuvieron en sus saltos y gritaron:

–¡Papá! ¡Ha caído la comadreja en la trampa! ¡Tuké está ladrando! ¡Nosotros también queremos ir, papá!

El padre consintió, pero no sin que las criaturas se pusieran las sandalias, pues nunca los dejaba andar descalzos de noche, por temor a las víboras.

Fueron. ¿Qué vieron allí? Vieron a su padre que se agachaba, teniendo al perro con una mano, mientras con la otra levantaba por la cola a un coatí, un coaticito chico aún, que gritaba con un chillido rapidísimo y estridente, como un grillo.

–¡Papá, no lo mates! –dijeron las criaturas–. ¡Es muy chiquito! ¡Dá-noslo para nosotros!

–Bueno, se los voy a dar –respondió el padre–. Pero cuídenlo bien, y sobre todo no se olviden de que los coatís toman agua como ustedes.

Esto lo decía porque los chicos habían tenido una vez un gatito montés al cual a cada rato le llevaban carne, que sacaban de la fiamblera, pero nunca le dieron agua, y se murió.

En consecuencia, pusieron al coatí en la misma jaula del gato montés, que estaba cerca del gallinero, y se acostaron todos otra vez.

Y cuando era más de medianoche y había un gran silencio, el coaticito, que sufría mucho por los dientes de la trampa, vio, a la luz de la luna, tres sombras que se acercaban con gran sigilo. El corazón le dio un vuelco al pobre coaticito al reconocer a su madre y sus dos hermanos que lo estaban buscando.

– ¡Mamá, mamá! – murmuró el prisionero en voz muy baja para no hacer ruido–. ¡Estoy aquí! ¡Sáquenme de aquí! ¡No quiero quedarme, mamá! – Y lloraba desconsolado.

Pero a pesar de todo estaban contentos porque se habían encontrado, y se hacían mil caricias en el hocico.

Se trató en seguida de hacer salir al prisionero. Probaron primero cortar el alambre tejido, y los cuatro se pusieron a trabajar con los dientes; mas no conseguían nada. Entonces a la madre se le ocurrió de repente una idea, y dijo:

– ¡Vamos a buscar las herramientas del hombre! Los hombres tienen herramientas para cortar fierro. Se llaman limas. Tienen tres lados como las víboras de cascabel. Se empuja y se retira. ¡Vamos a buscarla!

Fueron al taller del hombre y volvieron con la lima. Creyendo que uno solo no tendría fuerzas bastantes, sujetaron la lima entre los tres y empezaron el trabajo. Y se entusiasmaron tanto, que al rato la jaula entera temblaba con las sacudidas y hacía un terrible ruido. Tal ruido hacía, que el perro se despertó, lanzando un ronco ladrido. Mas los coatís no esperaron a que el perro les pidiera cuenta de ese escándalo y dispararon al monte, dejando la lima tirada.

Al día siguiente, los chicos fueron temprano a ver a su nuevo huésped, que estaba muy triste.

– ¿Qué nombre le pondremos? – preguntó la nena a su hermano.

– ¡Ya sé! – respondió el varoncito–. ¡Le pondremos Diecisiete!

¿Por qué Diecisiete? Nunca hubo bicho del monte con nombre más raro. Pero el varoncito estaba aprendiendo a contar, y tal vez le había llamado la atención aquel número.

El caso es que se llamó Diecisiete. Le dieron pan, uvas, chocolate, carne, langostas, huevos, riquísimos huevos de gallina, lograron que

en un solo día se dejara rascar la cabeza; y tan grande es la sinceridad del cariño de las criaturas que, al llegar la noche, el coatí estaba casi resignado con su cautiverio. Pensaba a cada momento en las cosas ricas que había para comer allí, y pensaba en aquellos rubios cachorritos de hombre que tan alegres y buenos eran.

Durante dos noches seguidas, el perro durmió tan cerca de la jaula, que la familia del prisionero no se atrevió a acercarse, con gran sentimiento. Cuando a la tercera noche llegaron de nuevo a buscar la lima para dar libertad al coaticito, este les dijo:

– Mamá: yo no quiero irme más de aquí. Me dan huevos y son muy buenos conmigo. Hoy me dijeron que si me portaba bien me iban a dejar suelto muy pronto. Son como nosotros: son cachorritos también, y jugamos juntos.

Los coatís salvajes quedaron muy tristes, pero se resignaron, prometiendo al coaticito venir todas las noches a visitarlo.

Efectivamente, todas las noches, lloviera o no, su madre y sus hermanos iban a pasar un rato con él. El coaticito les daba pan por entre el tejido de alambre, y los coatís salvajes se sentaban a comer frente a la jaula.

Al cabo de quince días, el coaticito andaba suelto y él mismo se iba de noche a su jaula. Salvo algunos tirones de orejas que se llevaba por andar muy cerca del gallinero, todo marchaba bien. Él y las criaturas se querían mucho, y los mismos coatís salvajes, al ver lo buenos que eran aquellos cachorritos de hombre, habían concluido por tomar cariño a las dos criaturas.

Hasta que una noche muy oscura, en que hacía mucho calor y tronaba, los coatís salvajes llamaron al coaticito y nadie les respondió. Se acercaron muy inquietos y vieron entonces, en el momento en que casi la pisaban, una enorme víbora que estaba enroscada en la entrada de la jaula. Los coatís comprendieron en seguida que el coaticito había sido mordido al entrar, y no había respondido a su llamado porque acaso estaba ya muerto. Pero lo iban a vengar bien. En un segundo, entre los tres, enloquecieron a la serpiente de cascabel, saltando de aquí para allá, y en otro segundo, cayeron sobre ella, deshaciéndole la cabeza a mordiscones.

Corrieron entonces adentro, y allí estaba en efecto el coaticito, tendido, hinchado, con las patas temblando y muriéndose. En balde los coatís salvajes lo movieron; lo lamieron en balde por todo el cuerpo durante un

cuarto de hora. El coaticito abrió por fin la boca y dejó de respirar, porque estaba muerto.

Los coatís son casi refractarios, como se dice, al veneno de las víboras. No les hace casi nada el veneno, y hay otros animales, como la mangosta, que resisten muy bien el veneno de las víboras. Con toda seguridad el coaticito había sido mordido en una arteria o una vena, porque entonces la sangre se envenena en seguida, y el animal muere. Esto le había pasado al coaticito.

Al verlo así, su madre y sus hermanos lloraron un largo rato. Después, como nada más tenían que hacer allí, salieron de la jaula, se dieron vuelta para mirar por última vez la casa donde tan feliz había sido el coaticito, y se fueron otra vez al monte.

Pero los tres coatís, sin embargo, iban muy preocupados, y su preocupación era esta: ¿qué iban a decir los chicos, cuando, al día siguiente, vieran muerto a su querido coaticito? Los chicos le querían muchísimo, y ellos, los coatís, querían también a los cachorritos rubios. Así es que los tres coatís tenían el mismo pensamiento, y era evitarles ese gran dolor a los chicos.

Hablaron un largo rato y al fin decidieron lo siguiente: el segundo de los coatís, que se parecía muchísimo al menor en cuerpo y en modo de ser, iba a quedarse en la jaula en vez del difunto. Como estaban enterados de muchos secretos de la casa, por los cuentos del coaticito, los chicos no desconocerían nada; extrañarían un poco algunas cosas, pero nada más.

Y así pasó en efecto. Volvieron a la casa, y un nuevo coaticito reemplazó al primero, mientras la madre y el otro hermano se llevaban sujeto a los dientes el cadáver del menor. Lo llevaron despacio al monte, y la cabeza colgaba, balanceándose, y la cola iba arrastrando por el suelo.

Al día siguiente los chicos extrañaron, efectivamente, algunas costumbres raras del coaticito. Pero como este era tan bueno y cariñoso como el otro, las criaturas no tuvieron la menor sospecha. Formaron la misma familia de cachorritos de antes, y, como antes, los coatís salvajes venían noche a noche a visitar al coaticito civilizado, y se sentaban a su lado a comer pedacitos de huevos duros que él les guardaba, mientras ellos le contaban la vida de la selva.



Horacio Quiroga nació en Salto (Uruguay), en 1879, y murió en Buenos Aires, en 1937. Está considerado el más grande cuentista rioplatense, porque fue tan uruguayo como argentino, y porque su obra monumental revolucionó el arte de narrar. Naturalista y modernista, vivió en el Chaco y en Misiones, y sus relatos retratan la naturaleza del nordeste argentino, entonces virgen, con rasgos temibles y hasta horrorosos, descrita como un universo fascinante, pero a la vez enemigo del ser humano. Sus obras más reconocidas: *Cuentos de amor de locura y de muerte*, *Cuentos de la selva* y *Los desterrados*.

RATITA GRIS Y RATITA AZUL

Edith Vera



Una ratita, hocico gris y patitas que andan más que el viento, quiso visitar a su amiga Ratita Azul, hocico blanco y patitas lerdas.

Preparó una canasta para llevar como regalo un huevito que sacó a una gorriona, sin que esta se diera cuenta.

Entre pajas finas, las ratitas hablaron de muchas cosas y, de tanto en tanto, reían mostrando sus dienteitos de arroz.

Muy serias estaban cuando hablaron de gatos y lechuzas.

Asustadas, cuando comentaron acerca de la furia de la lluvia que inundó tantas cuevas.

Reían contándose una a la otra cómo fue que robaron un trocito de pan, o burlaron al perro, escondiéndose entre la leña.

Ratita Azul sirvió unos trocitos de queso y dedalitos de agua.

Ratita Gris buscó entonces la canasta que llevaba y entregándola a su amiga, le pidió que levantara la servilleta que cubría el regalo, a la vez que le decía:

–Tiene pintitas. Es blanco y gris.

–Tal vez mis ojos me engañen, pero yo lo veo rosado –declaró Ratita Azul.

–Es muy fresco –dijo Ratita Gris sin hacerle caso.

–Yo diría que es tibio –respondió asombrada Ratita Azul.

Ratita Gris pensó que la dueña de casa no estaba bien y por eso decía semejantes cosas acerca del huevo. Por eso se despidió rápidamente y, trota que trota, volvió tomando el camino del maizal.

Ratita Azul sacó de la canasta al pichoncito recién nacido.

Su amiga, sin saberlo, le había regalado un huevo que estaban empollando y mientras charlaban, el pichón que estaba adentro rompió la cáscara y salió.

–Pío, pío –lloró el recién nacido–. Soy el hijo de la Gorriona Cola Inquieta.

–No te preocupes –le dijo la Ratita Azul–. Te llevaré a donde vivías.

Y tomando la canastita donde llevaba el pichón, salió buscando a la gorriona.

Después que lo dejó con ella, cuando cruzaba el maizal volviendo a su casa, una bandada de teros la saludó desde el cielo.

Y ella, feliz, cortó una flor de trébol y se la prendió justo detrás de la oreja.



Edith Vera (1925-2003). Poeta y narradora cordobesa, recibió en 1960 el Primer Premio en el concurso “Campana para una Buena Literatura para Niños”, organizado por el Fondo Nacional de las Artes. Entre sus libros: *Las dos naranjas* y *El libro de las dos versiones*. Este cuento se incluyó en *El Libro de Lectura del Bicentenario*, PNL, 2010.

EL CONEJITO

Miguel Hernández

A un conejito se le ocurrió echar a correr. Corría y corría, y no dejaba de correr.

Corría tanto que pronto se encontró frente a un huerto cercado.

–Este debe ser un huerto muy rico porque está cercado –dijo el conejito–. Yo quiero entrar. Veo un agujero, pero no sé si podré entrar por él.

¡Hop! ¡Hop! ¡Hop!

Sí que pudo entrar el conejito en el huerto por aquel agujero que había visto. Y una vez dentro, se sintió feliz.

–Aquí tengo yo una buena comida. ¡Menudo atracón voy a darme!

El animalito se puso a comer, y no se cansaba de comer en las berzas, en las habas y en las coles.

Comió durante todo el día. Y así que el día llegó a su fin, dijo el conejito:

–Ahora yo debo marchar a casa. En casa me aguarda mi madre. Se me había olvidado mientras comía.

Tres veces intentó salir por el pequeño agujero y no lo consiguió ni en la primera ni la segunda ni la tercera vez.

–¡Ay, madre mía! –gritó–. No puedo salir. Este agujero es demasiado pequeño. Me he pasado el día comiendo y ahora estoy demasiado grueso. ¡Ay, que no puedo salir!

Ay, madre mía.

En esto llegó un perro al huerto y vio al conejito.

–¡Guau! ¡Guau! ¡Guau! –dijo–. Hoy estoy de broma y veo un conejo. Voy a bromear con él.

Echó a correr el perro bromista derecho al conejito.

–Un perro viene –dijo asustado–. ¡Un perro viene! ¡Con lo poco que a mí me gustan los perros! Yo debo salir de aquí. ¡Ay, madre mía!

El conejito corrió, y corriendo vio un agujero grande.

–Por aquí me escapo –dijo–. A mí no me gustan los perros. Ya estoy fuera del huerto y lejos de los colmillos del perro. ¡Gracias a mi vista y a mis patas!

Efectivamente, cuando el perro salió por el agujero grande detrás del conejito, este ya se encontraba en los brazos de su madre, en la madriguera. Y su madre le reñía diciendo:

–Eres un conejo muy loco. Me vas a matar a sustos. ¿Qué has hecho por ahí todo el día?

Y el conejito, avergonzado, se rascó la barriga.



Miguel Hernández (1910-1942) nació en Orihuela, España. Fue uno de los poetas más relevantes de la denominada Generación del 27. Combatió en el ejército republicano durante la Guerra Civil (1936-1939), al final de la cual fue tomado prisionero. Condenado a muerte por la dictadura franquista, falleció de tuberculosis mientras estaba confinado en la cárcel de Alicante. Sus obras más leídas son: *Perito en lunas*, *Viento del pueblo*, *El rayo que no cesa* y los bellísimos poemas de amor dedicados a su mujer y las nanas para el hijo. En la difusión de su poesía fueron muy importantes las ediciones argentinas.

MARCHA DE OSÍAS

María Elena Walsh

Osías, el Osito en mameluco
paseaba por la calle Chacabuco
mirando las vidrieras de reajo
sin alcanzía pero con antojo.

*Por fin se decidió y en un bazar
todo esto y mucho más quiso comprar.*

Quiero tiempo, pero tiempo no apurado,
tiempo de jugar que es el mejor.
Por favor, me lo da suelto y no enjaulado
adentro de un despertador.

*Por fin se decidió y en un bazar
todo esto y mucho más quiso comprar.*

Quiero un río con catorce pececitos
y un jardín sin guardia y sin ladrón.
También quiero, para cuando esté solito
un poco de conversación.

*Por fin se decidió y en un bazar
todo esto y mucho más quiso comprar.*

Quiero cuentos, historietas y novelas
pero no las que andan a botón.
Yo las quiero de la mano de una abuela
que me las lea en camisón.

*Por fin se decidió y en un bazar
todo esto y mucho más quiso comprar.*

Quiero todo lo que guardan los espejos
y una flor adentro de un raviol
y también una galera con conejos
y una pelota que haga gol.

*Por fin se decidió y en un bazar
todo esto y mucho más quiso comprar.*

María Elena Walsh (Argentina, 1930-2011) fue poeta, cantante, compositora y dramaturga. Su extensa y riquísima obra para niños y jóvenes, y también para adultos, fue revolucionaria y precursora para la literatura argentina de finales del siglo veinte. Entre sus obras para niños más apreciadas, figuran: *Dailan Kifki*, *Tutú Marambá*, *Zoo loco*, *El reino del revés*, *Cuentopos de Gulubú* y *Versos tradicionales para cebollitas*. Para adultos, *Novios de antaño* y *Desventuras en el País-Jardín-de-Infantes*.

ESTABA LA VERDE PALOMA

Nelvy Bustamante

Estaba la verde paloma
sentada en un blanco limón.
Con las palabras del viento
el gallo de la veleta
le declaró su amor.

Nelvy Bustamante nació en Marcos Juárez, Córdoba, y desde 1984 vive en Trelew, provincia de Chubut. Profesora en Letras y escritora, entre sus libros figuran *Cuentan en la Patagonia*, *El libro de los fantasmas*, *Santino y su gato* y *Orejas negras, orejas blancas*.

VUELO DE VOCES

Carlos Pellicer

Mariposa, flor de aire,
peina el área de la rosa.

Todo es así: mariposa,
cuando se vive en el aire.

Y las horas del aire son
las que de las voces vuelan.

Sólo en las voces que vuelan
lleva alas el corazón.

Llévalas de aquí, que son
únicas voces que vuelan.

Carlos Pellicer (1899-1977) es uno de los grandes poetas mexicanos del siglo veinte. También museólogo, docente y viajero, recorrió Sudamérica, Europa y Asia, rescatando en palabras las formas de la naturaleza. Se destacan, entre sus obras: *Colores en el mar y otros poemas*, *Camino*, *Práctica de vuelo* y *Con palabras y fuego*.

LORO HABLANDO SOLO

Juan Lima

Hablo como un loro
estoy más loco que una cabra
río como una hiena
lloro como un cocodrilo
duermo como un lirón
soy un burro
me hago el oso
hago chanchadas
hago monadas
soy un pavo una gallina un ganso
soy zorro viejo
tengo pocas pulgas
cuando menos se lo esperan
salto como la perdiz
me conocen hasta
los perros.

Juan Lima nació en El Perdido, provincia de Buenos Aires. Es ilustrador y diseñador gráfico, pero se define como un artista visual. Cursó sus estudios en la Universidad Nacional de La Plata y publicó decenas de libros con sus ilustraciones. También realizó objetos, poesía visual, afiches y diseño editorial.

CANCIÓN DEL NIÑO QUE VUELA

Juan Sebastián Tallón

El niño dormido está,
¡y qué sueño está soñando!
¿Qué sueña? Sueña que vuela.
¡Qué bien se vuela soñando!

Abre los brazos, los mueve
como un ave, y va volando..
¿Qué sueña? Que no es un sueño.
¡Qué bien se sueña volando!

En la cuna quieto está.
Pero sonrío, soñando.
¿Qué sueña? Que vuela, vuela.
¡Qué bien se vuela soñando!

Juan Sebastián Tallón (1904-1954) nació y vivió en Buenos Aires. Su volumen de poesías para niños *Las torres de Nuremberg* fue considerado “precursor de la poesía infantil” por María Elena Walsh. Se lo suele identificar con los grupos literarios de la época: Boedo y Florida. Fue, además, pintor y músico.

DE ANIMALES TERRESTRES

Humberto Ak'abal

Las huellas

En su piel
están las huellas
del día y de la noche.

Su mirada atraviesa la oscuridad
y no se apaga con la luz.

El jaguar
es el dueño de la sombra.

Relámpago negro

A uno se le oscurecía
la mirada
por la negrura de su pelambre.

Cada salto
era un relámpago negro.

En las noches,
el gato desaparecía,
solo sus ojos caminaban
sobre los tejados.

Cantor

Inflando el güegüecho
y abriendo la bocota.

Rústico,
primitivo,
como tronco viejo:
el sapo.



DE ANIMALES QUE VUELAN

Humberto Ak'abal

No están

Los pájaros no están,
se han escondido en mi corazón.
Hoy soy nido.



Ambulantes

Mariposas,
flores ambulantes
con alas de fuego.
Lástima que no tengan perfume.



Luciérnagas

Las luciérnagas
son estrellas que bajaron del cielo
y las estrellas son luciérnagas
que no pudieron bajar.

Humberto Ak'abal nació en Momostenango, Guatemala, en 1952 y falleció en 2019. Poeta de la etnia maya k'iche, escribió en ese idioma y se autotradujo al castellano. Escribió libros de poesía y narrativa, fue traducido a más de veinte lenguas y es uno de los poetas guatemaltecos más reconocidos en el mundo. Sus poemas están disponibles en www.wikiguate.com.gt.

LA GATA Y LA LUNA

María Rosa Mó

La gata mira la luna
desde una silla en la cocina.

Estira los suaves bigotes
para sentir el jugo del rocío.

Sus ojos se amarillan
con fuegos de estrellas.

La luna y la gata
están solas en la noche.

La luna siente cosquillas
de bigotes.

Entonces se estira
más larga que nunca

y lame a una gata
sentada en una silla en la cocina.

María Rosa Mó nació en Buenos Aires y es escritora para adultos y niños. Para estos, algunos de sus títulos son: *La regadera del sol*, *La escalera de Pascual*, *Los pájaros de Joaquín*, *Julieta en sueños* y *Miradas de vaca*. Es directora de Ediciones del Cronopio Azul.

BICHO RARO

Graciela Montes

El bicho raro apareció un día como otros días, en la plaza de la vuelta de la ciudad importante justo a la hora en que Anastasio, como siempre, rastrellaba el arenero. El bicho raro miraba con sus ojos rosados desde abajo de una hamaca.

Era verdaderamente raro, sin chiste. Tenía una gran cabezota llena de rulos y bigotes muy lacios. Tenía un cuerpo gordo de vaca. Tenía ojos rosados. Tenía una cola ridícula, dientes absurdos, hocico inverosímil.

Anastasio se lo quedó mirando, con el rastrillo en la mano. Y el bicho raro también lo miró a Anastasio.

Al poco rato empezó a correrse la noticia, por supuesto. Un bicho raro no puede pasar desapercibido en una ciudad importante. A la plaza de la vuelta llegaron los biólogos y los vigilantes; los locutores de televisión y los veterinarios; los curanderos y los astrólogos.

Pero llegó, más que nadie, el intendente; el único intendente de la ciudad importante, que de inmediato mandó desalojar la plaza. Y mandó muchísimo más: no por nada era intendente. Mandó, por ejemplo, que trajesen una jaula, una gran jaula de aluminio que brillaba como una estrella. Tanto brillaba que nadie se explicaba cómo podía ser que el bicho raro no quisiera entrar en ella.

Enroscado, debajo del tobogán, espiaba con sus ojos rosados, y miraba cómo Anastasio volvía a rastrellar la arena para quitarle los papeles, las cajitas y las latas de todos los visitantes.

Lo cierto es que para meter al bicho raro en la jaula hubo que usar correas rojas y cadenas redondas con los eslabones de bronce.

Después subieron la jaula a una camioneta, y la pasearon en triunfo por la ciudad; ida y vuelta por la gran avenida, por la calle de los generales y por la calle del cine.

Todos se agolpaban para mirar al bicho raro; para tirarle, si podían, de las orejas. Nadie, en cambio, le miraba a los ojos.

Y en la ciudad importante es fácil acostumbrarse a todo, hasta a un bicho raro. Por eso, el bicho raro, al rato, ya no fue tan raro:

-No es nada más que un bicho.

Y después:

-Un bicho molesto.

Poco a poco, bicho raro dejó de mirar pasar las cosas con sus ojos rosados. Y se acurrucó contra los barrotes, porque la jaula brillante no tenía rincones.

Entonces, volvió el único intendente. Y volvieron los biólogos, los vigilantes, los locutores y los veterinarios.

-¡Está intoxicado! -dijo el veterinario.

-¡Está descompuesto! -dijo el biólogo.

-¡Está engualichado! -dijo el curandero.

Y todos estuvieron de acuerdo en que el bicho raro no tenía remedio.

-¡Que lo lleven, que lo lleven de vuelta a la plaza! -ordenó el intendente.

Y dio por terminado el cuento.

Pero a pesar del intendente, el cuento no terminó ahí. Porque en la plaza de la vuelta estaba Anastasio, como siempre, rastrillando arena.

“Bicho raro... bicho feo... ¡Pobre bicho!” , se dijo Anastasio cuando lo vio acurrucado, como el primer día, debajo de una hamaca.

Y como era el mediodía, se sentó a desenvolver con cuidado el paquete del almuerzo. Cuando estaba por morder una puntita de pan pensó...

“¡Pobre bicho! En una de esas tiene hambre”

Anastasio se acercó despacito hasta la hamaca. Y despacito también, tendió su mano grande con un sánduche de queso y matambre en la punta.

El bicho raro se levantó sobre sus piecitos de cinco dedos, husmeó la mano de Anastasio con su hocico inverosímil, movió alegremente su cola ridícula y clavó sus dientes absurdos en el sánduche tierno.

-¡Pobre bicho! Tenía hambre.

Ese día, y muchos otros, Anastasio y el bicho raro compartieron el almuerzo debajo de un paraíso.



Graciela Montes nació en Buenos Aires. Es escritora, traductora y profesora en Letras (UBA). Fue cofundadora de ALIJA (Asociación de Literatura Infantil y Juvenil de la Argentina) y de la revista *La Mancha*. Por sus traducciones y su reconocimiento internacional, recibió el Premio Lazarillo (1980) y fue nominada por la Argentina al Premio Internacional Hans Christian Andersen en 1996, 1998 y 2000. En 1999 recibió el Premio Pregonero de Honor y en 2018 el Premio Hispanoamericano SM de Literatura Infantil. Escribió más de 70 libros, entre ellos *Tengo un monstruo en el bolsillo*, *El club de los perfectos*, *La guerra de los panes* y *En el país de las letras*. Dirigió la colección *Los cuentos del Chiribitil*, del Centro Editor de América Latina.

EL SECRETO DEL OSO HORMIGUERO

Beatriz Osés

Cuando todos sueñan,
el oso hormiguero estornuda...
¡Escapen, escapen!

Entre las estrellas
corren las hormigas.
¡Escapen, escapen!

No quiero que sepa
que son mis amigas.

EN VOZ BAJA

Beatriz Osés

El viejo tigre
guarda sus colmillos
en un vaso de agua.

La niña lo mira,
sonríe,
se acerca a su cama.

Le tiende unas gafas,
le pide que lea...
que cuente en voz baja.

LA NIÑA SE DUERME

Beatriz Osés

La niña se duerme,
la niña se calla...
en la boca tiene
sonrisa de nata.

El tigre la mira,
la toma en sus garras.
Con mucho cuidado,
la lleva a su cama.

La arropa despacio,
la besa en la cara.
Le apaga luciérnagas,
con solo rozarlas.

La niña se duerme,
la niña se calla...
y sueña que un tigre
le canta una nana.

...
Nana, niña, nana.

Beatriz Osés nació en Madrid y en España es una de las más reconocidas escritoras de literatura para niños. Profesora de secundaria, ha publicado una ya larga obra, de la que sobresalen *El secreto del oso hormiguero*, *Cuentos como pulgas*, *Lo que saben los erizos* y *Dónde van las tortugas cuando mueren*.

CARNAVAL EN EL ZOO

Fabián Sevilla

Los días en el zoológico eran lentos y aburridos. Cuando los chicos lo visitaban encontraban bestias bostezando, holgazaneando y con un humor de humanos.

Se acercaba Carnaval y al león, autodeclarado Rey de los Animales, se le ocurrió hacer algo para levantar el ánimo del bicherío.

– ¡Un baile de disfraces! – propuso con una garra al aire.

Llamó a los monos, que solían escapar de su jaula y vagar por el lugar sin que nadie les dijera nada.

– Inviten a todos a la fiesta – ordenó –. La condición: venir disfrazado de otro animal. Habrá premios para el más original, el más divertido y elegiremos Reina y Rey del Carnaval del Zoo!

A los monos les encantó. Y alborotados se fueron a dispersar la invitación por jaulas y recintos.

A medida que el bestiaje se fue enterando, confirmó su presencia y dejó de lado bostezos, holgazanería y mal humor. En cambio, se ocuparon de crear y confeccionar el mejor disfraz de animal que puede usar un animal.

Llegó el día del baile. No faltaba ninguno, aunque ninguno era a simple vista quien parecía. Había que tener ojo de lince para descubrir cuál era cuál.

El camello se guardó las jorobas vaya uno a saber dónde, se pintó de verde y pasó como un cocodrilo perfecto. El rinoceronte estaba encantado bajo la piel del zorrino, pero se había vaciado diez frasquitos de colonia para no quedarse sin pareja de baile. Veintidós monos tití, uno encima del otro, pintados de amarillo y con dos barquillos en la cabeza del último eran una jirafa divina.

El papagayo, disfrazado de puma, puso un disco y con la música se armó el bailongo. Bajo una lluvia de maní y lechuga, la primera pareja en

salir a la pista fue la de la boa constrictora disfrazada de gorila y el canguro enfundado en un traje de ardilla. Se bailó milonga, rock y chotis.

Hubo situaciones raras. El ratón, disfrazado de tigre, perseguía al tigre disfrazado de gacela.

– ¿Ahora sabés lo que se siente? – le decía el roedor, muerto de risa mientras gruñía y mostraba sus colmillos de mentirita.

El koala salió de su eterna siesta y convenció a todos de que era una nerviosa lagartija y el pingüino, camuflado como un lobo feroz, iba de un lado a otro gritando:

– ¿Alguien vio a Caperucita?

En determinado momento, el león, bajo las plumas de un búho y en dos patas desde la rama de un árbol, anunció los premios.

Hubo nerviosismo y emoción. El más original resultó un oso polar. Le había pedido prestado el secreto al camaleón para cambiar de colores según la ocasión y ahora era blanco, al segundo rojo, al instante verde y luego, azul, violeta, amarillo.

¡Parecía un arbolito de Navidad!

– ¡Aquí hay acomodo! – comentó entre dientes la cebra. Estaba fula porque había sido la menos creativa: se pintó las rayas blancas de negro y se conformó con ser un caballo azabache.

El más divertido fue el hipopótamo. Ninguno entendió cómo hizo para pasar por colibrí, abrir las alas y sobrevolar la pista de baile. ¡Increíble!

Se anunció la Reina: la elefanta, que se había ido de bambi. El Rey fue el jabalí, que finalmente se sentía bello dentro de su atuendo de pavo real.

Entonces, el león lanzó la propuesta:

– ¿Y si nos quedamos así?

Ninguno se negó. Habían hallado el modo de hacer entretenida la vida en el Zoo. Y así volvieron a sus jaulas.

Pero no funcionó. A los chicos no les gustó ver a la serpiente coral bajo la pelambre del cebú o a la pantera comiendo maní como el chimpancé. Y a decir verdad, el ñandú no rugía tan bien como el león.

Pronto, todos los visitantes dejaron de ir. El lugar fue más aburrido que nunca.

–¡Cada cual a lo suyo! –ordenó el Rey de los Animales–. No hay mejor que ser uno mismo.

Y sin contradecirlo, gustoso el animalerío obedeció.

Eso sí, no solo pensando en cómo hacer que sus días fueran divertidos y productivos, sino también... ¡en el disfraz que usarían el Carnaval del año siguiente!



Fabián Sevilla nació en Mendoza. Es autor de teatro, musicales y comedias para chicos y grandes. En 2003 publicó *Ellos, los otros y nosotros*, con cuentos sobre los derechos de los niños. Sus obras aparecen en libros y manuales de varias editoriales argentinas y de otros países.

UNA MALA JUGADA

Anónimo

El quirquincho y el sapo eran amigos. Ambos vivían en el monte y siempre en la búsqueda de alimento, que les era escaso.

Un día el quirquincho tuvo una ocurrencia y se la comunicó al sapo:

–Compadre –le dijo–, me voy a poner en una de las huellas del camino esperando un carro que lleve comida, y al pasarme por arriba una de las ruedas, se moverá y caerá algo rico.

–Compadre –le contestó el sapo–, lo van a descubrir.

–Compadre –replicó el quirquincho–, no podrán porque voy a esperar un carro que pase de noche. Creerán que han pisado una piedra, no oirán lo que se caiga y seguirán de largo.

–Entonces, compadre, probemos –dijo el sapo–. Porque como dicen, probar no cuesta nada.

Al caer la noche el quirquincho y el sapo se apostaron a la orilla del camino, en espera de que pasara un carro con comida, cosa que al rato ocurrió. Entonces el quirquincho se adelantó un poco y se echó, con su dura caparazón, sobre una de las huellas del camino.

Efectivamente, una de las ruedas del carro lo pasó por encima, el vehículo se bamboleó y de un costado cayó un rico queso, que ambos animales comieron.

Al día siguiente, el quirquincho le dijo al sapo:

–Compadre, ahora le toca a usted.

–Compadre –contestó el sapo–, tiene razón: ahora me toca a mí. Veremos qué cosa cae del carro que me toque.

Con la misma picardía, ambos se apostaron a la orilla del camino, esperaron y cuando un carro se acercaba, el sapo se colocó sobre la huella, hinchando su lomo.

Pero el sapo no tenía el caparazón duro que tiene el quirquincho y la rueda del pesado carro lo aplastó.

Desde entonces, el sapo tiene el cuerpo achatado.



Este cuento de autor anónimo se relata en todo el norte argentino y también en Bolivia. Hay quienes afirman que es de origen *aymara*, pueblo andino de la meseta del lago Titicaca, cuyos descendientes en la Argentina y Chile se denominan *kollas*.

EL SURUBÍ Y EL MAR



Adela Basch

Una vez, en un lugar llamado Yacuarebí, se reunieron muchos animales. Uno de ellos dijo así:

–A las palabras se las lleva el viento. ¿Qué les parece si nos encontramos todos los días para contarnos cuentos? Así después el viento se los puede llevar para que anden de lugar en lugar.

El mono fue el que habló así. Y enseguida todos le contestaron:

–¡Sí!

–Yo cuento primero –dijo un tucán que se había puesto un sombrero–. Y todos se sentaron a su alrededor, bastante cerca, para escuchar mejor.

Las palabras empezaron a salir de la boca del tucán, y llegaban a los oídos de todos.

Hubo una vez un surubí que vivía cerca de aquí, en un río llamado Lunces, que como todos los ríos, era de agua dulce.

Un día el surubí fue a visitar a su tío el patí, que vivía bastante lejos y ya se iba poniendo viejo.

Y se enteró de que más allá del Lunces había otro río, muy grande según le dijo su tío.

También supo que ese río tan grande desembocaba en una extensión de agua que le resultaba inimaginable. Se llamaba mar y ocupaba muchísimo, muchísimo lugar. Y además, no era agua dulce como la que él conocía. Era agua salada con olas gigantescas que siempre se movían. Y había muchos peces de distintas formas y colores y barcos que no andaban a remo sino con motores.

El surubí sintió un gran deseo de conocer el mar, algo que para él era totalmente nuevo. Pero apenas se lo comentó a sus amigos, le dijeron que mejor se quitara esa idea de la cabeza, porque nunca iba a poder realizar semejante proeza.

–Nosotros estamos acostumbrados al agua dulce –le dijo la boga–. No podemos vivir en agua salada. Si te vas al mar, no vas a durar nada.

–El agua salada debe ser horrible –dijo el bagre–. Me parece que es más fea que el vinagre.

–Debe ser cuestión de costumbre –dijo el surubí–. Si es buena para otros peces, ¿por qué no puede serlo para mí?

–Pero nosotros somos peces de agua dulce y siempre vivimos en el Lunces –dijo el dorado–. ¿Creés que es posible habituarse a otro mundo en solo unos segundos?

–Yo tengo un gran deseo de conocer el mar –dijo el surubí–. Debe ser algo muy hermoso, y yo nunca lo vi.

Después, estuvo pensando unos cuantos días. Y finalmente tuvo una idea que le hizo sentir mucha alegría. Le pidió a un marinero que había conocido en la primavera que le llevara toda la sal que pudiera. Se fue a una parte del río donde se había formado un canal, y allí desparramó la sal.

Todos los días iba un rato a las aguas del canal, que ahora eran saladas, se sumergía en ellas y nadaba. Hasta que se acostumbró a estar el día entero, sin que el gusto de la sal le resultara feo.

Entonces sintió que ya estaba preparado. Y un poco un día; y otro poco el siguiente, llegó hasta el mar a nado. Y fue muy feliz de conocer un mundo diferente.

Adela Basch nació en Buenos Aires. Es egresada de la carrera de Letras (UBA), traductora, editora, poeta, narradora y dramaturga, especializada en editar y escribir literatura para niños. Algunos de sus libros más reconocidos: *Abran cancha, que aquí viene don Quijote de la Mancha*; *El reglamento es el reglamento*; *Una luna junto a la laguna*; *Belgrano hace bandera y le sale de primera* y *Que la calle no calle*.

ROMANCILLO DEL SEÑOR DON GATO

Anónimo

Estaba el señor don Gato
sentado en su silla de oro
y le trajeron noticias:

que pronto sería casado
con una gata muy blanca
que andaba por el tejado.

Y tal fue su alegría
que se cayó de la silla
se rompió varias costillas
y la puntita del rabo.



Es este un **romance de origen español**, que circula en muy diversas versiones en Latinoamérica. Tomado de *A la sombra de un verde limón*, antología del cancionero tradicional argentino, compilada por Paulina Movsichoff (Buenos Aires, Ediciones del Sol).

CUMPLEAÑOS DE DINOSAURIO

Mónica Weiss

Juancho amaba a los dinosaurios.

Soñaba dinosaurios.

Dibujaba dinosaurios.

Coleccionaba dinosaurios.

Y al llegar su cumpleaños, ¿qué pidió?

Una fiesta de dinosaurios.

En una lista sus padres anotaron: invitaciones de dinosaurio, piñata y globos de dinosaurio, vasitos, mantel y servilletas de dinosaurio, y una enorme torta de dinosaurio con velitas de dinosaurio.

Entonces pensaron: “así nos gusta, todo bajo control”.

–¿Puede ser de disfraces la fiesta?

–Sí, Juancho. Sí.

–¿Puede animarla mi tío Pepo?

–Sí.

–¡Seré el mejor dinosaurio para mi Juancho!– dijo el tío Pepo y se des-
perezó.

–“...jaaaaaaagggghhhhh!...”

Después de un largo bostezo prometió aparecerse en el cumpleaños con un enorme disfraz azul.

Llegó el día de la fiesta.

La casa preparada.

Los invitados, a punto de llegar.

Juancho estaba en su habitación. Se sentía raro.

El disfraz le sobraba en los pies, le tironeaba bajo los brazos y se había descosido en un costado.

La mamá le pintó unos bigotes (es que a Juancho también le gustan los tigres).

Llegaron los chicos, pero solo cuatro estaban disfrazados.

Ivi, Guidi, Joaco y Catalina, la distraída.

Cuando la mamá repartió bonetes de dinosaurio (que había comprado por las dudas), todos los chicos se pusieron a gruñir y a mostrar las uñas.

Menos Catalina, que se quedó mirando cómo bailaban los globos de dinosaurio con el vientito del ventilador.

Media hora después, y Pepo sin llegar.

–¡¡Guerra de dinosaurios, todos contra todos!! –decidieron los propios chicos.

Menos Catalina, que se puso a comer palitos salados bajo la ventana.

Y tal vez fue por eso que solo ella escuchó aquel ruido que venía de afuera. Y que vio aquella sombra avanzando por la pared.

Sonó el timbre.

Catalina dejó de comer palitos.

¡Era un dinosaurio!

Juancho corrió a abrir la puerta, y entonces, deslumbrado gritó:

–¡Chicos, chicos, vengan a ver a mi tío Pepo!

En silencio, los chicos miraron al dinosaurio.

El dinosaurio miró a los chicos.

Hasta que rugió un descomunal rugido, con su garra rayó la puerta, des-
colgó la cortinita floreada y entró.

Juancho dijo: “...guaaaauuu...” y lo abrazó. Guidi le lamió una pata. Ivi lo pellizcó. Y Joaco se puso a dibujarle el lomo con una birome.

Los demás aplaudieron.

Menos Catalina, que se largó a llorar y corrió a avisarle a los padres de Juancho que un dinosaurio de verdad acababa de entrar por la puerta.

–¡¡Es enorme, azul y con unos dientes así de grandes!!

–...Bien, bien, ya era hora de que llegara Pepo... –comentaron los padres.

Catalina, bastante ofendida, se escondió debajo de la mesa con un plato de masitas.

El dinosaurio se dejó caer en el sillón, algo mareado.

Los chicos se le subían por la espalda, lo tironeaban para todos lados y le hacían trencitas.

Cuando la mamá los llamó a la mesa, entre todos lo arrastraron, y comieron y bebieron apurados, para seguir jugando.

YO, RATÓN

Laura Devetach

Si el mundo fuera solo pasto
yo sería hormiga
conejo
caracol
oruga.
Si fuera madera y corteza
haría mi casa en cada pequeño lugar.
Sería lombriz si todo fuera tierra
pez, si todo se volviera agua
oso blanco si cayeran los cristales del frío.
Si el mundo fuera pradera, peña
charco
trotaría yo caballo
yo cabra
yo rana.
Si el mundo fuera
una sola roca quieta
yo, ratón
la roería.

Laura Devetach nació en Reconquista, Santa Fe. Es una de las más destacadas escritoras de cuentos y relatos para chicos y también obras de teatro y libretos de televisión. Egresada en Letras Modernas de la UNC, ha logrado importantes recopilaciones de relatos, poemas, dichos y coplas populares. Esta poesía es parte del proyecto *Ovillo de trazos*, de acceso público y gratuito, de Abuelas de Plaza de Mayo, que invita a la reflexión acerca de la identidad. (www.abuelas.org.ar/item-difusion/ovillo-de-trazos-174)

– Parecen bestias – decía el papá.
– ¿Soplamos las velitas juntos, tío? – preguntó Juanchu al dinosaurio.
Pero justo, justo, cuando terminaba el “...queee los cuuumpplaas fee-elíízzz...”, el humo de las velitas entró en sus dinosaurias narices, y “...jjaaaaatchuúúússsss!!!...”
El estornudo, con la fuerza de un terremoto, destruyó la torta.
La mamá y el papá miraron uno a uno los pedacitos de torta desparramados por el living, como si se pudieran volver a juntar.
Y a los chicos, bañados en chocolate, que se llevaban al dinosaurio hasta el cuarto de Juanchu.
El dinosaurio quedó mudo. Raros seres lo acechaban desde los rincones.
Pero el colmo fue el espejo. Esa enorme bestia azul que lo miraba con cara de espanto.
Muerto de susto, el dinosaurio salió corriendo.
Solo Catalina lo vio cruzarse en la puerta de calle con Pepo, que justo, justo llegaba disfrazado.
¡Se había quedado dormido!
Mientras huía, el dinosaurio vio a Pepo (a esa cosa de tela parecida a la bestia del espejo) luchando por sacarse la cabeza.
Pero Pepo no vio al dinosaurio (a esa cosa veloz que pasaba a su lado resoplando).
Y cuando al fin liberó su cara del disfraz, en pose de fiera dijo “bu”.
Los chicos lo aplaudieron como locos. Nunca habían tenido un animador así, sobre todo por los gruñidos.
La fiesta había terminado.
Con Juanchu a upa, Pepo decía “gracias, gracias, pero aún no han visto nada”, mientras los demás se iban a sus casas.
Feliz esa noche, Juanchu en la cama imaginó una nueva fiesta.
Porque iba a coleccionar, a dibujar, a soñar.
Juanchu iba a amar a los robots gigantes interplanetarios...

Mónica Weiss nació en Adrogué, provincia de Buenos Aires, estudió arquitectura en la UBA y se relacionó con la literatura infantil como ilustradora y narradora. En su obra destacan libros como *Hugo tiene hambre* y *¡Detengan a ese mono!*

DESAFÍO MORTAL

Gustavo Roldán

- ¡Claro que voy a pelear!
- No, don piojo, usted no puede pelear con el puma.
- ¿Qué no puedo? ¿Por qué no puedo?
- Es una pelea despareja.
- Igual voy a pelear. Y ya mismo.

El piojo y el puma se enfrentaron. Los ojos de los dos echaban chispas, dispuestos para una pelea a muerte.

Los demás animales los rodeaban en silencio. Ya habían intentado todas las formas de pararlos, pero no había caso.

El puma mostró los dientes. Todos los dientes. Y los animales dieron un largo paso para atrás.

El puma rugió y largó un zarpazo que hizo volar al piojo y lo estrelló contra un quebracho. El piojo se enderezó y atropelló. Otro zarpazo del puma y el piojo quedó colgado en lo más alto de un algarrobo.

- ¡Bueno, basta! – dijo el sapo–. ¡Ya está bien!
- ¡Nada de basta! – gritó el piojo bajando a los saltos de rama en rama–. ¡Nada de basta!

Y saltó desde el árbol a la oreja del puma y se prendió como garrapata, dispuesto a chuparle hasta la última gota de sangre.

El puma rugió y se pegó un tremendo manotazo en la oreja para aplastar ahí mismo al piojo. Pero el piojo ya no estaba. Había saltado a la otra oreja y lo mordía desesperadamente. Otro manotazo del puma y el piojo casi aprende a volar.

- ¿Y si terminamos la pelea? – dijo el elefante dando un paso adelante.
- ¡Atrás todos! – gritó el piojo–. ¡Nada de terminar la pelea! – Y atropelló manotazos al aire.

El puma retrocedió sorprendido. No había pensado que ese bichito pudiera pelear con tanta furia.

Había querido divertirse un poco, pero jamás se le ocurrió que el piojo fuera capaz de llevar las cosas tan lejos.

- ¡Vamos, pelee! – gritó el piojo atropellando.

Otro manotazo del puma y el piojo fue a caer arriba del elefante, ahí rebotó y cayó sobre el lomo del tapir.

- ¡Lo va a matar! – dijo el oso hormiguero.
- ¡Lo va a destrozar con sus garras! – dijo el coatí.
- ¡Lo va a morder con esos enormes colmillos! – dijo la iguana.
- ¡No podemos dejar que sigan! – dijo el sapo.
- ¡Tenemos que hacer algo! – dijo el quirquincho.

– ¡Por favor, don elefante, usted puede pararlos, haga algo! – pidió la cotorrita verde.

– Bueno, bueno – dijo el elefante poniéndose en medio del piojo y el puma–. ¡Se acabó la pelea!

El puma dio un paso para atrás y dijo:

– Por mí, la terminamos. Y les cuento que fue la mejor pelea que tuve en mi vida. Lo felicito, don piojo, estuve mal y pido disculpas.

– Acepto sus disculpas, y también acepto que me estaba ganando. Debo admitir que usted es más fuerte que yo.

Los animales hablaron todos juntos y se preguntaron muchas cosas. En especial se preguntaron por qué había comenzado esa pelea tan feroz. Pero ninguno sabía.

Después se fueron, cada cual por su lado. El elefante, el coatí, el sapo y el piojo se quedaron charlando.

– Don piojo – preguntó el sapo–, ¿por qué comenzó todo este lío? ¿Se da cuenta en lo que se metió?

– Fue demasiado peligroso – dijo el coatí–. El puma es un animal feroz. Me hizo temblar todo el tiempo.

- No se preocupe, amigo coatí, yo temblaba más todavía – dijo el piojo.
- ¿Por qué pelearon? – preguntó el elefante.

– Porque casi me pisa. Pasó sin mirar y casi me pisa. Y cuando yo grité me mostró todos esos dientes que tiene y encima me insultó y me pisó la sombra.

- ¡Lo insultó! – dijo el sapo–. ¡Le pisó la sombra! ¿Qué le dijo?

– En realidad, nada. Pero me miró como si me insultara. Y movió la pata

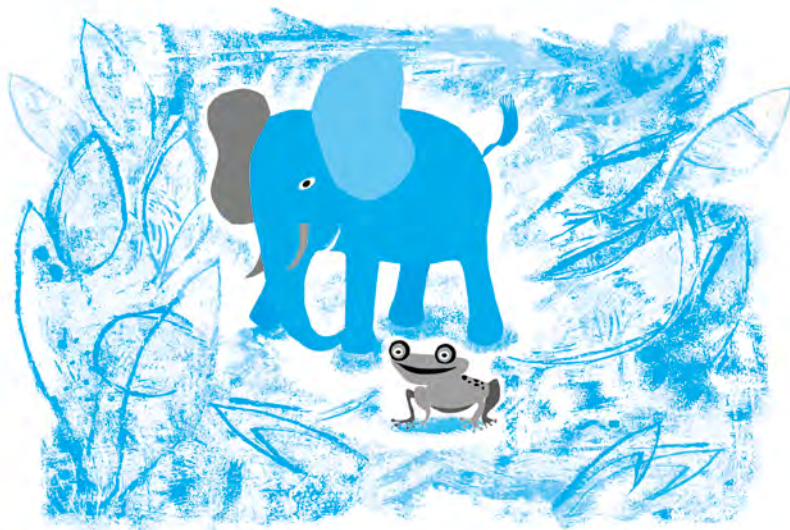
y casi me pisa otra vez. Y de nuevo me pisó la sombra. Entonces me enojé y lo desafié a pelear.

–Pero, don piojo –dijo el elefante–, un piojo no puede pelear con un puma.

–Ya sé que no, pero las cosas tienen sus límites. Y creo que se estaba pasando de la raya. ¿Sabe, don elefante?, a veces los bichos chicos tenemos que defender a muerte la dignidad. Si no resistimos, si no defendemos la dignidad, entonces sí que estamos listos. Y un buen piojo no puede permitir que nadie le pise la sombra.

El elefante y el sapo se miraron y dieron un paso para atrás con todo disimulo.

No vaya a ser que por ahí, sin darse cuenta, pusieran la pata encima de la sombra del piojo.



Gustavo Roldán (1935–2012) nació en el Chaco y creció en el monte, en Fortín Lavalle. Llegó a ser uno de los más importantes escritores de literatura para niños. Por su libro *Como si el ruido pudiera molestar* recibió el Tercer Premio Nacional de Literatura (1992) y por *Todos los juegos el juego*, el Segundo Premio Nacional de Literatura (1995). En 2002 fue honrado con el Premio Pregonero de Honor. Su vasta obra incluye libros como *El monte era una fiesta*, *Historia del pajarito remendado*, *El carnaval de los sapos*, *Dragón*, *La leyenda del bicho colorado*, *Cuentos del zorro*, *El vuelo del sapo*, *Y entonces llegó el lobo* e *Historias del piojo*.

LA REINA

María Cristina Ramos



Por una ventana,
vi a la hormiga reina
guardando los peines
con los que se peina.

Y sobre un estante,
en jaula de oro,
un alfiler daba
grititos de loro.

Y en negro cuaderno
vi cómo escribía,
y pintaba cosas
que no se veían.

Después la penumbra
agitó las alas;
se quedó en un suave
silencio de sala.

Luego caminaba
por sus aposentos,
con pasitos largos,
con pasitos lentos.

El silencio es algo
que yo entiendo así:
empieza en la ese
y termina en mí.

Dos rosas de arena,
en una mesita,
bebían el néctar
de un agua exquisita.

María Cristina Ramos es poeta, narradora y editora neuquina. Ha publicado *Azul la cordillera*, *Dentro de una palabra*, *Desierto de mar* y otros poemas, entre otras obras. En 2020 resultó finalista del Premio Internacional Hans Christian Andersen.

LOS RATONES

Lope de Vega

Juntáronse los ratones
para librarse del gato;
y después de largo rato
de disputas y opiniones,
dijeron que acertarían
en ponerle un cascabel,
que andando el gato con él,
librarse mejor podrían.

Salió un ratón barbicano,
colilargo, hociquirromo
y encrespando el grueso lomo,
dijo al senado romano,
después de hablar culto un rato:
¿Quién de todos ha de ser
el que se atreva a poner
ese cascabel al gato?

Lope de Vega (1562-1635) fue uno de los poetas y dramaturgos más importantes del llamado Siglo de Oro de la lengua castellana, y por su extensa obra es considerado uno de los autores más prolíficos de la literatura universal. Autor de más de 2000 sonetos, es también valorado por sus novelas y comedias.

Cuando el miedo...

MIEDO

Graciela Cabal

Había una vez un chico que tenía miedo.
Miedo a la oscuridad, porque en la oscuridad crecen los monstruos.
Miedo a los ruidos fuertes, porque los ruidos fuertes te hacen agujeros en las orejas.
Miedo a las personas altas, porque te aprietan para darte besos.
Miedo a las personas bajitas, porque te empujan para arrancarte los juguetes.
Mucho miedo tenía ese chico.
Entonces, la mamá lo llevó al doctor. Y el doctor le recetó al chico un jarabe para no tener miedo (amargo era el jarabe).
Pero al papá le pareció que mejor que el jarabe era un buen reto:
– ¡Basta de andar teniendo miedo, vos! –le dijo–. ¡Yo nunca tuve miedo cuando era chico!
Pero al tío le pareció que mejor que el jarabe y el reto era una linda burla:
– ¡La nena tiene miedo, la nena tiene miedo!
El chico seguía teniendo miedo. Miedo a la oscuridad, a los ruidos fuertes, a las personas altas, a las personas bajitas. Y también a los jarabes amargos, a los retos y a las burlas.
Mucho miedo seguía teniendo ese chico.
Un día el chico fue a la plaza. Con miedo fue, para darle el gusto a la mamá.
Llena de personas bajitas estaba la plaza. Y de personas altas.
El chico se sentó en un banco, al lado de la mamá. Y fue ahí que vio a una persona bajita pero un poco alta que le estaba pegando a un perro con una rama.
Blanco y negro era el perro. Con manchitas. Muy flaco y muy sucio estaba el perro.

HAY FANTASMAS EN MI CUARTO

Mercedes Pérez Sabbi

No sé quién apagó la luz; pero mi cuarto quedó oscuro. Debía avanzar; pero... ¿hacia dónde? Sentía la presencia de ellos acosándome en el silencio. Sí, lo sabía, estaban allí, en algún rincón mirándome desde arriba o al ras del piso.

Un jadeo orientó mis pasos, una risa sarcástica los desvió.

¡Auuuuuuuuuu...!

Se alternaron los sonidos: risas..., gemidos..., risotadas..., aullidos.

Tropecé, giré velozmente. Estaban allí, lo sabía. Los dedos de mis manos buscaban a tientas una porción de algo conocido: la madera lateral de mi cama, la punta redondeada de mi mesa de luz, el almohadón con flecos, los pelos lanudos de mi muñeca. Tambaleé, mis ojos aquietados no parpadearon, busqué contra lo que supuse que era la ventana cerrada, pero estaba abierta, un aire fresco de tormenta la delató. Mi codo derecho rozó con algo: la pila de cajas vacías de zapatos se vino abajo; ruidos pequeños, risas grandes.

Apenas me detuve. Mi pie corrió una caja y seguí paso a paso, como mi corazón. De repente, un silencio expectante y traicionero copó el lugar: nadie reía, nadie jadeaba; pero yo sabía que estaban ahí, ocultos, conteniendo el aire, hasta que en un instante sin medida, palpé la forma de un rostro caliente..., un cuerpo enrollado, agitado.

La luz de la lámpara del techo y la voz de Nicolás quebraron el sortilegio:

– ¡No vale, Eloísa...! Espiaste. Tenés que empezar de nuevo.

Ofendida, me arranqué el pañuelo de mis ojos; una lluvia de colores brillantes se mezcló con mi rabia y le dije:

Y al chico le agarró una cosa acá, en el medio del ombligo.

Y entonces se levantó del banco y se fue al lado del perro. Y se quedó parado, sin saber qué hacer. Muerto de miedo se quedó.

La persona alta pero un poco bajita lo miró al chico. Y después dijo algo y se fue. Y el chico volvió al banco. Y el perro lo siguió al chico. Y se sentó al lado.

– No es de nadie – dijo el chico –. ¿Lo llevamos?

– No – dijo la mamá.

– Sí – dijo el chico –. Lo llevamos.

En la casa la mamá lo bañó al perro. Pero el perro tenía hambre. El chico le dio leche y un poco de polenta del mediodía. Pero el perro seguía teniendo hambre. Mucha hambre tenía ese perro.

Entonces el perro fue y se comió todos los monstruos que estaban en la oscuridad, y todos los ruidos fuertes que hacen agujeros en las orejas. Y como todavía tenía hambre también se comió el jarabe amargo del doctor, los retos del papá, las burlas del tío, los besos de las personas altas y los empujones de las personas bajitas.

Con la panza bien rellena, el perro se fue a dormir. Debajo de la cama del chico se fue a dormir, por si quedaba algún monstruo.

Ahora el chico que tenía miedo no tiene más miedo. Tiene perro.

Graciela Cabal (Buenos Aires, 1939-2004) fue una de las más talentosas, originales y audaces escritoras de literatura para niños, jóvenes y adultos. Autora de más de 70 libros, fue también maestra de escuelas, titiritera y, sobre todo, una extraordinaria lectora. Entre sus libros más leídos figuran *Barbapedro*, *La señora Planchita*, la serie *Tomasito*, *Cuentos de amor, de miedo y de risa*, *Mujercitas eran las de antes* y *Secretos de familia*.

–Sos un tramposo. Yo al cuarto oscuro no juego más.
Y mientras me alejé presurosa, los demás salieron de sus escondites para seguirme con sus caras de fantasmas desilusionados.
Lo sabía.



Mercedes Pérez Sabbi nació en Buenos Aires. Es docente y fue coordinadora de Proyectos y Programas del Plan Nacional de Lectura. Entre sus muchos libros para niños y jóvenes destacan: *Florinda no tiene coronita*; *Sopa de estrellas*; *Carmela y Valentín*; *Mayonesa y bandoneón*; *Corazones de menta* y *Manuela en el umbral*.

LA NIÑA Y EL CORDERO

Marina Colasanti

Había una vez un lobo.
Había una vez una niña que tenía miedo al lobo.
El lobo vivía en el sueño de la niña.
Cuando la niña decía que no quería ir a dormir porque tenía miedo al lobo, la madre respondía:
–Tonterías, hija, los sueños son sueños. Ese lobo no existe.
Ella estaba todavía intentando convencerse cuando, al espiar tras los árboles del sueño para ver si el lobo andaba ahí despierto, se topó con un corderito. Era blanco y enrulado, como todos los corderitos de sueño.
–Qué bueno que también estés viviendo aquí –dijo ella.
Y se hicieron amigos.
Pasado algún tiempo, sin embargo, cierto día en que el corderito pasaba margaritas, llevando a la niña en la otra punta de la cinta que ella le había puesto en el cuello, apareció el lobo.
–Los sueños son sueños –pensó la niña para tranquilizarse.
Y repitió las palabras de la madre:
–Ese lobo no existe.
Asustado, el corderito temblaba con la boca llena de flores.
–Si el lobo no existe –pensó la niña– el corderito tampoco.
Y a ella le gustaba tanto el corderito..
Entonces, tomó rápidamente al amigo por el cuello, afirmó los pies en el suelo.
Y esperó al lobo.
En eso sonó el despertador y ella recordó que tenía que ir al colegio.
Estuvo todo el día preocupada por haber dejado al cordero solo con el lobo.
Por la noche, apenas terminó de cenar, le dio un beso a su madre y fue corriendo a dormir para socorrerlo.

Llegó al sueño despavorida. Y más despavorida quedó al ver al lobo encogido sobre una piedra, con el rabo entre las piernas y las orejas caídas, mientras el corderito erizado le gruñía entre los pequeños dientes amarillos.

La niña nunca había visto un cordero feroz.

El lobo tampoco.

Ni siquiera el cordero sabía de su odio. Gruñía y avanzaba hacia el lobo, hundiendo las pezuñas en la cubierta del sueño.

De susto, la niña despertó.

—Ahora —pensó en la seguridad de la cama—, voy a tener dos miedos de ir a dormir. Del lobo. Y del cordero.

Pero, por la noche, la madre no quiso escuchar historias. A las ocho, a la cama. La niña hizo todo para no pegar el sueño. Pensó incluso que sería bueno poder, por lo menos por una vez, ir a pasar la noche en el sueño de alguna amiga.

Pero, por más que se esforzó, tuvo, de repente, la impresión de ver un cordero saltar una cerca, después otro. Y al contar el tercer cordero, ¡cactaplum! Fue ella la que saltó dentro del sueño.

Todo quieto, silencio.

El corderito no fue a recibirla. El lobo estaba escondido en algún repliegue de aquel manso dormir.

—¿Pero dónde quedarse? —pensó la niña—. Si camino sobre el pasto, el corderito es capaz de brincarme encima. Si voy hacia el bosque, el lobo me come.

Rápido trepó a un árbol. Eligió una rama, se sentó. No era muy confortable. La posición le dolía aquí y allí. Intentó otra, se recostó en el tronco. Pero era duro y le lastimaba la espalda. Y todavía encima, las hormigas, que ella no había visto, llegaban ahora a escalar sus piernas.

Gira y gira, mece y mece, la noche fue pasando, incómoda, dura, llena de asperezas. Y áspera fue quedando también la niña por dentro. Áspera e hinchada.

Hinchada de rabia.

Hasta que, como si percibiese que allá afuera del sueño ya despuntaba el día, dio un salto hasta el suelo. Y, manitos en la cintura, gritó bien fuerte:

— ¡Este sueño es mííííooooooooo!

Tan fuerte, que despertó.

Todavía faltaba tiempo para que sonara el despertador. Pero desde esa vez, la niña descubrió que iría a la escuela sin prisa, sin aflicción ninguna. Y por la noche, se acostaría a la hora que le pareciera, sin miedo. Sin tener que subirse a los árboles. Porque, al final, aquel sueño era suyo. Y, de ahora en adelante, ella era la que iba a mandar, y echar lobos y corderos de sus lugares. Y si era preciso, una que otra vez, daría unos buenos gruñidos y mostraría los dientes.

Marina Colasanti nació en Asmara, Eritrea. Vivió su infancia en África e Italia; luego se trasladó a Brasil, donde reside. Periodista, editora, poeta y narradora, traductora e ilustradora, ha escrito más de 40 libros, tanto para adultos como para el público infantil y juvenil. Recibió varias veces el Premio Jabuti, de gran trascendencia en Brasil y, en 2017, el XIII Premio Iberoamericano SM de Literatura Infantil y Juvenil, por su relectura valorativa de los cuentos de hadas. *Lejos como mi querer* y otros cuentos, *Veintitrés historias de un viajero*, *La amistad mueve la cola* son algunos de sus títulos. Cuento traducido por María Teresa Andruetto.

UN MOJADO MIEDO VERDE

Graciela Falbo

Hay alguien atragantado de miedo, metido hasta el cuello, en las aguas quietas de Laguna Verde.

Hoy, precisamente hoy, empieza la Gran Fiesta del Pescado Frito y, como todos los años, Laguna Verde se llena de pescadores que llegan desde lugares lejanos, alegres, con sus tanzas, sus cañas, sus anzuelos. Si supieran lo que está pasando, no se meterían con sus frágiles botes en las aguas, en apariencia tranquilas, de la laguna, ni remarían, buscando peces, hasta el centro mismo de las aguas mansas.

Tampoco las parejas de enamorados se perderían entre los juncos para besarse al sol. Porque... Hay un monstruo verde en la Laguna Verde. No existe en el mundo nada más horripilante que este monstruo lagunoso. Tiene dos pares de patas que terminan en sólidas garras afiladas. Su cuerpo es verde mate cocido, como el agua de la laguna. Su piel, rugosa y áspera y también viscosa por el lado de atrás.

Sus ojos son amarillos pero, cuando empieza a oscurecer, se vuelven rojos como la sangre... Y, además, tiene una cola oblicua llena de púas que hace cimbrar, como una serpiente negra. De la cabeza a las patas, el monstruo mide casi cuatro metros. Sin embargo nadie lo ha visto nunca porque su piel verde se confunde con el agua verde de la laguna.

Nadie sabe que está ahí.

Nadie, no..., alguien sí lo sabe. Alguien que, sumergido hasta el cuello en el agua, está viendo algo que lo deja mudo, algo que lo paraliza de terror...

Los botecitos de los pescadores comienzan a deslizarse por la laguna, livianos como mosquitas de colores. Avanzan lentamente, sigilosos, para no alertar a los peces. Todo está ligeramente envuelto en un tranquilo silencio; apenas si se escucha el chapoteo suave de los remos al cortar el agua, y el canto alegre de las chicharras.

Ninguno imagina que, a pocos metros, alguien paralizado por el terror, con el agua hasta el cuello, tiritaba de miedo.

El monstruo de la laguna verde es carnívoro.

Su larguísima lengua roja actúa como un látigo de acero que atrapa, tritura y muele, igual que una multiprocesadora. Gracias a su vertiginosa lengua, el monstruo sería capaz de devorarse hasta un buey y de digerirlo como a una aceituna.

En la oscuridad de la noche, sus ojos rojo-sangre parecen dos estigmas de fuego, capaces de enloquecer al más valiente.

Pero ahora es de día, y alguien tiembla en la laguna; tiembla sin poder gritar, sin atinar a moverse, sin sentirse capaz de poder abrir la boca para pedir ayuda siquiera.

Los pescadores ya tiraron sus hilos (las carnadas flotan apenas unos centímetros bajo el agua) y se disponen a esperar. Algunos toman mate para pasar el tiempo. En medio del silencio, de los juncos, del sol, el día tiene la paz de esos paisajes de almanaque. ¿Quién, mecido por la paz del lugar, podría suponer que alguien desmaya de terror en la laguna?

El monstruo pesa como doscientos treinta kilos; su cuerpo está semienterrado en el barro. Sus garras traseras salen de unas patas que tienen una poderosa musculatura, como un resorte capaz de permitirle un salto mortal. Sin embargo, su mejor arma, la invencible, es mimetizarse con el agua hasta casi desaparecer.

Cualquiera, desprevenido, podría pasar por encima de él sin advertir que su gran boca oscura, con sus setenta y ocho colmillos, afilados como estiletos, podría estar abierta, a la espera de un cuerpo o dos o cincuenta y seis le penetren hasta el fondo de la garganta para... ¡¡ÑÑÑÑAMM!! cerrarse de golpe, como una poderosa compactadora de metales.

Los pescadores lo ignoran y solo sueñan con sus botes desbordando de pescados y con la hermosa copa que adornará la vitrina del campeón de la Gran Fiesta Anual del Pescado Frito.

Ajenas a todo, las parejas de enamorados siguen felices entre los juncos...

Solo alguien, con el alma en un hilo, ya al borde del pánico en la Laguna Verde, ve que la situación se vuelve cada vez más difícil, ingobernable, inminente...

Las embarcaciones se van acercando perezosamente; buscando peces, se acercan más y más hacia el centro de la laguna, donde el monstruo se confunde con el agua. Se acercan sin imaginar lo que hay allí; ya rozan con los remos, sin querer, la horrible piel viscosa, la gruesa piel verde del monstruo verde de la laguna.

Y el monstruo, que ya hace rato los ha estado viendo aproximarse, con sus cañas, sus tanzas y sus anzuelos, no puede evitarlo y tiritita de miedo, se hace pis del terror. Trata de hacerse chiquito mientras se pregunta por qué su mamá se fue y lo dejó tan solito en ese horrible lugar.



Graciela Falbo nació y vive en La Plata, donde es catedrática en la Universidad Nacional. También narradora, poeta y ensayista, dedicó parte de su obra a la literatura para niños y jóvenes con libros como *¡Basta de Brujas! Cuentos muy, muy antiguos*, *Plox* y *Para reírse del miedo*.

NANA PARA UN LOBO MIEDOSO

Liliana Moyano

Duérmase, lobo, que el bosque está
y aunque se duerma, se quedará.

Duérmase, lobo, no tema, no,
que mientras duerme crece la flor.
Que la abuelita no se va a Roma
y el cazador ya se durmió.

Duérmase, lobo, cierre los ojos
que nadie viene a sacarle un diente
de su bocota llena de antojos.

Duérmase, lobo, que a la mañana
Caperucita, con la canasta,
espera verlo por el sendero
para empezar otra vez el cuento.

¡Duérmase, lobo, no sea miedoso!

Liliana Moyano nació y vive en Córdoba. Es poeta, narradora y profesora de literatura infantil en escuelas periféricas de su ciudad. Es autora de los libros *Soy niña* y *Nanas para bichos inquietos*, de donde fue tomada esta canción de cuna.

EL OMBÚLOBO

Esteban Valentino

Los chicos valientes no tienen por qué hacerle caso a todo lo que se dice por allí, aunque lo que se dice por allí tenga que ver con el miedo.

Habían decidido pasar la noche solos en una carpa cerca de la casa de la chacra del tío de Lauti y nada los iba a hacer cambiar de opinión. Tenían un farol a pilas espectacular, una radio para escuchar a la noche antes de dormir, tenían las bolsas de dormir para el frío.

Iban a poner la carpa debajo del ombú que había crecido desde siempre a unos doscientos metros de la casa y ahora no se iban a echar atrás. El tío les contó que en el lugar se decía que ese ombú no era un ombú cualquiera. Se comentaba que era nada menos que el famoso ombúlobo, que todo el tiempo parecía una planta común y silvestre pero que los viernes de luna llena se volvía medio lobo. No se sabía cómo pero con las leyendas nunca se sabe bien cómo pasan las cosas. El tío les dio permiso aunque esa noche era viernes de luna llena porque era de los que piensan que a los miedos hay que enfrentarlos.

Y allá fueron, a eso de las nueve de la noche, Nico y Lauti a dormir en la carpa bajo el temible ombúlobo. Hasta las once todo fue bastante tranquilo. La luna iluminaba la noche con una redondez perfecta. Apenas alguna nube casi transparente la cruzaba de vez en cuando. Uno de los chicos sacaba a veces la cabeza a ver si el ombú seguía siendo un ombú y nada más y la volvía a meter lo más rápido que podía. A las doce tenían francamente miedo y ya nadie sacaba la cabeza afuera de la carpa. Los silbidos del viento entre las hojas y los que hacía al atravesar los huecos del tronco no ayudaban mucho. De pronto les pareció sentir un ruido como de madera que se abre inundando la quietud de la noche y un ulular que en cualquier parte del mundo donde hubiera un ser humano se habría tomado por un

aullido de lobo. Pero esa noche los acampantes querían encontrarle explicaciones más sencillas a todo.

– Se habrá roto una rama con el viento – dijo Lauti.

– ¿Quién estará enfermo que tuvieron que mandar a la ambulancia por la ruta? – preguntó Nico sin dejar espacio para la duda.

Los dos miraban la puerta de la carpa y solo esperaban. Esperaban la claridad del día y esperaban su calma y algún trozo de valor que se les metiera a la fuerza en el corazón. Pero el valor andaba escaseando esa noche por esos territorios de tela y sobretecho.

A eso de las tres se durmieron, cansados de temer lo peor y que lo peor no llegara. Se despertaron a las diez de la mañana con un sol espectacular que los entibiaba y el olor de las tostadas que partía desde la casa y que viajaba hasta allí.

Levantaron todo y se volvieron medio decepcionados. Nada, no había pasado nada espantoso que tuviera que ver con la leyenda del temible ombúlobo.

Pero mientras los chicos se alejaban, dos patas poderosas se metían bajo la corteza, un hocico babeante volvía a disfrazarse de tronco, dos ojos que nacían en la rama más gruesa los veían marcharse y un pensamiento nacía arriba de los ojos.

“No. No estaban suficientemente gordos”.

Esteban Valentino nació en la provincia de Buenos Aires. Es licenciado y profesor universitario en Letras. Entre otros premios, obtuvo el Premio Nacional de Poesía Joven en 1983 y, en 1988, el Premio Alfonsina Storni de Poesía. En 1995 le fue otorgado el Premio Amnesty International y fue Destacado de ALIJA en tres oportunidades. Algunos de sus libros son: *A veces la sombra*, *La sogá*, *No hay más que candados para Helena* y *Sin los ojos*.

MARAÑA

Mariano Medina

Mara se despertó en la noche y llamó a su mamá desde la cama. Mamá no contestó.

Mara llamó a papá. Tampoco tuvo respuesta.

Entonces decidió levantarse.

Cuando tocó el piso con los pies, sintió un poco de frío. Eso le gustó. Estaba sola en la casa. ¡Ah, podría hacer lo que se le ocurriera!

Mara se puso a pensar, muy seriamente. No quería jugar con las muñecas. No quería mirar televisión.

En eso sonó el teléfono. Corrió hasta él, tropezando en la oscuridad con el libro que mamá le había leído al acostarla. Se lo llevó a la oreja. Escuchó.

–¿Hola? –dijo una voz, desde adentro.

–Hola... –susurró Mara, con el corazón a los saltitos.

–¿Está la mamá? –preguntó la voz–. Quiero hablar con ella.

–Yo soy mi mamá –contestó Mara–. ¿Qué querés?

–Vamos, nena, vamos; dame con tu mamá –dijo la voz, notablemente molesta.

–¡Ya vas a ver que yo soy mi mamá! –amenazó Mara, más enojada que la voz –. ¡Quedate ahí si sos mala!

Y se metió por los agujeritos del audio, con ganas de pelear. Qué se pensaba esa voz, tan mandona.

Adentro del teléfono estaba más oscuro.

–¡¿Dónde estás?! –le gritó Mara.

La voz no contestó.

“Si una voz no habla es porque está escondiéndose”, pensó. Y volvió a gritarle:

–¡¡¡Miedosa!!!

Mara gateó allí dentro. La voz debía estar más adelante. El camino parecía largo, y crecía un zumbido agudo que se le metía por los oídos y los ojos; pero ella estaba decidida a avanzar. Por momentos el zumbido se volvió murmullo de gatos ronroneando. Y de repente creció de tal forma que Mara, por desesperación, pegó trompadas al aire. Seguiría adelante pasara lo que pasara.

El camino hizo curva hacia arriba. Mara se cansó. Había un agujero por el que se metían conectores. Mara arrancó uno, y se acabaron los ronroneos y los zumbidos.

“La mandona debe estar detrás de estos componentes”, pensó. Y los movió de lugar, creando un extraño laberinto.

Entonces se escucharon muchas voces. Algunas parecían salir de bocas más profundas que la noche.

–¿Qué quieren? ¡¡¡¿Qué quieren?!!! –preguntó Mara, tapándose los oídos. Pero las voces hablaban solas o entre ellas. Ninguna era la voz que buscaba; así que arrancó un chip.

Ahora se escucharon ruidos tan extraños, que Mara pensó en una canción de cuna para dormir platos voladores. ¿Sería acaso la voz que buscaba una voz extraterrestre? No, no podía ser. Hablaba su mismo idioma.

Mara arrancó, tiró, desconectó elementos complicando el laberinto, por cuyos vericuetos iban y venían los ecos de las voces y los ruidos. Mucha bulla ocupando todo el espacio. Una pieza dorada. Un elemento oscuro. Unas chapitas frías. Mara las tomó como pudo y tiró otra vez, con todas sus fuerzas. Un nudo de señales se le vino encima y ella rodó y rodó como cayendo, hasta dar con un agujero. Salió despedida de ahí adentro. Dio vueltas en el aire. El golpe fue muy duro. Cayó al piso, junto a una araña muy peluda.

“Debe de ser ella la que habló –pensó Mara–. Tiene los ojos rojos de los que siempre quieren mandar”.

La araña se asustó y huyó.

–¡No huyas, cobarde! –le gritó. Y fue tras ella.

La araña era muy rápida. Ocho patas son mucho más que dos, así que Mara caminó ayudándose con las manos.

La araña subió por una pared.
Mara pegó pies y manos a la pared, y también subió.
La araña pasó sobre el retrato del abuelo.
Mara se detuvo en la punta de la nariz del retrato y miró fijamente a sus ojos. ¡Los del abuelo verdadero eran mucho más lindos que estos pintados! No quiso detenerse más tiempo. Subió. Subió. Llegó hasta el techo persiguiendo a la araña.

“¡Qué raro se ve todo así!”, pensó, cabeza abajo.

En eso sintió que la puerta se abría.

Eran mamá y papá.

Mara no sabía si avisarles dónde estaba o no. No sabía si era bueno estar ahí arriba. Tuvo miedo de que la retaran.

Mamá fue hasta la cama de Mara, vio que no estaba y le gritó a papá, preocupada.

La araña bajó dejando una tela pegajosa.

Mara hizo lo mismo, y descendió justo sobre la cabeza de papá.

– ¡Ay, sinvergüenza, el susto que nos diste! –le dijeron.

Mamá la acostó, la tapó y comenzó a leerle un cuento para que se durmiera.

Mara vio que la araña estaba quieta a los pies de la cama. Ella también escuchaba el cuento.

En eso se oyó a papá:

– ¡Mara! ¡¡¡¿Qué le pasó al teléfono?!!!

Y el grito asustó a la araña, que saltó dentro del cuento justo cuando mamá cerraba el libro.

Mariano Javier Medina es un escritor, creador de canciones infantiles y cuentos y periodista. Es miembro del Centro de Difusión e Investigación de Literatura Infantil y Juvenil (CEDILIJ) y de ¡UPA! Músicos en Movimiento.

Historias de siempre

CAPERUCITA ROJA



Charles Perrault / Hermanos Grimm

Érase una vez una dulce niña a la que todos querían, aunque solamente la hubiesen visto una vez. Pero quien más la quería era su abuela. En cierta ocasión, le regaló una caperucita de terciopelo rojo y, como le sentaba tan bien y la niña no quería ponerse otra cosa, todos la llamaron de ahí en adelante Caperucita Roja.

Un buen día le dijo su madre:

–Mira, Caperucita, aquí tienes un trozo de tarta y una botella de leche para llevarle a tu abuela. La pobre está enferma y débil, y esto la pondrá mejor. Anda con cuidado y no te apartes del camino. No te entretengas ni te pongas a jugar. Y cuando llegues a la casa de la abuela, no te olvides de darle los buenos días.

–Lo haré todo bien –dijo Caperucita Roja, dando un abrazo a su madre.

La abuela vivía en el bosque, a media hora de camino del pueblo. Apenas Caperucita Roja entró en el bosque, salió a su encuentro un lobo. La niña no había visto nunca antes un lobo y desconocía lo peligroso que es ese animal.

El lobo, con su voz más amistosa, le dijo:

–¡Buenos días, dulce pequeña! ¿Cómo te llamas?

–¡Buenos días! Me llaman Caperucita Roja.

–¿Y adónde vas tan temprano?

–A ver a mi abuelita.

–¿Y qué llevas en tu bella canasta?

–Tarta y leche, porque mi abuela está enferma y débil y necesita comer bien para mejorarse.

–Dime, Caperucita Roja, ¿dónde vive tu abuela?

–Tengo que caminar un cuarto de hora todavía, por el bosque, porque su casa se encuentra debajo de los tres grandes robles.

El lobo, haciéndose el simpático, pensaba: “Esta joven niña será un suculento bocado para mí. Seguro sabrá mucho mejor que la vieja, pero con astucia voy a comerme a las dos”.

Entonces, acompañó un rato a la pequeña, y andando le dijo:

–Caperucita, mira esas hermosas flores que te rodean. Escucha qué lindo cantan los pajaritos. ¡Es divertido corretear por el bosque!

Caperucita Roja vio en derredor que los rayos del sol atravesaban las ramas de los árboles y que las flores crecían por todas partes. Entonces pensó: “Si le llevo a la abuela un ramo de flores se alegrará. Es temprano, tengo tiempo”. Y entonces se apartó del camino y empezó a buscar flores en el bosque. Y mientras ella se entretenía preparando un lindo ramo, el lobo se adelantó, corriendo, hasta la casa de la abuela, donde llamó suavemente a la puerta.

–TOC, TOC.

–¿Quién es? –preguntó la abuela con voz fatigada.

–Soy Caperucita Roja, que te trae tarta y leche –dijo el lobo afinando la voz–. ¿Me abres, abuela?

–¡Está abierta, hijita, adelante! –dijo la abuela desde la cama.

El lobo giró el picaporte y entró, sin pronunciar palabra, y delicadamente fue directo hacia la cama donde yacía la abuela y se la tragó en dos o tres enormes bocados.

Entonces se puso sus ropas, se calzó la cofia, cerró las cortinas para oscurecer el ambiente y se metió en la cama.

Cuando Caperucita Roja acabó de juntar tantas flores que ya no podía llevar ni una más, se encaminó desprevenida y alegremente a la casa de la abuela.

Por supuesto, se asombró al encontrar la puerta abierta. Al entrar en la casa, todo le pareció muy extraño. Ella siempre se alegraba cuando visitaba a la abuela pero esa mañana sentía algo de miedo... Llamó:

–¡Abuela! ¡Abuelita!

Pero no obtuvo respuesta. Entonces se acercó a la cama y corrió las cortinas para hacer luz. Y allí vio a la abuela, pero con la cofia muy calzada en la cabeza y un aspecto extraño.

La pequeña se acercó a la cama y exclamó:

–¡ABUELA, QUÉ OREJAS TAN GRANDES TIENES!

–¡PARA OÍRTE MEJOR! –fue la respuesta.

–¡Y QUÉ OJOS TAN GRANDES TIENES!

–¡PARA VERTE MEJOR!

–¡ABUELA, QUÉ MANOS TAN GRANDES TIENES HOY!

–¡PARA ABRAZARTE MEJOR!

–¡PERO ABUELA, ADEMÁS, QUÉ BOCA TAN GRANDE TIENES!

–¡PARA COMERTE MEJOR! –saltó el lobo saliendo de la cama y, en un solo bocado, se tragó a la pobre Caperucita Roja.

Y enseguida, después de haber saciado su apetito, el malvado lobo se metió de nuevo en la cama y se durmió en un segundo.

Pero poco tiempo después, pasó un cazador justo por delante de la casa y oyó los ronquidos, tan fuertes que se preocupó...

–“Caramba –pensó–, ya sé que la abuela ronca, pero nunca tan fuerte. Miraré, no sea que le pase algo”.

Entró en la casa y fue directo a la alcoba. Y al acercarse a la cama vio, sorprendidísimo, al lobo acostado, durmiendo plácidamente

–Mirá dónde vengo a encontrarte, viejo lobo –dijo para sí–; tanto tiempo buscándote y aquí estás...

Entonces le apuntó con la escopeta, pero de pronto pensó que el lobo podía haberse comido a la anciana y que tal vez podría salvarla todavía. Entonces no disparó.

Tomó unas tijeras y comenzó a abrir la barriga del lobo.

Apenas había dado el cazador un par de cortes, cuando vio relucir la roja caperucita.

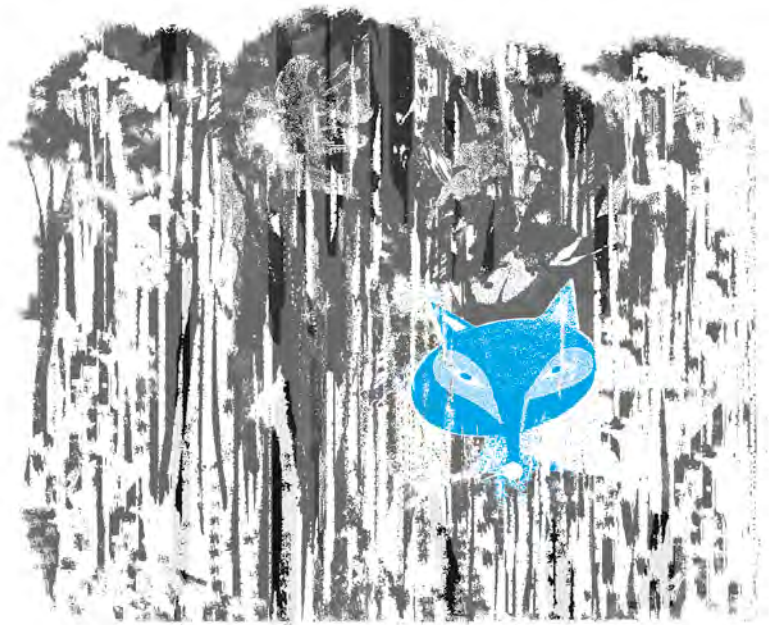
Entonces hizo dos cortes más y saltó la niña, diciendo:

–¡Ay, qué susto he pasado! ¡Qué oscuro estaba dentro del lobo!

Después, con mucho esfuerzo, salió también la anciana.

Caperucita trajo inmediatamente grandes piedras y llenó con ellas la barriga del lobo. Que un rato más tarde se despertó y quiso dar un salto para salir corriendo, pero el peso de las piedras lo hizo caer. Se arrastró hasta la puerta y salió. Y así se internó en el bosque y nunca más se lo vio.

En la casa de la abuela todo fue felicidad. Comieron la tarta, bebieron la leche y festejaron con el cazador que ambas estaban sanas y salvas.



Caperucita Roja es un cuento tradicional de transmisión oral difundido en gran parte de Europa, desde donde se popularizó en casi todo el mundo. Hay diferentes versiones, todas con los mismos personajes y con la protagonista que lleva una caperuza roja en la cabeza. El primero que recogió esta historia fue el escritor francés Charles Perrault, quien en 1697 publicó una versión destinada a prevenir a las niñas de encuentros con desconocidos, subrayando el contraste entre el poblado seguro y el bosque peligroso, contraposición habitual en el mundo medieval. Un siglo después, en 1812 y en Alemania, los hermanos Jacob y Wilhelm Grimm escribieron la versión más conocida universalmente, haciéndola menos cruel e incluyendo la figura del leñador que salva a las dos mujeres, basándose en una versión que hacia 1800 había escrito otro autor alemán, Ludwig Tieck, de quien hoy nadie se acuerda. La versión de este libro, también intervenida, se publicó en 2012 en los planes de lectura de la provincia de Buenos Aires.

RAPUNZEL, LA MUCHACHA DE LA TORRE

Hermanos Grimm

Un hombre y una mujer vivían en una casita que tenía una ventana que daba a un hermoso jardín, pero no a cualquier jardín, sino al jardín de la casa de una bruja, que estaba rodeado de un muro altísimo para que nadie pudiera entrar ni mirar hacia adentro.

Solamente desde esa ventana el hombre y la mujer podían ver algo: una enredadera florecida, rosas de todos los colores, un jazminero y una santarrita, naranjos en flor y también, en un costado, una huerta.

La mujer se sentaba todas las tardes junto a la ventana, cuidando que la malvada hechicera no la viera. Aunque con un poquito de miedo, se sentía feliz.

Era una pareja a la que solo le faltaba tener un hijo o hija para completar su felicidad. Y creyeron alcanzarla el día que supieron que iban a ser papás.

Una tarde de esas, mientras la mujer contemplaba el jardín, vio en un extremo del huerto vecino unas matas verdes que parecían frescas, con unos frutitos tentadores, y tuvo el impulso irresistible de comer uno. Entonces le dijo a su marido:

–¿Ves esos frutos en la huerta? ¿No son hermosos? Serían muy sabrosos en una ensalada...

–Ni locos –dijo el hombre–. Es la huerta de la bruja. Mejor no entrar ahí.

La mujer no dijo nada, pero entristeció. El hombre la vio mirar en silencio los frutos en la huerta vecina y su corazón se ablandó de amor. Así que

más tarde, al oscurecer, saltó el muro y, a toda prisa, arrancó unos frutos que le llevó a su esposa.

La mujer preparó con ellos una ensalada y los saboreó con tanto gusto, que al día siguiente quiso más.

El hombre trepó el muro nuevamente, descendió con cautela al jardín, tomó un puñado y estaba a punto de regresar cuando advirtió que la bruja lo estaba esperando.

—¿Cómo te atreves a entrar como un ladrón en mi huerto y robarme frutos? —chilló—. ¡El que a mí me roba lo paga con su vida!

—¡Ay, disculpe, es que son para mi mujer! —tartamudeó el pobre hombre—. Tenga compasión de mí. Mi esposa vio desde la ventana esas frutas y sintió antojo, eso es todo. ¿Y es que, sabe...? Ella espera un bebé y yo quise satisfacerla...

La bruja se quedó pensativa un momento.

—Está bien —dijo—. Tu mujer podrá comer todo lo que quiera de mi huerto. Pero cuando nazca el bebé, me lo deberán entregar.

El hombre, aterrorizado y confundido, sin pensarlo dos veces aceptó el trato sin creer semejante amenaza.

Pero pasaron unos meses, la mujer dio a luz a una hermosa niña y la bruja apareció con su reclamo. Amenazándolos de muerte, tomó en sus brazos a la pequeña, dijo que se llamaría Rapunzel y se la llevó. Los papás quedaron desolados.

Rapunzel era la niña más hermosa del mundo, pero cuando cumplió doce años la hechicera la encerró en una torre que se alzaba en medio del bosque. Era una torre muy, muy alta y no tenía puertas ni escaleras; únicamente, en lo alto, había una diminuta ventana. Cuando la bruja quería entrar, se paraba al pie de la torre y gritaba:

*Rapunzel, Rapunzel,
doncella de oro y miel.
Rapunzel, bonita,
deja caer la trencita.*

Rapunzel tenía un cabello larguísimo, fino como hebras de oro. Cuando oía la voz de la hechicera se soltaba las trenzas, las envolvía en un gancho que había en la ventana y las dejaba caer hasta el pie de la torre. Entonces, sujetándose de esas trenzas, la bruja trepaba hasta lo alto y entraba por la ventanita.

En cambio, cuando estaba sola en su habitación, Rapunzel miraba el bosque y entonaba tristísimas canciones.

Hasta que, luego de unos pocos años, sucedió que el hijo del rey de la comarca, que andaba por el bosque, pasó junto a la torre y oyó una canción tan linda y melodiosa, que se detuvo a escucharla. Cautivado, miró hacia la torre, donde no pudo ver a nadie, ya que la pequeña ventana estaba demasiado alta. Y tampoco encontró puertas ni escaleras. Así que volvió al palacio donde vivía, pero esa voz lo había conmovido tanto, que al día siguiente volvió, y al otro, y al otro, y así iba al bosque todos los días, solo para escucharla.

Hasta que uno de esos días vio acercarse a la bruja, gritando hacia lo alto:

*Rapunzel, Rapunzel,
doncella de oro y miel.
Rapunzel, bonita,
deja caer la trencita.*

Entonces, impresionadísimo, vio cómo descendía la trenza y la bruja trepaba por ella.

Pero no se fue. Esperó hasta que la bruja saliera y después se acercó él mismo al pie de la torre. Y cantó:

*Rapunzel, Rapunzel,
doncella de oro y miel.
Rapunzel, bonita,
deja caer la trencita.*

¡Y la trenza comenzó a bajar! ¡Y minutos después el príncipe empezó a subir! Y se encontró frente a la hermosa Rapunzel, que se asustó al verlo,

pero el príncipe (que era el hijo del rey de la comarca) le habló con delicadeza y le dijo que su canto había conmovido tanto su corazón, que ya no tenía paz y cada día solo esperaba el momento de verla.

Al escucharlo, Rapunzel perdió el miedo y sonrió. Y entonces el joven se atrevió y, aunque muy nervioso, le preguntó si no quería ser su esposa.

Rapunzel lo miró con una leve sonrisa y le respondió:

–Quizás querría irme contigo, sí, pero no sé cómo bajar de esta torre. Mejor vuelve cada día y, cada vez que vengas, tráeme una madeja de seda. Con la seda trenzaré una escalera, y cuando esté terminada, bajaré y me llevarás en tu caballo.

El joven príncipe, como era de esperar, regresó todas las tardes. Se moría por ver a Rapunzel y cada tarde le traía una madeja de seda. Por suerte la bruja no se daba cuenta de nada, porque visitaba a la joven por las mañanas.

Pero sucedió que una de ellas, mientras la vieja trepaba trabajosamente la trenza, Rapunzel le preguntó:

–¿Cómo es que tardas tanto en subir a la torre? ¡El príncipe, cuando viene, sube en un minuto!

La horrible hechicera se enfureció agarrándose de los pelos, y como una loca le gritó:

–¡Ah, maldita, me has engañado!

Y furiosa como estaba, tomó las hermosas trenzas de Rapunzel, les dio unas vueltas alrededor de su mano izquierda y, empuñando unas tijeras con la mano derecha, ¡ZIS, ZAS!, en un abrir y cerrar de ojos cortó las trenzas de la muchacha y las tiró al suelo. Después llevó a la joven a un lugar desierto, donde la dejó abandonada.

–¡Acá te vas a morir de soledad! –le gritó con su voz más horrible.

Al anochecer, el príncipe llegó a la torre y llamó:

*Rapunzel, Rapunzel,
doncella de oro y miel.
Rapunzel, bonita,
deja caer la trencita.*

La bruja, que era malísima en serio, sujetó las trenzas que le había cortado a Rapunzel del gancho de la ventana y las soltó hacia abajo. El príncipe trepó como otras veces y rápidamente estuvo en lo alto de la torre.

Pero no encontró allí a su amada, sino que se vio, cara a cara, con la espantosa hechicera, que horrible y desencajada, le gritó:

*¡Tu pajarito enjaulado
no está en el nido!
¡Un gato se lo ha tragado!*

Y se reía, feísimo como ríen las brujas. El joven, cuando se dio cuenta de que Rapunzel no estaba allí, sin poder resistir el dolor, se arrojó al vacío desde lo alto de la torre.

Pero sucedió que, aunque muy magullado, el príncipe salvó su vida. Claro que con una consecuencia muy dolorosa: las espinas sobre las que cayó se le clavaron en los ojos y quedó ciego. Ese había sido el castigo inventado por la espantosa bruja.

Desde entonces el muchacho vagó errante por el bosque. Se alimentaba de raíces y bebía el agua de los arroyos, dejándose guiar por el rumor de las aguas. Y lo peor: lloraba sin cesar por la pérdida de su amada Rapunzel.

Así pasaron varios años, durante los que el joven vagó sin rumbo por el bosque, recordando todos los días el canto de su amada. Y Rapunzel, mientras tanto, caminaba sobre las arenas calientes de un desierto cercano, sin poder olvidar al muchacho. Todas las tardes entonaba su canto para sentirlo más cerca. Pero todo era inútil porque el príncipe, incapacitado para volver a su castillo, acabó viviendo muchos años en el mismo viejo bosque, solitario y triste.

Hasta que un día, caminando sin saber por dónde, por casualidad llegó al solitario lugar en el que vivía Rapunzel, al borde del desierto. Y al escuchar su melodiosa voz, sorprendidísimo, el sonido lo guió hasta ella. Y cuando estuvo cerca, Rapunzel lo reconoció.

Es que ese canto había sido tan conmovedor, que el viento lo recogió y lo llevó hasta el bosque donde el príncipe la recordaba y sufría su ausencia.

Sí, una vez más el canto del amor, en la voz de la muchacha amada, los había unido. Y claro, se abrazaron como antes y Rapunzel, emocionadísima, se soltó a llorar apenas verlo. Y sucedió que dos de sus lágrimas fueron a caer justo en los ojos ciegos del príncipe, que instantáneamente recuperó la vista.

Entonces volvieron juntos, tomados de las manos, de regreso al reino donde fueron recibidos con generalizada alegría.

Después se casaron y vivieron felices por siempre jamás.

Y lo mejor de todo fue que de la terrorífica bruja nunca más se supo.



Rapunzel es uno de los cuentos de hadas más conocido entre los que compilaron los hermanos Jacob y Wilhelm Grimm. Fue publicado por primera vez en 1812 en Alemania, y de él se han hecho cientos de adaptaciones en todos los idiomas. La versión que aquí se ofrece la escribió [Mempo Giardinelli](#) para este libro.

TRES OSOS Y LA NIÑA

Anónimo

Había una vez una niña ruluda y aventurera llamada Ricitos.

Una tarde, con el pretexto de recoger flores, se internó en el bosque. Su mamá le había prohibido ir más allá del límite de las madre selvas, pero ella se distrajo y se alejó demasiado. Cuando quiso regresar, ¡ya estaba atardeciendo! Y de pronto se topó con una cabaña, y como la puerta estaba entreabierta, pasó.

Lo primero que vio fue una mesa con tres platos de sopa de avena, su favorita. “¿Quién vivirá aquí?”, pensó. Ricitos no sabía que esa era la casa de los tres osos. Pero como no vio a nadie y tenía hambre, se decidió a probar: “Nadie notará si tomo un poquito”.

Un plato era grande, otro mediano, y el tercero, pequeño. Ricitos probó la sopa del que tenía más. ¡Uf! ¡Estaba muy caliente! Luego, la del tazón mediano. ¡Ajjj! ¡Estaba muy pegajosa! Después, probó del plato pequeño, y ¡Mmm! ¡Qué ricooooo!... se tomó toda, ¡toda la sopa de avena!

Ya satisfecha, le llamó la atención ver tres sillas azules. Una era grande, otra era mediana, y la tercera, pequeña. Ricitos fue a sentarse en la más grande, pero era demasiado alta. Luego, quiso sentarse en la silla mediana, pero era muy ancha. Entonces se sentó en la silla pequeña, pero se dejó caer con tanta fuerza que ¡plaf!... la rompió.

Dio unos pasos y vio que en el dormitorio había tres camas. Otra vez, una era grande; otra era mediana; y la tercera, pequeña. La niña se subió a la más grande pero la sintió muy dura. Luego saltó sobre la cama mediana... ¡Oh, demasiado blanda! ¡Tanto, que se hundió hasta tocar el suelo! Por último se recostó sobre la cama pequeña y tan cómoda estaba, que Ricitos se durmió. ZZZZZZZZ...

En eso, llegaron los dueños de casa, que regresaban de dar su diario paseo por el bosque mientras se enfriaba su comida.

El oso más grande era enorme, brillante y renegrado como la noche. El otro, un poco más bajo, peludo y bonito, como son la mayoría de los osos pardos. El tercero era chiquito, tan pequeño que parecía un osito de peluche.

Oso brillante, al ver que algo extraño había sucedido en la casa durante su ausencia, gritó muy fuerte:

– ¡Alguien ha probado mi sopa!

Oso pardo gruñó un poco menos fuerte:

– ¡Alguien cuchareó mi sopa y dejó un cabello rizado adentro! ¡Puaj!

Osito peluche dijo llorando, con voz de brisa:

– ¡Alguien se ha tomado tooooda mi sopa! ¡GRRRRUUUUUUAAAHHH!

Los tres osos se miraron, unos a otros, ¡no sabían qué pensar! Hasta que vieron sus tres sillitas azules.

Oso brillante rugió fuerte:

– ¡Alguien ha tocado mi silla!

Oso pardo gruñó un poco más suave:

– ¡Alguien movió mi silla!

Osito peluche seguía lloriqueando:

– ¡Alguien se ha sentado en mi silla y la rompió! ¡GRRRRUUUUUUAAAHH!

Decidieron buscar al intruso por la casa y revisaron el dormitorio.

Oso brillante bramó:

– ¡Alguien estuvo acostado en mi cama!

Oso pardo murmuró asustado:

– ¡Alguien hundió mi cama!

Osito peluche gritó:

– ¡Alguien lleno de rulos está... está... ¡está durmiendo en mi cama!

¡GRRRRUUUUUUAAAHHH!

Con tanto bochinche la niña despertó, y al ver a los tres osos enojadísimos alrededor suyo se asustó ¡uuuuyyyyy!... tanto, que del espanto, sus rulos se estiraron como rayos de bicicleta. Los osos dieron un paso atrás, ocasión que Ricitos aprovechó para saltar de la cama y huir. Por suerte, estaba abierta la ventana y pudo correr sin parar por el bosque.

Y colorín, colorado

Los tres osos se calmaron.

Ricitos regresó a casa...

¿Y su mamá?

¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!...

Su mamá la ha abrazado...



“Tres osos y la niña” es un cuento de la tradición oral del noreste europeo. Historiadores han hallado en Noruega una versión del siglo quince que podría ser el origen de esta historia. Fue publicado por primera vez en Inglaterra, en 1837, en un libro llamado *El médico*. Contaba la historia de tres osos y una viejita mala e intrusa. Una versión de George Nicol escrita en verso, en 1849, cambiaba a la vieja por una niña. Recién en el siglo veinte la niña se convierte en Ricitos de oro y los osos son un papá, una mamá y un bebé. Esta narración contemporánea, escrita para esta antología por [Graciela Bialek](#), recupera las versiones más antiguas.

LA PIEDRA DE HACER SOPA

Anónimo

Érase que se era un soldado que volvía de la guerra. Llegó a un pueblo, un día en que frío soplaban el viento, el cielo era plomizo. El pobre soldado tenía hambre. Se detuvo ante una casa de las afueras y pidió algo para comer.

–No tenemos nada, ni siquiera para nosotros –le dijeron, de modo que el soldado siguió su camino.

Se detuvo en la casa siguiente y volvió a pedir un mendrugo de pan.

–No tenemos ni para nosotros mismos –le volvieron a decir.

–¿Tienen acaso una olla? –preguntó el soldado.

–Sí, tenemos un gran caldero de hierro.

–¿Tienen un poco de agua? –siguió preguntando.

–Sí, de eso hay mucho –le contestaron.

–Llenen el caldero de agua y pónganlo en el fuego –dijo el soldado–, pues yo tengo una piedra para hacer sopa.

–¿Una piedra para hacer sopa? –le preguntaron–. ¿Qué es eso?

–Pues es una piedra con la que se hace sopa –explicó el soldado.

Todos se reunieron a su alrededor, para ver la maravilla. La dueña de casa llenó la gran olla con agua y la colgó sobre el fuego. El soldado sacó una piedra de su bolsillo, una piedra que no parecía muy diferente de las que uno puede recoger en la calle, y la arrojó a la olla.

–Ahora, dejémosla hervir –dijo.

De modo que todos se sentaron a esperar que el agua hirviera.

Los vecinos curiosos se acercaron a mirar la receta del soldado.

–¿Podrías darme un poquito de sal? –dijo el soldado.

–Por supuesto –dijo la mujer, y sacó la sal de un tarro.

El soldado tomó un puñado lleno y lo puso dentro de la olla. Todos se sentaron de nuevo a esperar.

–Unas pocas zanahorias no vendrían mal en esta sopa –dijo el soldado con añoranza.

–¡Oh!, si es por eso, tenemos algunas –dijo la mujer, y sacándolas de debajo de un banquillo, donde el soldado las había visto, se las entregó. De modo que pusieron las zanahorias en el caldero, y mientras estas hervían, el soldado les contaba las aventuras que había corrido.

–Unas pocas papas vendrían muy bien, ¿no les parece? –dijo el soldado–. Espesarían un poquito la sopa.

–Tenemos algunas papas –dijo una de las vecinas–. Las traeré.

De modo que pelaron las papas y las pusieron en la olla y siguieron esperando que esta hirviera.

–Mmmmm, está muy buena, y una cebolla daría muy buen gusto –dijo el soldado.

–Corre a la casa de al lado y pídele al vecino una cebolla, y dile que venga a ver esto –dijo el granjero a su hijo menor.

El chico así lo hizo y volvió con tres cebollas. Mientras todos esperaban, siguieron contando chistes y narrando historias.

–...Y no he probado repollo desde que partí de casa de mi madre –decía el soldado.

–Corre a la huerta de nuestra casa y arranca un repollo –dijo otro lugareño a su mujer.

Ella salió corriendo y volvió con un repollo, que agregaron al caldo.

–No tardará mucho –dijo el soldado.

–Solo un poquito más –dijo la mujer, revolviendo el caldo con un gran cucharón.

En ese momento llegó un joven de la aldea. Había salido de caza y traía dos conejos.

–¡Justo lo que necesitamos para darle el toque final! –exclamó el soldado, y fue cosa de minutos que los conejos estuvieran limpios y cortados dentro de la olla.

–¡Hummm! –dijo el cazador, que tenía hambre–. ¡Huele muy bien esta sopa!

–El viajero ha traído una piedra –le explicó el granjero a su hijo– y está preparando una sopa con ella...

Por fin la sopa estuvo lista y todos la encontraron muy rica. Y hubo suficiente para todos.

–Es una sopa maravillosa –dijo el granjero.

–Es una piedra maravillosa –dijo su mujer.

–Lo es –dijo el soldado– y siempre les dará el mismo resultado si utilizan la receta que les he dado hoy.

Y así terminaron la sopa. Y cuando el soldado se despidió, le regaló a la dueña de casa la piedra para pagarle su hospitalidad. La buena mujer se lo agradeció muchísimo.

–No es nada –dijo el soldado, y se fue de la casa sin su piedra.

Pero por fortuna encontró otra, justo antes de entrar al pueblo siguiente.



Cuento tradicional, llamado indistintamente *Sopa de piedra* o *La piedra de hacer sopa*. Algunas investigaciones sugieren que es de tradición belga, y según otras, portuguesa. Lo importante es que se ha leído y se lee en el mundo entero. La presente versión la intervino [María Teresa Andruetto](#).

PEDRO Y EL LOBO



Sergéi Prokófiev

Érase una vez un pastorcito llamado Pedro, que se pasaba la mayor parte del día cuidando a sus ovejas en un prado cercano al pueblo donde vivía. Todas las mañanas salía con las primeras luces del alba con su rebaño, y no regresaba hasta caída la tarde.

El pastorcito se aburría de lo lindo viendo cómo pasaba el tiempo, y pensaba en todas las cosas que podía hacer para divertirse.

Hasta que un día, echado bajo la sombra de un árbol, tuvo una idea. Decidió que era hora de pasar un buen rato a costa de la gente del pueblo que había cerca de allí. Dispuesto a hacerles una broma, se acercó y comenzó a gritar:

–¡Socorro, el lobo! ¡Que viene el lobo!

Los aldeanos de inmediato agarraron las herramientas que tenían a mano: palas, azadas, martillos, y corrieron a auxiliar al pobre pastor. Pero al llegar a la pradera lo encontraron deshaciéndose de risas en el suelo, y descubrieron que todo había sido una broma de mal gusto.

Los aldeanos se enfadaron con el pastor y regresaron a sus trabajos, molestos por la interrupción.

A Pedro le había hecho tanta gracia la broma que se dispuso a repetirla.

Un par de días después se volvieron a escuchar en toda la comarca los gritos alarmantes de Pedro:

–¡Socorro, socorro el lobo! ¡Viene el lobo!

Al volver a oír los gritos del pastor, la gente del pueblo creyó que en esta ocasión sí se trataba verdaderamente de un lobo feroz que se sabía que andaba por bosques y montañas cercanas. Y volviendo a correr para ayudarlo. Pero otra vez se encontraron que el pastor no necesitaba ninguna ayuda y se divertía viendo cómo habían vuelto a caer en su broma.

Esta vez los aldeanos se enfadaron muchísimo más, por la actitud del pastor, y juraron no dejarse engañar más por él.

Al día siguiente Pedro volvió al prado para que sus ovejas pastaran. Aún recordaba con risas lo bien que se lo había pasado el día anterior, cuando había hecho correr a los aldeanos con sus gritos. Y estaba tan entretenido, que no vio acercarse al lobo feroz hasta que lo tuvo muy cerca. Entonces de repente lo vio y ahí sí que sintió muchísimo miedo, e impotencia, porque el animal se acercaba sigilosamente a sus ovejas.

Entonces comenzó a gritar como nunca antes:

– ¡Socorro, que aquí está el lobo! ¡El lobo! ¡Ayuden a mis ovejas! ¡Auxilio!

Gritaba y gritaba, una y otra vez, pero los aldeanos ya no parecían escucharlo.

Hacían oídos sordos ante los gritos de auxilio, pensando que se trataba de otra broma.

El pastor no sabía qué más hacer, por lo que seguía pidiendo ayuda, gritando desesperado y sin entender por qué nadie acudía.

– ¡Socorro, el lobo, el lobo, que se come mis ovejas! ¡Por favor, auxilio!

Pero ya era muy tarde para convencer a los aldeanos de que esta vez era verdad.

Y fue así como Pedro, el pastor, tuvo que ver con dolor cómo el lobo devoraba una tras otra sus ovejas, hasta quedar saciado.

Sólo después de esta lección, Pedro supo arrepentirse de su necio comportamiento y de la tonta manera en que había engañado a la gente del pueblo.

En adelante nunca más repetiría una broma como esta.

Pero las ovejas que había perdido, perdidas estaban.

Pedro y el lobo es una de las más famosas composiciones sinfónicas de **Sergéi Prokófiev** (1891-1953), uno de los más destacados músicos rusos del siglo veinte. Compuesta en 1936, es una historia para niños, con música y texto adaptados por él a partir de la fábula “El pastorcito mentiroso”, atribuida a Esopo. La obra de Prokófiev intentaba cultivar el gusto musical infantil, y a la vez tenía una clara intención moral.

EL DUENDE DE LA SIESTA

Rosita Escalada Salvo

El duende de la siesta
viene descalzo,
cruzando los maizales,
silbando bajo.

Si no se duermen pronto
¡a que lo llamo!

Tiene sombrero grande
hecho de paja;
los ojos son muy verdes,
la cara blanca.

Dicen que roba niños
que no obedecen.
Que si llega a tocarlos
nunca más crecen.

Es petiso y rechoncho
y muy travieso.
(No griten a la siesta,
quédense quietos...)

Un bastoncito de oro
lleva en la mano,
el duende sombreroado,
pícaro enano.

No sé si será cierto
lo que se cuenta.
Por las dudas, niñitos,
duerman la siesta.

Rosita Escalada Salvo nacida en San Javier, Misiones. Esta poeta y narradora, escribe para niños, jóvenes y adultos. Junto a Héctor Di Mauro fundó una escuela-taller de títeres y ejerció la docencia secundaria y superior. En su obra literaria destacan: *La caza del Yasi Yateré*, *La mágica hora de la siesta*, *Paíto* y *Pulguitas y piojos*.

LOS HUEVOS DE ORO

Rafael Pombo

Cierta gallina ponía
un huevo de oro por día
y el dueño dijo: «Aquí hay mina;
si yo mato esta gallina
soy de un golpe millonario.
¿Qué vale un huevo diario?»

La mató, no halló tesoro,
y allí paró el huevo de oro.

Con lo cual supo el bellaco
que lo bastante es bastante,
y que ansiando lo sobrante
la codicia rompe el saco.

Rafael Pombo (Colombia, 1833-1912) fue un escritor, poeta, fabulista, traductor, intelectual y diplomático. Recordado como el padre de la literatura infantil colombiana, tradujo al castellano una serie de canciones infantiles de la tradición anglosajona y adaptó textos de la cultura universal, como “Los huevos de oro”, que proviene de una fábula de Esopo. Sus creativas composiciones en verso integran sus dos libros: *Cuentos pintados* y *Cuentos morales para niños formales*.

EL TRUEQUE

Anónimo

Hace muchos años el topo y el sapo eran buenos amigos y se visitaban mutuamente.

Una vez el sapo fue a la cueva del topo a compartir una comida. Al concluir, el sapo le dijo:

–Amigo topo, usted tiene muy buenos ojos y, por lo visto, no los precisa mucho en esta cueva oscura.

–Sí, señor, es verdad –contestó el topo–. Aquí es mejor andar tanteando con las manos y patas.

–Entonces –propuso el sapo–, ¿por qué no me da sus buenos ojos, que los míos son malos?

–Cómo no, amigo sapo, pero, ¿qué me puede dar usted a cambio?

–Bueno, creo que la cola que tengo le gustará.

Dicho esto, se pusieron de acuerdo e hicieron el trueque. Desde entonces el topo es casi ciego porque dio sus ojos al sapo quien, a su vez, no tiene cola.

Los mitos y leyendas de los pueblos del mundo suelen explicar el origen del mundo y de los mismos pueblos, así como las características y conductas de los seres vivos. Es decir, sus porqués. Este relato que se cuenta en España y en algunas partes de América nos habla de los rasgos más visibles de dos animales muy conocidos.

AMOR FUGAZ

Mito incaico



Los pueblos de los Andes sudamericanos –entre ellos, los incas– decían que el Cielo y la Tierra, con todo lo que poseen, habían sido creados por el dios Viracocha o Wiracocha, al que también llamaban el Creador o Hacedor de todas las cosas.

Lo primero que Viracocha hizo fue crear a los seres humanos. Pero una vez terminada esta tarea, se dio cuenta de que vivían en medio de las tinieblas.

Entonces creó al Sol, que llamaron Inti, y a la Luna, que llamaron Mama Quilla.

Inti y Mama Quilla se enamoraron rápidamente, pero Viracocha tuvo que poner al primero como dios del día y a la segunda como diosa de la noche. Así que no pudieron seguir viéndose. O solo pueden hacerlo en aquellas escasas y momentáneas ocasiones en que Viracocha se los permite.

Es entonces cuando se producen los eclipses.

Los incas constituyeron, hasta la llegada de los españoles, un gran imperio en los Andes sudamericanos, desde Ecuador hasta el norte de la Argentina. Los mitos sobre sus orígenes y sobre los dioses que veneraron, fueron recopilados por diversos cronistas. Todavía hoy sus descendientes creen en muchos de estos, o bien los respetan y consideran como parte de la identidad heredada de sus antepasados. Esta versión la realizó [Oche Califa](#).

EL COMPROMISO DE CADA MAÑANA

Leyenda filipina

El Sol, la Luna y el gallo vivían juntos en el cielo. Los dos primeros tenían sus ocupaciones, que además de las que les conocemos eran las de ayudar a las estrellas (a las más pequeñas debían darles leche y, por lo tanto, el Sol y la Luna tenían vacas) y orientar a los meteoritos extraviados. Para todas estas tareas requerían la ayuda del gallo, que era bastante cómodo y jamás estaba predispuesto a colaborar.

Y como la mala actitud del gallo fue cada vez en aumento, finalmente la Luna se enojó.

–Si no vas a ayudarnos con las vacas ni con los meteoritos que se desorientan, ya no te quiero conmigo –le dijo.

–Poco me importa –contestó el gallo.

Entonces la Luna, furiosa, tomó al gallo por la cola, lo revoleó por el cielo e hizo que cayera en la tierra.

Cuando el Sol regresó de sus ocupaciones y preguntó por el gallo, la Luna le contó que habían discutido, ella se había enojado y lo había tirado, y que de ahora en más viviría en la tierra.

–¿Qué has hecho? –le dijo el Sol, afligido–. Es cierto que es un poco haragán, pero a mí me despierta cada mañana.

–Bueno, si es por eso –contestó la Luna–, puedes pedirle que lo siga haciendo.

Resignado, el Sol bajó a la tierra y le pidió al gallo que, por favor, no dejara de despertarlo todas las mañanas. El gallo le dijo que sí y agregó:

–No solo te despertaré cada madrugada sino que, además, cuando se haga de noche iré a ocultarme donde mejor pueda, porque no quiero volver a ver a la Luna jamás en mi vida.

Y así lo hizo: cada amanecer canta para despertar al Sol, y al caer la noche se va a dormir al gallinero para no ver a la Luna, con la que sigue muy disgustado.



Filipinas es un país constituido por miles de islas en el océano Índico. Las culturas primitivas, de malayos y polinesios, crearon una mitología sobre sus orígenes, los del universo y sus dioses, una serie de leyendas que aún hoy se relatan en forma oral.

GIRALUNA

Eduardo Gudiño Kieffer

Había una vez un inmenso, inmensísimamente inmenso campo de girasoles. Era como una luminosa alfombra amarilla, tendida desde la orilla del camino hasta más allá del horizonte. Era un campo de girasoles orgullosos. Cada uno quería ser el primero y se empujaba para ser más alto que el otro. Ni siquiera se hablaban.

Solo les importaba crecer y crecer, amarillear cada vez más radiantes, siempre girando para no perder de vista al Sol. El Sol no les llevaba el apunte, seguía su camino tan alto, tan solo.

Así durante el día. ¿Y durante la noche?

Cuando el Sol se ocultaba, los girasoles no tenían nada que hacer. Mus-tios y aburridos, se doblaban sobre sus tallos, bostezaban, y se quedaban dormidos hasta el nuevo amanecer. Entonces, cuando el Sol aparecía, los girasoles empezaban a levantarse.

Entre tantos girasoles había uno que nació más tarde. Por más que se estiraba y se estiraba, no lograba asomar su cabecita paliducha por entre la de sus hermanos. Y ni siquiera podía imaginarse cómo era ese Sol tan admirado, tan elogiado, tan adorado. Solamente por la noche, cuando los demás se dormían, nuestro girasol pequeñín podía ver el cielo. Entonces, por supuesto, el Sol ya no estaba, su tibieza y su luz ya no estaban.

Sin embargo, otra luz envolvía las copas de lejanos eucaliptos. Esa luz provenía de un disco de plata que navegaba entre millones de estrellas.

Esa luz misteriosa decía: “No soy el Sol, soy la Luna. Tengo mil nombres más, todos sagrados. Soy la diosa blanca que ordena las mareas y distribuye las lluvias. Soy la que vigila el crecimiento de las plantas y de los animales”.

El pequeño girasol se dejaba mecer por esas misteriosas palabras lunaluneras, que le sonaban como una extraña canción. La flor giraba su corola-coronita de plata, la seguía y la escuchaba:

“No solo el Sol, girasol, no solo el Sol, te da lo que le pidas. También yo, Luna, tan generosa como ninguna, soy dueña de la vida. Si tus hermanos son para el Sol, girasol, vos sos para la Luna. Y nadie te dirá nunca más girasol, te dirán Giraluna”.

Ahora alguien lo conocía. Alguien le hablaba. Alguien se ocupaba de él. Alguien le había dado un lindo nombre: Giraluna.

Y así siempre. Porque en el Universo hay lugar para todos. Porque en el tiempo caben el día y la noche, las cuatro estaciones, el Sol, la Luna y todos los hombres del mundo. Porque los altos y los bajitos, los flacos y los gorditos, los lindísimos y los no tanto... todos tienen algo que hacer, algo en qué pensar, alguien a quién querer para poder ser. Se llamen Girasoles o Giralunas.



Eduardo Gudiño Kieffer (1935-2002) nació en Esperanza, provincia de Santa Fe. Fue un escritor, periodista y publicista muy popular y multipremiado, valorado también como traductor. Su obra más conocida es la novela *Para comerte mejor*. Escribió varios libros de literatura infantil, entre ellos *Jaque a Pa y Ma*, *Ángeles en patitas*, *Malas malísimas* y *Diez fantasmas de Buenos Aires*.

LA RATONCITA NIÑA

León Tolstói

Un campesino que caminaba por la orilla de un río vio a un cuervo que había atrapado una ratoncita. El hombre le lanzó una piedra al cuervo, el ave soltó su presa y la ratoncita cayó al agua; de allí la rescató el hombre, que se la llevó a su casa.

Como no tenía hijos, se puso a pensar: "¡Ah, si esta ratoncita pudiera convertirse en una niña!". Y la ratoncita se convirtió en una niña.

Cuando creció, el hombre le preguntó:

-¿Con quién quieres casarte?

Ella respondió entonces:

-¡Con el más fuerte del mundo!

El hombre se fue a casa del sol y le dijo:

-Sol, mi niña quiere casarse con el más fuerte del mundo. Puesto que tú eres el más fuerte, cástate con ella.

El sol le respondió:

-Yo no soy el más fuerte: los nubarrones pueden tapar mi luz.

Entonces el hombre fue en busca de los nubarrones y les dijo:

-Nubarrones, ustedes son los más fuertes del mundo; cásen se con mi hija.

-No, no somos los más fuertes: el viento nos hace emprender la fuga -le dijeron los nubarrones.

El hombre se dirigió al viento y le dijo:

-Viento, tú eres el más fuerte del mundo; cástate con mi niña.

El viento le respondió:

-Yo no soy el más fuerte: los montes me cierran el paso.

El hombre se fue a ver a los montes y les dijo:

-Montes, cásen se con mi hija; ustedes son los más fuertes del mundo.

Estos respondieron:

-El ratón es más fuerte que nosotros, porque nos roe.

Entonces el hombre partió en busca del ratón y le dijo:
-Ratón, tú eres el más fuerte del mundo; cástate con mi hija.
El ratón aceptó, y el hombre regresó a su casa y le dijo a la niña:
-El más fuerte del mundo es el ratón: él roe los montes, los montes le cierran el paso al viento, el viento hace huir a los nubarrones y los nubarrones tapan la luz del sol; y el ratón quiere casarse contigo.
Pero la niña contestó:
-¡Oh! ¿Qué voy a hacer? ¡No puedo casarme con el ratón!
Acongojado, el hombre exclamó:
-¡Ah, si mi niña pudiera volver a convertirse en ratoncita!
Y la niña se transformó en ratoncita, y la ratoncita se casó con el ratón.

León Tolstói (1828-1910) es uno de los más importantes escritores rusos. Escribió esta versión de “La ratoncita niña” a partir del *Panchatantra*, que es una colección de fábulas orientales muy antigua.

Índices y créditos legales

Índice de textos de la tradición oral

TÍTULO	GÉNERO	COMPILADOR / VERSIÓN / PÁG INTÉRPRETE
Adivinanzas populares		
de Latinoamérica	adivinanzas 26
“Allí está la luna”	canción popular	Alfonso Carrizo 22
“Amor fugaz”	mito incaico	Oche Califa 174
“Dormí, hijito, dormí”	canción de cuna qom en versión bilingüe	Tonolec 44
“El compromiso de cada mañana”	leyenda filipina 175
“El trueque”	leyenda española 173
“La piedra de hacer sopa”	cuento popular	Ma. Teresa Andruetto ... 166
“La señora Ching”	trabalenguas	Alfonso Carrizo 30
“Llora el niño”	canción de cuna mapuche en versión bilingüe	Pichi Malen 45
“Pobrecito, mi poncho”	coplas populares	Susana Itzcovich 32
“Quién dirá que ha visto”	canción popular	Susana Itzcovich 31
“Tengo, tengo, tengo”	canción popular	Paulina Movsichoff 21
“Tres osos y la niña”	cuento clásico	Graciela Bialet 163
“Una mala jugada”	cuento aymara 119
“Una vieja virueja”	trabalenguas	Alfonso Carrizo 29
“Vamos al baile”	canción popular	Alfonso Carrizo 19
“Víbora, víbora de la mar”	canción popular	Susana Itzcovich 20
“Canción de la chipa”	canción popular guaraní 43
Cortando vientos (<i>Huayras</i> <i>pitispa</i>)	adivinanzas quichuas en versión bilingüe	Mercedes Mainero y Mercedes Palacios 42
“Romancillo del señor don Gato”	romance español	Paulina Movsichoff 123

Encontrarán el índice general de autores y obras de toda la colección
en el volumen Leer x Leer 3.

Índice de autoras y autores

AUTOR/A	TÍTULO	GÉNERO	PÁG
Ak'abal, Humberto	De animales terrestres	poesía	108
Ak'abal, Humberto	De animales que vuelan	poesía	109
Alberti, Rafael	"Bailecito de bodas"	poesía	33
Andricaín, Sergio	"Ronda"	poesía	47
Basch, Adela	"El surubí y el mar"	cuento	121
Bornemann, Elsa	"Cuéntico bóbico, para una nénica aburrídica"	poesía	15
Bornemann, Elsa	"La trenza más larga..."	cuento	62
Bustamante, Nelvy	"Estaba la verde paloma"	poesía	104
Cabal, Graciela	"Miedo"	cuento	135
Colasanti, Marina	"La niña y el cordero"	cuento	139
de Ibarbourou, Juana	"Canciones de Natacha"	poesía	34
Devetach, Laura	"Yo, ratón"	poesía	127
Devetach, Laura	"Nombrecito"	cuento popular	49
Eggers Lan, Margarita	"Maru, la distraída"	cuento	74
Escalada Salvo, Rosita	"El duende de la siesta"	poesía	171
Escudero, Laura	"Mamboretá"	poesía	17
Falbo, Graciela	"Un mojado miedo verde"	cuento	142
Fernández Moreno, B.	"Luna verde"	poesía	35
Ferrari, Andrea	"Las orejas"	microcuento	53
Ferro, Beatriz	"Tacirupeca-Caperucita"	poesía	14
García Lorca, Federico	"Nana del caballo grande"	canción de cuna	52
Gattari, Florencia	"Historia de un pulóver azul"	cuento	83
Grimm / Perrault	"Caperucita Roja"	cuento clásico	153
Grimm, Hermanos	"Rapunzel, la muchacha de la torre"	cuento clásico	157
Gudiño Kieffer, Eduardo	"Giraluna"	cuento	177
Hernández, José	"El gaucho Martín Fierro"	copla	48
Hernández, Miguel	"El conejito"	cuento	100
Istvansch	"Abel regala soles"	cuento	81
Kaufman, Ruth	"Hermanos mellizos"	poesía	25
Lacau, María Hortensia	"Canción con ola"	poesía	13
Lima, Juan	"Loro hablando solo"	poesía	106
Luján, Jorge	"Lago"	poesía	38
Luján, Jorge	"¡Oh, los colores!"	poesía	39
Luján, Jorge	"Tumba, tumba retumba"	poesía	38
Machado, Antonio	"Pegasos, lindos pegasos"	poesía	36
Mainé, Margarita	"Rulos"	cuento	87

Mariño, Ricardo	"El avispon Mobuto salva una vida"	cuento	71
Martín, Cristina	"Juego"	poesía	28
Martínez, Griselda	Limericks	poesía	40
Medina, Mariano	"Maraña"	cuento	148
Mó, María Rosa	"La gata y la luna"	poesía	110
Montes, Graciela	"Así nació Nicolodo"	cuento	66
Montes, Graciela	"Bicho raro"	cuento	111
Moyano, Liliana	"Nana para un lobo miedoso"	poesía	145
Niño, Jairo Aníbal	"Preguntario"	poesía	16
Osés, Beatriz	"El secreto del oso hormiguero"	poesía	115
Osés, Beatriz	"En voz baja"	poesía	115
Osés, Beatriz	"La niña duerme"	poesía	115
Pellicer, Carlos	"Vuelo de voces"	poesía	105
Pérez Aguilar, Graciela	"La niña del libro"	leyenda	50
Pérez Sabbi, Mercedes	"Hay fantasmas en mi cuarto"	cuento	137
Pescetti, Luis	"Mariposa, a tu boda llegas tarde"	poesía	46
Pescetti, Luis	"Rafles"	cuento	78
Pisos, Cecilia	"Colores"	poesía	24
Pombo, Rafael	"Los huevos de oro"	fábula en verso	172
Prokófiev, Sergéi	"Pedro y el lobo"	cuento clásico	169
Quiroga, Horacio	"Historia de dos cachorros de coatí y de dos cachorros de hombre"	cuento	91
Ramos, María Cristina	"La reina"	poesía	131
Reyes, Yolanda	"Receta para dormir"	poesía	54
Rivera, Iris	"Intriga"	poesía	51
Rivera, Iris	"La casa del árbol"	cuento	69
Roldán, Gustavo	"Desafío mortal"	cuento	128
Schujer, Silvia	"Luna lanar"	canción de cuna	23
Sevilla, Fabián	"Carnaval en el zoo"	cuento	116
Shua, Ana María	"Todos los no"	poesía	76
Tablada, José Juan	"Sandía"	poesía	37
Tallón, Juan Sebastián	"Canción del niño que vuela"	poesía	107
Tejo, Heriberto	"Magia de primavera"	poesía	18
Tolstói, León	"La ratoncita niña"	cuento clásico	179
Valentino, Esteban	"El ombúlobo"	cuento	146
Vega, Lope de	"Los ratones"	poesía	132
Vera, Edith	"Ratita gris y ratita azul"	cuento	98
Villafañe, Javier	"La vuelta al mundo"	cuento	57
Walsh, María Elena	"La regadera misteriosa"	cuento	60
Walsh, María Elena	"Marcha de Osías"	canción	102
Weiss, Mónica	"Cumpleaños de dinosaurio"	cuento	124

Créditos legales

“Bailecito de bodas”

Entre el clavel y la espada
© Rafael Alberti, 1939 y Herederos de Rafael Alberti.

-

“Ronda”

© Sergio Andricain

-

“Luna lanar”

© Silvia Schujer
© Ediciones Colihue S. R. L.

-

“El surubí y el mar”

© Adela Basch
© Editorial Guadal S. A.
www.editorialguadal.com.ar

-

“Cuéntico bóbico, para una nénica aburrídica” y “Una trenza tan larga...”

© Herederos de Elsa Bornemann c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria
www.schavelzongraham.com

-

“Estaba la verde paloma”

© Nelvy Bustamante

-

“Miedo”

© *Miedo*, Sudamericana infantil y juvenil
© Herederos de Graciela Beatriz Cabal
© Penguin Random House Grupo Editorial

-

“Amor fugaz”

© Oche Califa

-

“La niña y el cordero”

© *La niña y el cordero*, Sudamericana infantil y juvenil
© Marina Colasanti
© María Teresa Andruetto (Traductora)
© Penguin Random House Grupo Editorial

-

“Canciones de Natacha”

© Herederos de Juana de Ibarbourou

-

“Yo, ratón”

Yo, ratón y Los patos solitarios
© 1989, 1991, 2017, Laura Devetach.
© 2017, Ediciones Santillana S. A.

-

“Nombrecito”

© Laura Devetach, versión libre del folklore popular

-

“Maru, la distraída”

© Margarita Eggers Lan

-

“El duende de la siesta”

© Rosita Escalada Salvo

-

“Mamboretá”

© Laura Escudero
© Fondo de Cultura Económica (en: *Ema y el silencio*)

-

“Un mojado miedo verde”

© “El mojado miedo verde”, 17 de miedo, Sudamericana infantil y juvenil
© Graciela Falbo
© Penguin Random House Grupo Editorial

-

“Luna verde”

© Baldomero Fernández Moreno
© Inés Fernández Moreno

-

“Las orejas”

© Andrea Ferrari

-

“Tacirupeca-Caperucita”

© Beatriz Ferro
© Ediciones Colihue S. R. L.

-

“Historia de un pulóver azul”

© Florencia Gattari

-

“Rulos”

© Margarita Mainé

-

“Giraluna”

© Eduardo Gudiño Kieffer
© Grupo Planeta

-

“Abel regala soles”

© Istvansch

-

“Hermanos mellizos”

© Ruth Kaufman
© Penguin Random House Grupo Editorial

-

“Canción con ola”

© María Hortensia Lacau
© Heredera de los derechos de autor Raquel Marta Barthe

-

“Loro hablando solo”

© Juan Lima
© Editorial Comunicarte

-

“Lago”

© Jorge Luján

-

“¡Oh, los colores!”

© Jorge Luján
© Editorial Comunicarte

-

“Tumba, tumba retumba”

© Jorge Luján y
© 2015, La Brujita de Papel S. A. del libro *Animales Animados* de Jorge Luján.

-

“El avispon Mobuto salva una vida”

© Ricardo Mariño
© Ediciones Colihue S. R. L.

-

“Juego”

© Cristina Martín

-

Limericks

© Griselda Martínez/*Casi apruebo geografía*
© Ruedamares

-

“Maraña”

© Mariano Medina

-

“La gata y la luna”

© María Rosa Mó
© Ediciones del Cronopio Azul

-

“Así nació Nicolodo”

© Graciela Montes
© Editorial Universitaria de Buenos Aires

-

“Bicho raro”

En: *Un gato como cualquiera*
© Graciela Montes
© Ediciones Colihue S. R. L.

-

“Nana para un lobo miedoso”

© Liliana Moyano
© Editorial Comunicarte
En: *Nanas para bichos inquietos*

-

“Preguntario”

© Jairo Aníbal Niño
© Panamericana Editorial

-

“La niña duerme”, “El secreto del oso hormiguero” y “En voz baja”

© Beatriz Osés, 2008
© Kalandraka Editora, 2008
En: *El secreto del oso hormiguero*

-

“Vuelo de voces”

Poema tomado de *Obras*. Poesía, de Carlos Pellicer, p.269D.R.
© 1981, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho Ajusto 227, 14738 Ciudad de México

-

“La niña del libro”

En: *Tigre del espejo*.
© Graciela Pérez Aguilar
© Ediciones Abran Cancha

-

“Hay fantasmas en mi cuarto”

© Mercedes Pérez Sabbi

-

“Raffles”

En: *Natacha*
© 1997, Luis Pescetti
www.unninounavoz.com
© 2015, Ediciones Santillana S. A.

-

“Mariposa, a tu boda llegas tarde”

En: *Magia todo el día*
© 2017, Luis Pescetti
www.unninounavoz.com
© Ediciones Santillana S. A.

-

“Colores”

© Cecilia Pisos
© Editorial Everest, S. A.
En: *Una pregunta por punta*
Editorial Everest, La Coruña, 2011

-

“La reina”

En: *Historias de hormiguero*
© 2007, María Cristina Ramos
© 2007, Editorial Norma

-

“Receta para dormir”

El libro que canta
© 2005, Yolanda Reyes.
© 2014, Ediciones Santillana S. A.

-

“Intriga”

© Iris Rivera

-

“La casa del árbol”

© Iris Rivera
© Ediciones Colihue S. R. L.

-

“Desafío mortal”

En: *Historias del piojo*
© 1998, Gustavo Roldán
© 2011, Grupo Editorial Norma

-

“Luna lanar”

© Silvia Schujer
© Mariana Baggio

-

“Carnaval en el zoo”

© Fabián Sevilla
© Editorial Sigmar S. A.

-

“Todos los no”

Las cosas que odio y otras exageraciones
© 1998, Ana María Shua.
© 2016, Ediciones Santillana S. A.

-

“Canción del niño que vuela”

© Juan Sebastián Tallón
© Ediciones Colihue S. R. L.

-

“Magia de primavera”

© Heriberto Tejo

-

“El ombúlobo”

© Esteban Valentino

-

“Ratita gris y ratita azul”

© Edith Vera

-

“La vuelta al mundo”

© Herederos de Javier Villafañe
© Ediciones Colihue S. R. L.

-

“La regadera misteriosa”

© *Cuentos de Gulubú*, Alfaguara Infantil y Juvenil
© María Elena Walsh y herederos de María Elena Walsh
© Penguin Random House Grupo Editorial

-

“Marcha de Osías”

© *El reino del revés*, Alfaguara Infantil y Juvenil
© María Elena Walsh y herederos de María Elena Walsh
© Penguin Random House Grupo Editorial

-

“Cumpleaños de dinosaurio”

© *Cumpleaños de dinosaurio*, Sudamericana infantil y juvenil
© Mónica Weiss
© Penguin Random House Grupo Editorial

-

“Pobrecito, mi poncho”, “Quién dirá que ha visto”, “Vibora, vibora de la mar”

© Textos de tradición oral recopilados por Susana Itzcovich para el libro *Pisa pisuela color de ciruela*, publicado por Lugar Editorial.

-

Agradecemos a las autoras y los autores, así como a sus editoras y editores, quienes han autorizado la publicación gratuita de estos textos para que puedan llegar a docentes y estudiantes de todo el país.



Libro de distribución gratuita. Prohibida su venta.

Leer es tu derecho.

El **Plan nacional de lecturas** es la iniciativa del Ministerio de Educación de la Nación para garantizar a todos y todas su derecho a leer.

Porque leer abre mundos, distribuye libros y lecturas digitales en escuelas, bibliotecas escolares y en espacios alternativos.

Con actividades en el espacio público, convida literatura a las familias y ayuda a construir entornos sociales amigables hacia los libros y la lectura.

Ofrece formación a docentes, responsables de bibliotecas y otros mediadores para armar una red de comunidades lectoras.